María Teresa Soy Andrade

Historias de una orquesta DESAFINADA

Relatos sobre violencia y maltrato a los ancianos

Nueva Estrella

HISTORIAS DE UNA ORQUESTA DESAFINADA

María Teresa Soy Andrade

HISTORIAS DE UNA ORQUESTA DESAFINADA

Relatos sobre maltrato a los ancianos

Nueva Estrella

Nueva Estrella
Avda. de los Rosales, 16 C
28041 Madrid
Telf. 629 48 93 67
www.editorialnuevaestrella.com
editorialnuevaestrella@gmail.com

© Editorial Nueva Estrella
© María Teresa Soy Andrade

Primera edición: diciembre 2020
ISBN: 978-84-17857-15-8
Depósito Legal: M-26249-2020

Maquetación: Repeling & L
Imagen de la cubierta y detalles de la misma en el interior: Igneon Man
Ilustraciones interiores al comienzo de cada capítulo Mª Teresa Soy Andrade.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el consentimiento previo y por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Todos los derechos reservados.

Dedicado a todas las personas mayores
y a quienes se identifiquen con alguna
de las historias narradas en este libro.

En todo compás de espera se anhela ese momento
en el que un instrumento rompe el silencio y permite
poner voz y melodía a las canciones más tristes.

Quisiera que los miraras
y observaras despacito,
dime ahora: ¿Qué han hecho?
¿Cuál ha sido su delito?

Te han querido muy de veras
siempre han luchado hasta el fin
quitándose horas de sueño
para dártelas a ti.

Quita hiel a su vejez,
abrázales con cariño,
pues lo que han hecho por ti,
bien merece este capricho.

La autora
m.s.a.

Índice

Prólogo 11
Introducción 15
El principio de un bonito final 21
Capítulo 1. El triángulo: La historia de Clarisa 23
Una corazón rebelde siempre busca su destino.
Capítulo 2. La guitarra: Síndrome de la abuela esclava 29
Familias que abusan de los abuelos.
Capítulo 3. El violonchelo: La depresión de Soto 39
Trastorno afectivo por la alteración anímica.
Capítulo 4. Las castañuelas: Una nuera ejemplar 49
Complicidad entre las mujeres de la familia.
Capítulo 5. La armónica: La soledad de Fabiola 55
Violencia de género en el ámbito doméstico.
Capítulo 6. El xilófono: La decisión de Clarisa 63
Actúa con valentía si sabes lo que quieres.
Capítulo 7. Partitura: El nuevo hogar de Clarisa 73
Procuremos el bienestar del anciano.
Capítulo 8. Los platillos: Las manos de los cuidadores ... 81
Creatividad e innovación en el cuidado.
Capítulo 9. El saxofón: El valor de uno mismo 87
La importancia del ser sobre el estar.

Capítulo 10. El clarinete: Los dos hermanos 97
La dignidad por encima de la discapacidad.
Capítulo 11. El violín. La hija ilegítima 105
Un escenario de venganzas y silencios.
Capítulo 12. La pandereta. Recuerdos de Navidad 115
La familia es lo mejor para vencer la soledad.
Capítulo 13. El tambor. Lecciones de una indigente 125
El amor de una madre es incondicional.
Capítulo 14. La batería. La rebelión de los yayos 133
Un rincón de paz con grandes melodías.
Capítulo 15. La mandolina. Los santos inocentes 139
Aceptar la ayuda clínica para no claudicar.
Capítulo 16. La trompeta. ¿Todo en orden? 147
Actos de bondad forman la cadena de favores.
Capítulo 17. La tuba. Los novios eternos 155
Amor, el mejor aliado para realizar los sueños.
Capítulo 18. La gaita. El caserón de Pochi Blanca 163
El amor hacia los animales de compañía.
Capítulo 19. El arpa. Mi dulce Agripina 173
El abuso sexual en la ancianidad.
Capítulo 20. El acordeón. El edadismo 183
Es de bien nacidos ser agradecidos.
Capítulo 21. El piano. Toda una vida laboral 193
La satisfacción del deber cumplido.
Capítulo 22. El órgano. La huella de ser exclusiva 203
El adiós no es para siempre.
El final de un bonito principio 209
Epílogo 211

Prólogo

En el momento actual, la sociedad se enfrenta a dos epidemias. Una de ellas es el Covid-19 y la otra, la epidemia silenciosa del maltrato. Este pequeño virus nos está dando una gran lección y es la necesidad de humanizar la mirada de cada uno al compromiso hacia los demás.

Si bien es cierto que las residencias de ancianos han removido conciencias, pues han aflorado casos de maltrato institucional hacia la persona mayor, el escenario de este libro, *Historia de una orquesta desafinada. Relatos sobre maltrato a los ancianos*, revaloriza la filosofía de su razón de ser, es decir, deberían ser instituciones lo más parecidas al propio hogar. La disciplina social y la edad no son aspectos contrapuestos y, desde luego, no pueden justificar el abandono de sus necesidades.

Esta obra es la culminación de una trilogía que la autora, María Teresa Soy Andrade, ha dedicado a informar y prevenir sobre la violencia hacia el ser humano en todos los ciclos de la vida. Es un toque de atención sobre la violencia y maltrato que sufren algunos ancianos. La autora, con la evidencia de los testimonios, quiere mostrar al lector, con sutileza, la necesidad de acompañar el dolor de las víctimas animando su proceso de resiliencia. No podemos escapar de la realidad, pero s afrontarla explorando alternativas de cambio desde la raíz del problema.

María Teresa Soy Andrade, doctora en enfermería, tiene ya una edad y está próxima a jubilarse, pero no quiere finalizar su etapa laboral sin mostrar su lucha para que el maltrato, en todas

sus formas, sea una situación analizada desde la formación del estudiante de enfermería. Como profesora de la Universidad Francisco de Vitoria ha tenido la oportunidad de tratarlo en el itinerario curricular del alumno y cumplir el sueño de dar a conocer a los más jóvenes este fenómeno invisibilizado, en el contexto donde se produce.

La vejez es una etapa de la vida brillante y reflexiva para toda la sociedad en su conjunto. Es el momento de descansar de las trivialidades que tanto tiempo nos han ocupado y preocupado, de armonizar con nosotros mismos el hecho de que la vida, sigue siendo un regalo. Como diría Romano Guardini, el hombre, visto como persona, tiene el privilegio de poder conceder a cada fase de la vida un sello característico, y realizar en ella la tarea que le es propia y para la que está perfectamente dotado. La muerte no debe ser vista como algo meramente negativo, un mero cesar impuesto desde fuera, un accidente ajeno a la vida, incluso contrario a ella, sino como el momento decisivo en el que se cierra para siempre el signo de nuestra relación con el Creador. Por consiguiente, la edad senil ha de ser considerada como una etapa de preparación para ese acontecimiento singular que corona el decurso vital y le otorga su sentido definitivo. La ayuda al anciano no ha de limitarse a prestarle la asistencia indispensable para su bienestar, también ha de procurar que descubra la gran significación de ese período de la vida y lo viva con la dignidad que el mismo exige.

Llegar a anciano es transmitir la experiencia de toda una vida. Escuchar al anciano es conocer su voz, llenarnos de su sabiduría, descubrir el sufrimiento sin voz, de una persona que, seguro, ha llevado una vida extraordinaria. Querer a los abuelos es darles el bienestar que demandan con cada palabra, con cada gesto y con cada silencio. El encuentro del ser humano con la fragilidad del envejecimiento no es confrontación ni dis-

cordia, sino avanzar en nuestro crecimiento personal y armonizarlo con la evolución natural del ser humano.

El libro que van a leer está escrito con mucha ternura y con la responsabilidad y el deseo de querer influir sobre los comportamientos erróneos. En las culturas democráticas, como definimos la nuestra, los testimonios que nos ofrece, quieren dejar huella, para que el maltrato no suene como una melodía normalizada, sino como una extraña sintonía que desafina y resuena en nuestro interior, para prevenir que siga ocurriendo.

¡Cuánto debemos a nuestros mayores! Si nuestro encuentro con el anciano está lleno de amor y de buen trato, envejecerán en paz, hasta que se oscurezca la estrella de la vida, ¿o no lo tienen bien merecido? Para los creyentes, el paso definitivo a los brazos del Padre Eterno.

José Manuel García Ramos
Catedrático de Pedagogía en la
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

La música ejerce una importante atracción sobre las actitudes y el comportamiento de las personas en cualquier etapa de la vida. A lo largo de nuestra existencia las notas de alegría, tristeza, añoranza y dolor están escritas en nuestro pentagrama particular, donde suenan diversas melodías. Cada una de ellas presenta un ritmo, unos silencios y unas notas que son interpretadas por un instrumento relacionado con los pensamientos que nos inspiran en cada momento.

Con el acorde de un instrumento y la letra de una canción, también exploramos nuestros sentimientos, estos nos recuerdan episodios y la figuración mental asociados a ellos. En este sentido, todas las personas somos músicos, autores e intérpretes de grandes melodías, las que a cada uno nos ha tocado vivir.

Mucho se ha hablado de los efectos que produce la música en general y la clásica en particular, especialmente se conoce la reacción de los bebés ya desde el vientre de la madre. De hecho, son varios los estudios de investigación donde se trata «el efecto Mozart», demostrando que la música también es beneficiosa en pacientes ancianos, pues repercute en el área cerebral, tanto en el plano cognitivo como en la memoria emotiva, aspectos físico y social, conservando la propia identidad. En base a dichos estudios, podríamos asegurar que el valor de la música no solo tiene un poder artístico maravilloso, sino que también es terapéutico y permite trabajar diversos planos de nuestra consciencia, consiguiendo excelentes resultados con las sesiones de musicoterapia.

Los músicos consiguen hacer vibrar al público, conectan con sus sentimientos, interpretan melodías que cambian las emociones lenta o rápidamente y no paran hasta arrancarle una calurosa ovación o un efusivo aplauso a aquel que les está escuchando. En los conciertos esto es fácil de experimentar, porque la amplitud, sonoridad y vibración es mucho mayor de la que se da cuando hay menos público o cuando estamos solos.

Si bien es cierto que cada cual tiene una percepción propia de la realidad, se puede comprobar que cuando se unen varias voces y entonan melodías conocidas, con sonidos que resultan familiares, la música nos hace cercanos y nos une en esta coincidencia, para no sentirnos tan solos ni tan distintos de los otros.

El libro *Historias de una orquesta desafinada. Relatos sobre maltrato a los ancianos* pretender identificar una realidad social con los instrumentos de una orquesta. Son relatos inspirados en testimonios de personas que viven en residencias, algunos de los cuales han sufrido abusos y otros han sido testigos de ellos. Clarisa, nuestra protagonista, nos irá mostrando a través de los sucesivos capítulos las diferentes problemáticas que pueden originarse en el ámbito de las personas mayores, con dulzura y originalidad, a pesar de la dureza de su temática.

Esta residencia de mayores puede parecer una orquesta desafinada, donde, por falta de humanidad, muchos de ellos llegan estropeados, dañados y arrinconados, como si se tratara de trastos viejos o instrumentos en desuso que se amontonan en una buhardilla.

La violencia y maltrato al anciano no se pueden considerar como «agua pasada» ni son temas sin importancia; los hechos y circunstancias que se relatan en este libro siguen presentes en nuestra sociedad. Esta problemática deberíamos erradicarla tomando medidas encaminadas a la protección y cuidado de nuestros mayores, ensalzando el valor de estas personas y contraviniendo los decadentes estereotipos que se han ido sumando a esta etapa de la vida, forjado una imagen negativa de la vejez.

Sin olvidar que la ancianidad es un estado diferente, es una etapa vital que no hay por qué devaluarla ni menospreciarla. No debemos permitir que solo se vea como un problema o una carga familiar, ya que podría dar lugar a una brecha intergeneracional.

Clarisa muestra el daño que la violencia causa a las víctimas. Pretende influir en el lector para que las vivencias de abuso a la persona mayor no sean archivadas por más tiempo como episodios tabúes e intocables, sino una realidad que debe prevenirse. Clarisa escucha *al yayo* que no puede hablar, a quien ha silenciado la violencia por miedo a represalias y a quien piensa que a estas alturas de su vida hablar de ello ya es perder el tiempo. En este sentido, la clave de la obra es vibrar con la sonoridad de ellos, formando parte de esta orquesta desafinada que armoniza el mensaje de *Tolerancia cero ante la violencia*.

El camino para prevenir la violencia es educar a la sociedad en valores. Por eso si eres víctima de violencia y maltrato sé uno de los nuestros hablando de ello. Comparte como nosotros lo hemos compartido. Haz que suene tu pentagrama en la orquesta de todos nosotros y no solo te darás cuenta del valor que tu sonido nos aporta. Te ayudaremos a no pasar el duelo a solas, porque hemos sido tú. Las víctimas deben perder ese miedo que les invade el alma y les mantiene bloqueadas. Y aún corriendo el riesgo de ser rechazadas por la sociedad, no deben silenciar por más tiempo la situación de abuso que nos hace, si cabe, más vulnerables.

Este libro podría ayudarte a comentar tus experiencias, si has sufrido abuso, con personal cualificado o con un profesional que te brindará su apoyo incondicional. Sé que te resultará duro desahogar tu vida privada, pero el experto te dará las habilidades necesarias para superar el trauma sin culpabilizarte de la violencia sufrida, es bueno no avergonzar actitudes y sentimientos, pues no hay emociones malas ni buenas, sino emo-

ciones inmersas en un determinado contexto. Y aunque creas que son más las experiencias dañinas, las que vayan apareciendo al analizar el contexto donde se produjeron, pueden ser favorables para tu resiliencia. Toma nota del dolor que causan y no lo perpetúes. Después de todo, la sabiduría que los mayores han acumulado a lo largo de los años merece nuestra admiración y respeto, considerándolos nuestros grandes maestros.

Por todo, el reloj de mis sesenta y dos años recién cumplidos se ha puesto en hora con el maltrato hacia los ancianos. Más aún después de haber escuchado en los medios de comunicación que el diez por ciento de las personas mayores de 65 años sufren algún tipo de maltrato. Soplaré la vela del pastel deseando mayor empatía con los mayores. Un acercamiento que me compromete a respetar sus derechos como seres humanos y a solidarizarme con sus problemas.

Ponernos en el lugar del anciano es apostar por él sin tratarlo como alguien que no tiene nada que ofrecer; es vencer los miedos de conocer su historia personal y no mostrarnos impasibles frente a la misma, sino reconducirla al bienestar.

Empatizar con el anciano, conocido y desconocido, que nos ha confiado los abusos que ha sufrido es escucharlo sin prisas, romper a llorar si nos pone los pelos de punta, implicarnos en la superación del trauma. Decirle «estoy a tu lado», y a pesar de que su dolor no sea exactamente el mío, aunque lo que me cuente no me guste y me lo repita mil veces, aunque tenga sus achaques o quiera disfrutar del día a día como si no hubiera un mañana, repetirle: estoy a tu lado. Quiero acercarme a la melodía de tu vida para llorar contigo, emocionarme con tu biografía y ser paciente en tu vivir, sin prisas.

Sobre todo, quiero transmitir a los jóvenes que hay mucho trabajo por hacer en esta materia, debemos comprometernos como sanitarios, estar alertas con el fin de evitar conflictos que causan daños en las personas mayores. Si aprendemos a iden-

tificar los problemas de violencia en los ancianos, en todas sus formas, podremos prevenir y evitar situaciones de abuso futuras.

Estoy convencida de que la edad en sí misma no es el punto de inflexión del abismo intergeneracional entre jóvenes y ancianos para entenderse mutuamente. El verdadero cisma es perpetuar los estereotipos que condenan la falta de consideración y entendimiento entre ambos. Muchos de los cuales asientan una actitud muy reprobable hacia la persona que ha envejecido ayudando a construir la sociedad en la que ahora convive con otras generaciones. Por tanto, bien merece que en esta etapa de su vida sea un compromiso de todos, sin excepción, tutelar su vulnerabilidad y sobre todo el maltrato.

Deseo que Clarisa y los diferentes protagonistas de la obra hagan vibrar vuestra alma de artista, y entre todos difundir la melodía de: *Ante la violencia, tolerancia cero*. Una sinfonía armónica que frene la violencia y el maltrato al anciano, para que no sigamos desafinando nuestros acordes, individuales o colectivos, con más faltas de amor hacia ellos.

Los ancianos no son prójimos tan ajenos, como para alejarlos de nuestras vidas sin preocuparnos de cómo están y en ocasiones abandonarlos a su suerte. Merecen nuestro cariño y respeto para que su bienestar no sea solo cuestión de supervivencia sin más. Así mismo, cuando su dependencia implique la presencia de un cuidador a su lado debemos apoyar al familiar, amigo o profesional que realiza esta gran labor, animándolo para que no claudique el cuidado.

La persona mayor no debe renunciar ni a su plenitud personal ni a los derechos humanos. Ojalá llegue el día en que seamos más comprensivos y solidarios con los abuelos, entonces no necesitaremos recurrir a ellos, simplemente nos encantará ir a visitarlos.

La vejez es un regalo y es cierto que llegar a ella es mirar con el brillo de saber que la vida sigue mereciendo la pena

vivirla. Más aún, llegar a viejos es un orgullo y una lección de vida para los demás, pues aportan la sabiduría que da la experiencia de los años. Por tanto, vivir la vejez con deportividad haciendo universal el eslogan «contamos contigo» es además reflejar la propia imagen de etapas vitales previas, pues como muy bien apunta Joan Manuel Serrat en una de sus canciones, esto cambiaría *[...] si todos entendiésemos que todos llevamos un viejo encima*.

La autora*[1]

*1 Ana María Sánchez Sánchez, autora de *El testamento de la magia*, ha compuesto una pieza musical para este libro. Si desea escucharla puede descargarla con el código QR que aparece en la contraportada del libro. También en la web: *www.botiquinesmusicalesparalapaz.com*

El principio de un bonito final

Estimada Clarisa:

Celebro que por fin hayas decidido hacerme caso, y estés viviendo feliz en *Villa Geros,* esa residencia de mayores que te recomendé, porque es el proyecto que dirige mi amiga Georgina. Me intentando llenar de vida los días de las personas mayores. Es una experiencia que has de vivir, y serás feliz antes de viajar a la tierra prometida.

Te conozco muy bien y sé que te agradará envejecer formando parte de esa sinfonía, donde llegas con un sonido único, tu propia melodía afinada por las circunstancias que te han tocado vivir.

Lo importante es saber que aún vibras, que aunque puedas sentirte un instrumento más dentro de una orquesta desafinada, no dejaremos de entonar al ritmo que podamos. Esta vez será diferente, ya verás que tiene otro compás. No te exijas, déjate llevar por la música.

Te irás dando cuenta de que como tú, todos han visto florecer rosas entre espinas y a veces llegan cansados del largo camino. La mayoría se han esforzado hasta desgastarse, lo han dado todo a cambio de nada y esa ingratitud que han visto les ha dejado vacíos, por ello necesitan que tú toques una melodía que les anime, yo sé que puedes

y que tienes el carisma para dar ese paso, cambiando no solo tu vida, también la de los demás.

Tal vez sientas que te estoy exigiendo mucho, pero eres demasiado valiosa como para echarte a perder. Tú generas confianza y te muestras fuerte e impasible, te vemos resistente ante la carga de violencia que llevan muchos a cuestas. Tú puedes ayudar. De hecho, no creo que disfrutes más empleando el cien por cien de tu tiempo solo para ti, quizás te hiciera envejecer mejor, pero no serías más feliz. Nunca has dado la espalda al problema de la violencia que has vivido tan de cerca. Doy por sentado que has guardado semillas de empatía para cultivarlas con ellos, nuestros mayores.

Tengo la certeza de que no podrás resistirte, les abrirás tu corazón, como has hecho siempre. Estoy segura de que el aroma que desprendes no pasará desapercibido, sino que les cautivarás.

Clarisa, cada vez son más las ocasiones en las que te tengo presente en mi pensamiento, por eso te mando un fuerte abrazo, lleno de afecto, desde este precioso faro al que me subo a menudo cuando necesito ampliar mis horizontes. Desde él, el mundo se ve diferente, adquiere otra perspectiva, se aprecia todo con mayor luz y color. Me inspira para reflexionar y siempre vuelvo a casa fortalecida.

> *El hombre no puede descubrir nuevos océanos hasta que no tiene el valor de alejarse de la costa.*
>
> —André Gide

Con este pensamiento me despido y espero verte pronto.

Sara

1. El triángulo

La historia de Clarisa

Un corazón rebelde siempre busca su destino

Siendo una fugaz estrella,
busqué mi luna y mi sol
sin recibir a cambio
un aplauso o una oración.

I

La carta con la que da comienzo este libro, ya amarillenta por el paso del tiempo y arrugada al temblor de sus manos, la yaya Clarisa la guardaba en el bolsillo de su delantal verde como un tesoro. No quería olvidar aquellas palabras de su amiga, una mujer con una historia de superación y compromiso muy parecida a la suya.

Sara Nosly, aquella niña que un buen día, cuando vivía en su pueblo cerca del mar, se lanzó a la aventura de contar su historia por la radio y, visto el éxito cosechado, se hizo locutora. Eludió vivir el monocorde lamento de sentir lástima de sí misma y aceptó de buen grado la sinfonía de compartir espacios con otras personas que, como ella, le echaron mucho coraje a la vida.

Sara y Clarisa se conocieron cuando sus vidas ya apostaban por la vejez, aun así, el respeto de la presentadora por la vida de las personas mayores favoreció que las dos congeniaran.

Clarisa vivió la vida sin entenderla demasiado bien, incluso actuando como si tuviera que dar explicaciones a todo el mundo. Tal vez por ello reservó el protagonismo familiar que se había ganado a pulso, para que lo disfrutaran otros. Hasta que el destino decidió intervenir, dando un giro inesperado a su monotonía.

La protagonista de esta historia nació en el seno de una familia de clase media. Su padre, trabajador en la mina enfermó del pulmón y pronto dejó viuda a su madre, quién además de cuidar de la familia y hacer las tareas de la casa tenía que salir a trabajar de lunes a viernes, y los fines de semana también limpiaba en los colegios del barrio, entre ellos donde estudiaba su hija la pequeña. Una chica muy inteligente y con buenas aptitudes para la música y las bellas artes.

Físicamente Clarisa era una niña gordita, con un gran sentido del ridículo y muy comprensiva con la situación de su casa. Sabía que le tocaba «estrenar» ropa cuando su hermana Sabina pasaba a otra talla. Excepto los zapatos, que la hermana los destrozaba antes de que pasasen a ella, todo lo demás lo heredaba. En la adolescencia, Clarisa empezó a adelgazar y como ya costaba mucho reformar la ropa de Sabina, su madre tiró la casa por la ventana.

Caterina, su madre, con la maestría de haber sido, de soltera, encargada de un taller de costura, desplegó la gran mesa en el patio y dispuso en ella patrones de vestidos, faldas y pantalones, calcados de originales figurines de moda. Esta ventaja supuso que por poco dinero Clarisa contara con un vestidor muy lindo y sobre todo que lo lucía con mucho estilo, pues como decía Coco Chanel: «lo que es moda pasa de moda, el estilo permanece».

Con tal expositor, Clarisa presumió su coquetería y cuando la vista de Caterina se nubló por un glaucoma, le fue añadiendo modelitos de tienda. Algunos eran de firma y otros con precio más asequible, pero Clarisa los llevaba a casa con la tranquilidad de que su madre los pagaba a plazos, dejándola presumir de tan elegantes prendas, aunque se tratase de una persona que no le sobraba el dinero. De hecho, siempre creyó que la elegancia y el buen gusto no tenían nada que ver con ser pobre o rico.

Aquella apariencia también tuvo su revés y fue al iniciar sus relaciones sociales en pandilla. Los chicos atraídos por su físico de mujer solo vieron su cintura ceñida y no valoraron otras cualidades, ni tampoco la envidia que despertaba en sus amigas se lo puso fácil. De hecho corrieron un tupido velo para desacreditar su dulzura y su espontaneidad de chica sencilla. De esa manera la fueron apartando del grupo, lo que la privó de toser, con el humo de aquellos primeros cigarrillos en grupo, y de estremecerse con caricias adolescentes. Y aunque la naturaleza adelantó su primera menstruación, su timidez no le permitió preguntar sobre sexo ni compartir la edad del pavo con otras pavesas de su misma condición, y fue considerada en su entorno como una chica muy come-

dida. Una joven muy de casa, que a media tarde bajaba al patio y mientras esperaba a su madre se arrimaba a la labor de las vecinas que secaban la boca dando palique sobre lo prohibido.

—¿Ya te gusta algún chico nena? —le insistían a Clarisa al verla tan modosita.

—¡Todavía no! —contestaba más roja que un tomate.

—¡Cuidado con los chicos que si te besan te quedas embarazada! —picardeaban entre costuras.

—¡Lo que nos faltaría en casa! —contestó Caterina que acababa de añadirse al corrillo.

—No te preocupes querida, Clarisa no tiene pinta de pelandrusca, más bien de monjita —coreaban las vecinas del sexto.

—¡Fíate de la Virgen, pero corre! —añadió la portera.

Estos comentarios, cuya única intención eran seguramente echarse unas risas, hicieron tanta mella en Clarisa que el sexo fue su principal tabú durante años y, con tal censura, sus grandes amores no pasaron de un enamoramiento platónico «no fuera que...».

Sin embargo, la tarde que Soto la invitó a salir, se notó que le «hizo tilín» y, aparte de ponerse muy tontita cuando le guiñaba el ojo, se pasaba el día pendiente del teléfono por si la llamaba para volver a quedar. Al fin, aquel medio noviete esperó a Clarisa a la salida de clase y le pidió salir. En esta cita sus mariposas en el estómago no cesaron de revolotear y de forma natural se sintieron fuertemente atraídos. A las caricias le siguieron los besos y Clarisa inició el juego erótico con tal pasión y romanticismo que aquello terminó por ser su primera vez.

La pérdida de la virginidad no fue un obstáculo para ninguno, haciéndose inseparables. Este amor no fue bien recibido por la madre de ella, que se opuso radicalmente; y lo único que consiguió fue que se fueran a vivir lo más lejos posible.

Este hecho lo describió Clarisa en su diario así:

> «Recuerdo esta época como un episodio extraño. Poco a poco y como hice con mi cuerpo, desnudé a Soto mis complejos, sin importarme lo que pensara de mí. Era mi tesauro favorito y

en tal confianza a ciegas, desbaraté los planes que mi madre me tenía reservados. Al tiempo hice piña con Soto frente a mi familia y, sin ser muy consciente de ello, me embarqué en la aventura de manejar el timón de mi propio barco, dejando el de mi madre en el doloroso astillero del nido vacío».

Clarisa y Soto se casaron un diecinueve de octubre sin apenas invitados a la boda. Como en todos los matrimonios, hubo sus altos y bajos en montaña rusa, cotidiana o por rachas, no siempre eran controlables. En más de una ocasión pensó en coger carretera y manta para irse adonde nadie la pudiera encontrar, pero siempre volvía a tiempo para abrazar a su marido antes de dormir. Salir de su casa fue un reto y un aprendizaje constante de la vida, hubo días buenos y otros no tanto, algunos muy tormentosos. Sin embargo, volviendo la vista atrás pensó: «¿Qué nos hace ser tan ingenuos a los veinte años?». Aunque siempre mantuvo la idea de que con Soto se hubiera ido al fin del mundo.

Los primeros pasos en la historia de Clarisa, suenan como los acordes de un triángulo. Un instrumento fácil de tocar y cuya sonoridad permite que sea escuchado muy por encima de la orquesta.

Clarisa rompió el molde tradicional, donde encajaba a la perfección, para crear su propio camino. Apostó por ella, y decidió tomar las riendas de su vida.

De hecho, si algo aprendió Clarisa en el transcurso de los años es que todo el mundo es capaz de resolver cualquier problema que se ponga por delante. Si decide afrontarlo.

2. La guitarra

Síndrome de la abuela esclava

Familias que abusan de los abuelos

Ningún abuelo y abuela
merecen la encerrona
de servir a rienda suelta
machacando su persona.

II

Clarisa no perdía la ocasión para destacar las cualidades de Soto como la persona que la complementaba. Soto la quería por encima de todo y, en tal ímpetu, mantuvieron encendida la llama de su amor en el continuo romance de un beso a escondidas, una mimosa caricia, un fin de semana a solas. Sin embargo, la crianza de los hijos y las facturas sin pagar les pusieron los pies tan en el suelo que tocaron fondo.

Reacios a pedir ayuda económica, la entonces joven pareja mesuró los dos sueldos al milímetro, ahorrando en gastos y acomodándose a la infancia de los niños en la guardería, en paseos por el parque y cumpleaños de los amiguitos de clase, se dieron cuenta de lo fácil que era dejarse llevar por aquella inercia. Sin embargo, cuando fueron creciendo, Clarisa compaginó varios trabajos y viajó por muchas ciudades donde tuvo que demostrar ser la mejor. Aunque en muchas ocasiones, esta competitividad le dolió hasta el alma cuando las revanchas frenaban sus ideales y las traiciones la dejaban malherida.

Con el paso del tiempo, se quedó con un solo trabajo y además sin necesidad de ausentarse de casa. Entonces fue cuando, acostumbrada a campar a sus anchas, se sintió vacía y muy sola, pues el que todo le pareciera más de lo mismo la sumió en una rutina sin motivación alguna. Con el paso de los años, el protagonismo de la familia en su vida tomó otra forma y Clarisa lamentó haberse desligado de sus orígenes, obsesionada con la reflexión: «a veces pienso que no pertenezco a ningún lugar».

Este pesar la fue sumiendo en una crisis de identidad hasta que su hermana Sabrina cayó enferma, con un episodio neurológico que sentenció su pronóstico en tres meses. Tal percance obligó a Clarisa a trasladarse de forma reglada a la casa de sus padres para cuidarla y sin echar más desgracia sobre la situación familiar, asumió los gastos de la minuta clínica. De hecho, nunca echó nada en cara a Caterina que desde su viudedad seguía limpiando en los colegios, para sobrevivir y, dicho sea de paso, adecentarse una jubilación más provechosa.

La muerte de su hermana Sabrina impactó a Clarisa y fue un duro varapalo para su madre que nunca dejó de repetir entre sollozos «ninguna madre debería vivir por encima de la muerte de un hijo». A partir de entonces Caterina no fue la misma y se dejó morir, legando a Clarisa su caja de bisutería, la casa y sobre todo mucha soledad.

El transcurrir de su vida le deparó otras crisis, una de ellas la jubilación de Soto que aventajó la suya y con la excusa del «por si acaso» nada más recibir la primera paga lo celebraron juntos con una escapadita de enamorados en un crucero. Esta idea fue un gran acierto pues, a partir de aquella fecha, la vida no le hubiera deparado una oportunidad mejor para coincidir en segunda luna de miel con tantas ganas.

A la vuelta del viaje los hijos montaron un pequeño restaurante y delegaron en Soto menesteres varios. Programaron su disponibilidad bajo la premisa de «para que no te aburras», ocuparon todo su tiempo. Sin embargo, también quisieron disponer de la ayuda de Clarisa y de hecho, desde que cumplió los sesenta años, las velas de cada pastel de cumpleaños preludiaban que su cese laboral estaba al caer.

No obstante, la llegada de la pequeña Isabela y, más aún, el alborozo familiar que produjo esta primera nieta azuzó la prejubilación de Clarisa, argumentando a sus compañeras: «en casa me necesitan mucho».

Con la tranquilidad de tener dos abuelos jubilados guardándoles las espaldas, los hijos y la nuera se ocuparon casi totalmente del negocio familiar mientras Clarisa y Soto, en su rol de yayos primerizos, se desquitaban del tiempo que no habían podido dedicar a sus hijos. Así mismo, se llenó de nuevo de felicidad el nido familiar, que se había quedado vacío desde que los chicos se independizaron.

Poco a poco sumaron a tal lúdica labor una serie de responsabilidades compartiendo el cuidado de la pequeña a las duras y a las maduras, casi las veinticuatro horas. Entonces fue cuando Clarisa, con tal de quitarse de la cabeza la grima que siempre le dieron las abuelas vestidas con la saya hasta los pies, se propuso no ser una yaya a la antigua usanza. Su último tropezón, lesionándose la rodilla, le impidió tirarse al suelo para jugar con Isabela, pero a cambio fue la mejor versión de sí misma. Clarisa descubrió su imaginario e ideando un mundo infantil, a la medida de su nieta, empezó a escribirle un cuento que le regalaría el día de su cumpleaños. También sabía captar su atención con las canciones de *Pepito Conejo*, el muñeco *Pimpón* y le solfeaba arrullos antes del beso de buenas noches. De hecho, tenía tan encandilada a Isabela que no se movía de su lado y, si por casualidad sus papás venían a recogerla sin que Clarisa hubiera terminado la canción, la nieta no se montaba en el coche hasta que la terminaba.

—¡Esperad, que la yaya me canta! —decía Isabela poniéndose en jarras.

Con el tiempo vinieron más nietos, pero la yaya y Soto ya habían perdido mucha energía para seguir al mismo ritmo que con Isabela. Además, a esta situación se sumó la ruina del restaurante que habían puesto los chicos y fue dispersando a los hermanos buscando trabajo donde hubiera. El azar truncó la suerte del mediano, Pedro, y su pareja, Fita, quienes cansados de no encontrar un trabajo estable saldaron el pago de su alquiler,

viviendo en casa de los abuelos hasta que la situación cambiara. Tal decisión no fue del agrado de los demás hermanos, que lo consideraban un aprovechado y no podían evitar hablar de ello en cada reunión familiar. Aunque Clarisa quitaba hierro a las rivalidades y mostraba su cariño, actuando cual mamá gallina, protegiendo a sus polluelos con cualquier chascarrillo que se le ocurría. Sobre todo, cuando las descalificaciones se dirigían contra el más desfavorecido de todos.

—Estoy harto de vuestra habilidad buscando las siete diferencias entre vosotros —se disgustaba Soto.

—Hijos, haya paz —intentaba serenar los ánimos Clarisa.

Aquellos careos, que frecuentemente se convertían en verdaderas batallas campales, empezaron a hacer mella en la unidad familiar. Los abuelos, se veían obligados muchas veces a transigir con los caprichos de hijos tan egoístas. De hecho, exigiendo su espacio de confort, desmerecían el sacrificio que Clarisa y Soto hacían para complacerles, y que tantas veces terminaba con los dos padres llorando a solas en su habitación.

Cuando Fita dio a luz, se cumplió el refrán de que los niños vienen al mundo «con un pan bajo el brazo», y Pedro encontró trabajo, con la condición de realizar un curso de formación fuera de la ciudad. Al principio, la nueva familia tuvo la intención de trasladarse a un piso alquilado, pero hacer las maletas significaba alejarse de la seguridad que tenían en casa de sus padres, y esto le echó para atrás.

De nuevo, los comentarios se cebaron en que Pedro era el hijo pródigo, hasta que en una reunión familiar todos consensuaron la justa exigencia de que el hermano pequeño aportaría un incentivo económico para la manutención de Fita y el bebé. Los abuelos no pusieron pega a nada, ellos estaban encantados de tener cerca de sus hijos y sobre todo de pasear al bebé y seguir ocupándose del cuidado de Isabela. Complacida con lo acordado y viendo a todos contentos, la generosidad de la

yaya Clarisa fue más allá y vendió las pocas joyas que su madre, Caterina, le había dejado en herencia, repartiendo una buena suma entre sus hijos. Tal regalo cortó los comentarios por una temporada, pero aprendieron la cantinela del «dame más que más me merezco» y en tal impunidad, el monedero de Clarisa no veía momento de cerrarse.

Como era de esperar, las peticiones al oyente de uno y otro vástago, gastaban la paga mensual de los abuelos antes de terminar el mes, así que tuvieron que echar mano de los ahorros. Sin embargo, cuando la caja de caudales se quedó sin fondos, Clarisa tuvo que pedir un préstamo, y en alguna ocasión solicitó anticipos, endeudando el pago de mes vencido y próximo mes.

—¡A mis setenta años! —exclamaba Clarisa.

A partir de tantas estrecheces y reveses seguidos, Soto dejó de ser el mismo y también Clarisa, optando por no amansar las aguas bravas, sin hacer demasiadas preguntas.

Con el tiempo, la salud de la yaya empezó a resentirse con episodios de ansiedad y tensión alta, pero al achacarlos a la edad nadie les dio importancia. Hasta que un día, en el parque Clarisa comentó a sus amigos, Concha y Hermenegildo, «estoy más liada que cuando trabajaba», enterándose del panorama y de todo el peso que llevaba encima. También les confesó sus estresantes despertares y sus pesadillas nocturnas, hasta que verbalizando el disparate de «No me puedo morir, porque nos necesitan», espabiló con la reacción de sus confidentes.

—¡Pobre amiga! —la compadeció Concha.

—¡Hay que tener un par de cojones bien puestos y dar un puñetazo en la mesa! —añadió Hermenegildo muy alterado.

—¡Ya estás hablando demasiado, mujer! —susurró Soto, para que se sumara al silencio que el banco guardaba.

En aquel justo momento pasó por allí Nuria, una estudiante muy conocida por los mayores, pues promovía el programa de «correr» en espacios abiertos y zonas verdes de la ciudad.

Ocurrió que creyendo que estaban discutiendo, se acercó hacia allí y despistando su sesión de carrera con ejercicios de estiramiento, escuchó la mejor parte de la conversación, donde Clarisa hablaba de cómo les agobiaba dedicar todo su tiempo a las demandas de la familia.

—Estás padeciendo el *síndrome de la abuela esclava* querida Clarisa —interrumpió Nuria con mucha delicadeza.

—¡Lo que te faltaba escuchar! «Del árbol caído, todos hacen leña» —intervino Hermenegildo.

La trascendencia de ese síndrome, avivaron en Nuria su vena docente y entendiendo que no les vendría mal saberlo, les puso al tanto de su significado.

«La abuela esclava» es una enfermedad grave que afecta a las mujeres mayores cuyas excesivas responsabilidades respecto al rol de ama de casa, cuidadora y educadora les produce un sufrimiento crónico deteriorando su calidad de vida.

El síndrome de la abuela esclava destapa la parte más oscura de la dedicación de los abuelos a tiempo completo sin recibir ayuda alguna e incluso es un atropello a su altruismo incondicional. Este maltrato se soslaya haciéndole ver a la víctima que sus quejas son excusas y que es una obligación generacional. De hecho, es frecuente mantener tal esclavitud en activo con frases hechas como: «¿Quién no va a satisfacer las demandas de su propia sangre? ¿Qué va a hacer la abuela si no es cuidar a los nietos? ¿A quién van a recurrir los hijos sino a la vieja, que ya no tiene nada más útil que hacer?».

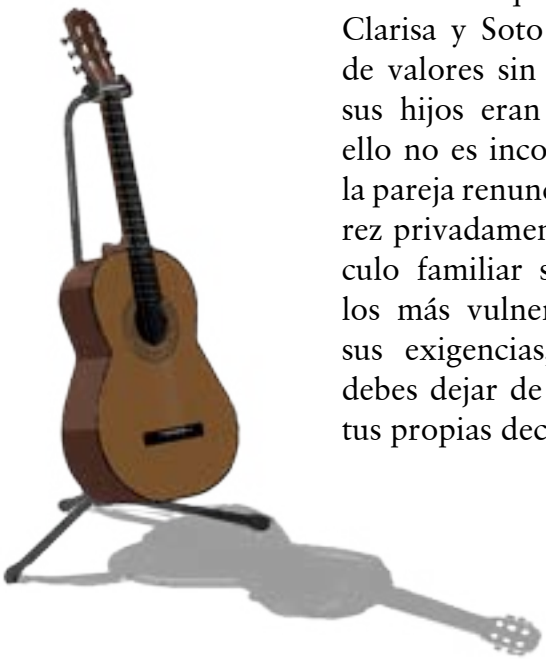
—Buscaremos ayuda, porque si esto no se frena de algún modo, el agotamiento irá en aumento y la situación se irá haciendo insoportable. La verdad es que, esta realidad, no va a ser menos cruel mañana —aclaró Nuria animando a Clarisa.

Aún pensativa por la información de Nuria, Clarisa y Soto siguieron su día a día como si el encuentro con la joven estudiante no se hubiera producido. Hasta que un domingo, cuando

Clarisa salió al porche de la vieja casa donde vivían, para dar de merendar a sus nietos, los hijos vieron en los ojos de la yaya una mirada perdida y comprendieron que habían cruzado el límite, estaban rompiendo el corazón de sus viejos, a tiras.

A partir de lo cual, no abusaron más de ellos y se buscaron las lentejas con su propio esfuerzo. Pedro alquiló un piso en la localidad donde trabajaba, para vivir con su mujer e hijo y coincidiendo todos en las celebraciones familiares, que desde entonces se celebraban en armonía en casa de sus hijos.

El síndrome de la abuela esclava suena como los acordes de la guitarra. Un instrumento ideal del que echamos mano para interpretar nuestras propias composiciones en orquesta o en solitario.



Clarisa y Soto crearon su escala de valores sin dejar de lado que sus hijos eran lo primero, pero ello no es incompatible para que la pareja renuncie a vivir su madurez privadamente. A veces el vínculo familiar se malinterpreta y los más vulnerables enferman a sus exigencias, por ello nunca debes dejar de ser tú y de tomar tus propias decisiones.

3. El violonchelo

La depresión de Soto

Trastorno afectivo por la alteración anímica

No te avergüences tan pronto
de lo que ves en mi aspecto,
deja que te haga entender
lo que ni yo mismo entiendo.

III

Ya había pasado algún tiempo del cambio tan positivo que habían tenido sus hijos, el turno de comer en casa de los abuelos se fue rezagando con el propósito de compensar la época que habían estado abusado de su hospitalidad y ahora solo iban de invitados. A la par, en el día a día, Soto y Clarisa, recobraron su privacidad y la serenidad que habían perdido por tener que estar pendientes de los agobios que perturbaron su salud.

Sin embargo, ese año, la yaya fue advirtiendo una constante melancolía en su marido y habló con el médico de familia. El buen doctor, don Fulgencio, no tardó en ir a casa de Soto para hacerle un reconocimiento, sacando del bolsillo sus anteojos tipo Quevedo, después le recetó unos medicamentos y mientras cerró su botiquín le sugirió a Clarisa que estuviera pendiente de él, pues era muy posible que se repitiera el cuadro depresivo que ya sufrió en su juventud.

Esta lacra adicional sumada al envejecer de Soto fue aumentando su vulnerabilidad, lo que dejó muy pensativa a la yaya, sobre cómo debía cuidarle. Sin embargo, el sentido común de Clarisa hizo que no desesperara su vitalidad y armándose de mayor paciencia todavía, adaptó su cotidianidad a lo que hiciera falta. Y cuando sentía la triste mirada de Soto dispersa entre la suya, ella trataba de calmar sus rebotes de pesimismo con frases esperanzadoras como: «todo pasará cariño, te pondrás bien». En ocasiones no podían disimular la aflicción de que su vejez no transcurriera tal y como ambos habían imaginado.

Poco a poco, el estado anímico de Soto lo llevó a barajar la posibilidad del suicidio, acelerando el retroceso en su salud. Fue entonces cuando Clarisa comenzó a preocuparse por el estado de su marido y dejando de sufrir a solas la depresión que él padecía, decidió compartirla con sus hijos. Dando muestras de su valentía no se dejó llevar por el miedo ni por lo que los médicos le diagnosticaron, su reacción no fue de huida, sino que enfrentó una segunda zancadilla aferrándose a la vida. Supo que ya nada sería para siempre.

Ciertamente, el miedo de que el abuelo hiciera algo malo y se descontrolara delante de los pequeños provocó que sus hijos dejaran de visitarles. Así que fueron espaciando sus reuniones familiares poniendo algún pretexto, y los abuelos dejaron de ver a sus nietos con la frecuencia acostumbrada. Esta situación alimentó las críticas del vecindario y, en altruista revancha, los amigos de los abuelos subían al piso, para que no se les eternizaran las horas. De hecho, pasaron tiempos muy entretenidos alrededor de la mesa camilla, a la que quitaron el brasero para evitar peligros y de paso acomodar mejor los pies.

—Hay que valorar lo que la vida nos ha dado —repetía Clarisa a sus invitadas de cada tarde, quitando importancia a la coyuntura que estaba pasando con Soto.

Cuando todos se iban, Clarisa no dejaba de darle vueltas a lo que tenía en su cabeza, seguía con sus obsesiones, agotándose a tope. Pensaba si ya habría llegado el momento de quedarse en la estación sin retorno, donde el viento encrespa el cartel oxidado que ya no indica dirección y tampoco sentido, porque a su obsoleta maquinaria le basta descansar en una sola vía.

Y en el mismo apeadero donde su suegra esperó sin éxito que su marido volviera a ser el de antes, Clarisa deseó con todas sus fuerzas despertar de ese mal sueño. En aquella línea 4 de metro, en la estación «Luis Cubillo», la que sepultó a su suegro entre raíles, ella doblegó su rabia y fue aceptando la situa-

ción al igual que su suegra aceptó lo que dictaba el informe de la autopsia. Aunque la muerte por accidente y debido a causas naturales no fuera exactamente el último pensamiento de su marido, sino la única salida al sufrimiento que le encarcelaba reo en propia celda.

Quizás por ello Clarisa quiso aprender a estar a solas consigo misma y, tomando conciencia de su realidad, fue relajando las sensaciones que asfixiaban sus expectativas. Sobre todo al acostarse con su marido por las noches, lo cogía de la mano cuando lo creía dormido y lo acariciaba la cara hasta cerrar los ojos por no llorar. Llegó el día en que Soto sintió el impulso de hacerse daño, como hizo su padre, entonces Clarisa se alarmó y llamó a don Fulgencio para que acudiera a visitarlo con urgencia.

La continua tutela domiciliaria por parte de una enfermera y la nueva medicación, que le recetaron a Soto, dio justo en la diana, consiguiendo una mejoría importante. Y Clarisa volvió en solitario al cuidado de Soto, que viéndole cada día más animado dejó de amoldarse a la soledad compartida. En realidad el despegue del cambio fue a partir de aquella noche que, repitiendo el ritual de todas las anteriores, cuando creía que Soto estaba dormido, tomó su mano para consolarlo y demostrarle que seguía a su lado por amor, sucedió que su marido reaccionó, y la besó, y bromeando con la frase: «Señora, es usted la mujer más hermosa que he visto», hicieron el amor. Un acto sexual tierno que culminó los ímprobos intentos de meses atrás. Ambos enriquecieron sus relaciones íntimas, con la naturalidad de que disfrutar del sexo en la vejez no es ni mucho menos reprobable. A partir de lo cual, la aventura de seguir explorando las ventajas de la vejez fue el punto donde se apoyaron para afrontar los cambios que les deparaba el futuro.

La recuperación de Soto, y la nueva mirada con que ambos abuelos siguieron su camino, agradó tanto a los vecinos, que lo celebraron en un restaurante donde cada mesa estaba metida en

una especie de cabaña. Esta novedad no solo sorprendió a Clarisa y a Soto sino que coincidió con una fiesta donde sus hijos formaban parte de los invitados. Al ver a los abuelos, los nietos salieron corriendo a su encuentro y con mucha alegría se abrazaron reconociendo que: «Cuando hay verdadero amor aceptamos el pasado sin juzgarnos, el presente sin cambiarnos y el futuro sin limitarnos». Así decidimos olvidar el pasado y sin dar lugar al resentimiento dimos paso al cariño que nos estaban ofreciendo.

El hecho de que Clarisa y Soto volvieran a la dinámica familiar activa, con un perdón sin condiciones, alivió el sentimiento de culpa de los hijos que, además, estaban dispuestos a agradecerlo con pequeños detalles. En este sentido, puedo decir que el jamón de la merienda de los pequeños no enmohecía, como pasaba cuando no estaba para comerlo y tampoco se guardó el sacacorchos del buen vino que por falta de comensales dejó de servirse en las comidas de aquella casa.

Los hijos tampoco eludieron el apego de los nietos a los abuelos y periódicamente se quedaban a dormir con ellos, sobre todo Isabela que seguía encantada con la yaya Clarisa. Esta vinculación tan especial fue muy valorada por Angélica, la madre de la pequeña, que, sin dudarlo un minuto más, firmó el consentimiento para que los miércoles fueran a recogerla al colegio, lo que supuso un gran motivo de alegría.

Sin embargo, aquel miércoles en la puerta del colegio, Soto y Clarisa se llevaron una decepción por lo ocurrido con los amiguitos de su nieta Isabela.

Clarisa había entrado en la tahona a comprar la merienda y la niña la zarandeó por la falda con gran insistencia.

—¿Qué pasa cariño? —le preguntó Clarisa extrañada.

—¡El abuelo va muy sucio! —le contestó la pequeña.

Entonces Clarisa miró a su nieta y apenada por el disgusto que tendría Soto cuando se viera así, cogió a la niña de la mano y salió hacia donde estaba el abuelo, rodeado de un grupo de

chavalillos que le hacían corrillo y se estaban riendo de él. De repente Clarisa entró en cólera y los espantó como se hace con las moscas que acuden a un panal de rica miel, en este caso del pobre Soto que insólitamente iba hecho un adefesio. A los pocos minutos, se acercó a su marido que estaba arrinconado en un lateral llorando con amargura, y con la bondad que caracteriza a Clarisa sacó del bolso un pañuelo y le fue secando las lágrimas. Con dulzura tomó las gafas que su marido guardaba siempre en el bolsillo de la camisa y se las colocó; en aquel momento se dio cuenta de que había avergonzado a su nieta y le pidió disculpas.

—No te preocupes abuelo, no pasa nada. Son tontos —contestó Isabela.

Esta respuesta conmovió a Clarisa, y aunque delante de Soto quitó importancia al incidente se mostró inquieta, porque aquella camisa no estaba en el armario, sino en la silla de la habitación para lavar.

—Me he levantado de la cama y me he puesto lo primero que he visto —se disculpó Soto.

—No pasa nada —dijo Clarisa— esto tiene solución.

A continuación le abrochó mejor los botones de la camisa y subiendo un poco más la cremallera del jersey consiguió camuflar las manchas, dejando aquel asunto resuelto. No quería privar a Isabela de pasar por el parque donde su abuela le había enseñado a coger impulso con el columpio y el abuelo sonreía cuando la veía deslizarse por el aire.

Aquella tarde Clarisa observó a Isabela jugar con el abuelo, pidiéndole que contara las veces que se balanceaba o se escondía detrás de él. Los tres volvieron a casa sonrientes, conscientes de que habían cambiado su actitud y desde ese día Isabela entendió lo que significa sentir respeto hacia los mayores.

Clarisa restregó con rabia la suciedad de aquella camisa en el fregadero, mientras Soto pensó que no valía la pena ofuscarse con lo que había ocurrido aquel día.

El paso del tiempo sentenció los años de vida de Soto y aunque el abuelo estaba preparado para irse, la yaya Clarisa no lo estaba para despedirse de él. Lo cierto es que Clarisa nunca vio a Soto tan mal como para morirse y por ello su muerte la cogió tan desprevenida que su confusa palabrería impactó a quienes se acercaron al velatorio para darle sus condolencias.

A la semana de haber enterrado a su marido, la yaya se insertó la alianza de Soto como el segundo anillo de su dedo anular y menos entera que el día de autos presidió el funeral. Finalizada la homilía, Clarisa rodó ambas alianzas en el dedo y sumando los buenos momentos que disfrutó con su marido ya difunto, subió al atril para dedicarle unas emotivas palabras:

Querido Soto, querido amor:

Este destino tan deseado para las personas creyentes que es volver al Padre me causa un gran dolor, porque el Padre se ha olvidado que yo debía acompañarte. Este es el verano más triste de mi vida porque no estás en la casa, en el lecho, ni puedo darte el beso de buenas noches que nunca dejamos de darnos. Pórtate bien querido Soto porque si Dios está contento contigo, cuando me llame te hará caso para ponerme a tu lado sin separarnos jamás.

Finalizado el acto, Isabela subió al altar y, cogiéndose del brazo de su abuela, bajaron por las escaleras de mármol para sentarse en el banco que las tuvo ante el sagrario durante toda la misa. A continuación, se protocolizó la línea de pésame y como era tan numerosa el párroco sentó a la viuda en una silla, y así evitarle el cansancio o el vahído de la emoción contenida. Fueron pasando uno a uno, acompañando y consolando a la yaya con sus condolencias y cuando llegó el turno del último asistente una terrible tormenta retuvo a la comitiva en el tem-

plo. Estos breves minutos de lluvia se despejaron con un arcoíris y el canto de los pájaros suavizó su tristeza.

—Pobrecitos, ni siquiera la lluvia les ha impedido venir ni callar su precioso trino —sonrió Clarisa.

Entonces fue cuando ella recordó los largos paseos con Soto a la orilla del mar escuchando las gaviotas y, en la campiña, adivinando el sonido de las aves que cantaban. Finalizado el funeral, le dijo a Isabela: «El abuelo Soto era muy hábil reconociendo cada ave por su sonido y también las falsas imitaciones, por eso le llamaba "mi jilguerillo"».

A Isabela siempre le extrañó que su abuelo, siendo un experto en pájaros, no había aprendido a cantar como ellos y desentonaba tanto bajo la ducha.

El día mundial de la depresión, escogido por la Organización Mundial de la Salud, es el día 7 de abril. Es una enfermedad silente que afecta a todas las edades y está muy estigmatizada en la sociedad. La falta de comprensión de la misma reduce el apoyo que tienen otras enfermedades y, además, necesita atención sanitaria para reconducir los síntomas de tristeza, apatía, angustia y desesperanza que pueden desembocar en el suicidio.

Esta historia sugiere el sonido de un violonchelo que es robusto y de difícil transporte pero es un torrente de sonidos muy expresivos. La depresión se trata con un abordaje clínico y terapéutico adecuado para que las emociones inhibidas se suelten canalizando de nuevo en la persona deprimida la armonía entre el cuerpo y la mente.

4. Las castañuelas

Una nuera ejemplar

Complicidad entre las mujeres de la familia

No presumas de bondad
si no la llevas contigo
pues se delata en el trato
que das a tu peor enemigo.

IV

Después de la muerte de Soto, Clarisa se desvivió como voluntaria visitando enfermos en los hospitales, y cuando llegaba a casa lo primero que hacía era respirar hondo para no ponerse nostálgica. Estaba rodeada de recuerdos de toda una vida y cuando echaba un vistazo a tal escaparate, aunque vivía sola en la casa, no tenía la sensación de que lo estuviera. No era capaz de tirar nada, todos los objetos tenían un significado para ella, y además los consideraba importantes cuando los recordaba en su pasado. «No puedo deshacerme de ellos» contestaba Clarisa cuando la insistían para que se desprendiera de algunos.

Con los años aquello se volvió en su contra y día a día crecía su tristeza por la ausencia de Soto, hasta que se sintió vacía y empezó a mirar otras alternativas. Su hijo mayor, Alberto, le había propuesto pasar temporadas en su casa, pero ella no quería molestar. Hasta que un día fue su nuera, Angélica, quien la llamó por teléfono y al verla algo nerviosa se presentó en su casa para invitarla con mayor insistencia. Estaba segura que era lo mejor para todos. Realmente, la que salía ganando era la pequeña Isabela quien, a partir de entonces, presumió de tener a la yaya más tiempo que los primos y solamente para ella.

Cuando se mudó a casa de su hijo Alberto, este había decidido tenerla entre algodones para compensar la indiferencia de años atrás. No obstante, esto despertó el recelo de los demás hermanos que se preguntaron por qué su madre había decidido irse a vivir con el mayor y no con los otros. Estos resquemores llegaron a oídos de Clarisa y para tranquilizarlos les explicó sus motivos. Principalmente ella lo había decidido así porque Angélica no trabajaba fuera de casa y podía estar acompañada con ella casi

todo el día. Los hermanos entendieron perfectamente su decisión y nunca más volvió a salir el tema entre ellos.

No obstante, la realidad era también que Clarisa había descubierto la bondad de Angélica, quien a diario le repetía que hacerse mayor no era una desgracia sino una suerte, pero a este convencimiento también hay que saber llegar y es en muchos casos decisión de uno mismo. Así que con esta mentalidad no debía desaprovechar la oportunidad de envejecer como quería hacerlo. Y fue inevitable recordar las sugerencias que había recibido de su madre Caterina.

Se integró perfectamente en su nuevo hogar, era una más en la vida familiar. Disfrutó de muchos momentos agradables, sobre todo cuando llegó a casa la gatita Menta con la que hizo muy buenas migas, pues era muy cariñosa con todos, pero solo se dejaba acariciar por la yaya y por Isabela que la perseguía a todas horas y no la dejaba ni un momento tranquila.

Clarisa estaba feliz y procuraba no contradecir las decisiones que tomaban su hijo y su nuera, y aunque muchas cosas ella las hubiera hecho de forma diferente, decidió valorar más la generosidad con la que actuaban y no meterse en sus discusiones. Ella solo tendría que esforzarse en no hacer nada que les sentara mal e intentó no ser la suegra exigente que había sido la suya.

Una tarde mientras Clarisa iba por el pasillo con dirección al salón Menta se le cruzó y la yaya perdió el equilibrio y cayó al suelo de bruces. La gata, intuyendo que algo malo había pasado, volvió para consolarla y de forma instintiva le lamió la herida.

Con los mimos de la gatita Menta, Clarisa pudo coger fuerzas y logró llegar hasta una silla del salón. Casi al mismo tiempo, entraron Angélica e Isabela y al no escuchar los maullidos de la gatita, llamaron a gritos a la abuela. Al no obtener respuesta corrieron hacía el salón, donde la encontraron sentada en una silla, con una brecha en la frente y acariciando a la gatita.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Angélica.

—¿Te duele mucho yaya? —añadió preocupada Isabela.

Tanta atención agradó a Clarisa, pero no delató a Menta, sino que excusó el tropiezo como un percance sin importancia. Pero cuando se levantó del asiento para cenar, su tambaleo alertó a Angélica y cuando vino su hijo se fueron al hospital, es mejor que la vea un médico, por si hubiera sufrido alguna lesión grave.

Clarisa explicó al médico cómo se había producido el accidente, pero por los moratones que llevaba, siguieron el protocolo de sospecha de maltrato y la enfermera pidió a los familiares que la acompañasen para hacerles unas preguntas, y el médico necesitó que Clarisa se lo contara de nuevo cuando se quedó sola.

—Ya les he dicho que encontramos a mi suegra en la silla, con una brecha en la cabeza y tan tranquila, acariciando a la gatita —les insistía Angélica.

Al comprobar la coincidencia de las dos versiones y verificando que no existía sospechas ni síntomas de maltrato, se dio el alta a la abuela con el diagnóstico de caída accidental. Lo que no impidió que su hijo Alberto, indignado de que sospecharan que podía haber sido una agresión premeditada, puso una queja mediante un formulario de reclamación.

Cuando regresaron a casa, Clarisa pidió disculpas por lo sucedido y por lo tarde que se les había hecho por su culpa. Se confió a su nuera, que, con dulzura, se mostró comprensiva y secó suavemente sus lágrimas, como si fuera una hija.

Clarisa volvió a recordar su pasado:

Cuando mi suegra me llamaba, corría a su habitación. Era una mujer que no tenía mucha paciencia conmigo. Acostumbrada a que todo el mundo relegara lo que estaba haciendo a su voz de mando, su exigencia era ser atendida la primera. Yo lo hacía casi siempre excepto cuando los llantos de mis hijos eran tan insoportables que no podía dejarles en la cuna. Entonces, la abuela lejos de comprender la situación me esperaba con una mueca de desagrado.

Y cuando la dejaba arreglada en la silla de ruedas, esperaba el momento de desencajar la goma de la rueda para que la volviera a montar como si se tratara de la bicicleta de mi hijo. Me machacaba como a una novata y al ver cómo mis manos sangraban callosas en la servidumbre mal entendida, de hacerlo todo recriminándolo, por no estar nunca a su gusto. Era incapaz de valorar nada. Casi la llegué a odiar.

Angélica repetía varias veces a Clarisa que era una yaya muy querida y le confesó que, aun sabiendo cómo había ocurrido aquella caída, la apoyaría incondicionalmente. Por la confianza que le ofrecía decidió contarle más episodios de su vida, algunos le daba vergüenza compartirlos por la violencia sufrida y, entendiéndola como víctima, Angélica serenó su autocompasión, y a partir de aquel momento les unió una profunda amistad.

Ambas seguían la hoja de ruta que se viene perfilando con detalle en *La mirada de Sara Nosly*[2] y en *El faro de Santa Cruz*[3], donde iniciaron lo que les dio por llamar «Una amistad en onda».

Clarisa hizo alarde de su señorío alejando a Angélica de la servidumbre que tuvo que soportar ella. Por otro lado, su nuera continuamente potenciaba la autoestima de la yaya, valorando aquellos detalles aparentemente insignificantes, pero de gran ayuda para superar los traumas de la victimización sufrida.

Esta historia donde, frente a frente, se miran nuera y suegra nos recuerda el repiqueteo de las castañuelas, pues su sonido fluye de la coordinación e independencia de cada dedo de la mano tocando con energía y elegancia.

2 Título de la primera parte de esta trilogía sobre el maltrato infantil.

3 Título de la segunda parte de esta trilogía sobre el maltrato a la mujer.

5. La armónica

La soledad de Fabiola

Violencia de género en el ámbito doméstico

Observa y aprende bien
del dolor del inocente
es una experiencia terrible
para evitarlo seriamente.

V

Una de las mejores vecinas de Angélica se llamaba Fabiola. Era una mujer muy servicial que, en ocasiones, se quedaba al cuidado de Isabela, incluso, algunas veces la había ido a recoger al colegio. Sin embargo, en los últimos dos años su autonomía se debilitó debido a la enfermedad de Parkinson y, como apenas salía de casa, era Angélica quien iba a visitarla por si necesitaba algo. Además, como su relación vecinal era tan grata nunca estaba sola y, con el pretexto de pedirle sal o azúcar, los vecinos la tenían entre algodones. Aunque la compañía que realmente la ilusionaba era la de la yaya Clarisa, con quién se reía mucho y compartían recuerdos y confidencias. No obstante, el último día que fue a verla coincidió con unos operarios que cambiaban la puerta de entrada —la de madera por una de metal blindada— y pusieron contraventanas. Estos cambios la sorprendieron tanto que preguntó sobre ello, y su vecina le confirmó que era deseo de su hija Flor, quien en breve se trasladaría con su marido a vivir con ella.

Fabiola era viuda, como Clarisa, y también tuvo que mantenerse a flote cuando el viento no soplaba a su favor. Era muy ahorradora y optimista, aunque la enfermedad poco a poco le iba provocando limitaciones en su condición física y le bajaban un poco el ánimo. Sin apenas contacto con su hija, a Clarisa le extrañó la rapidez con la que se sucedían los acontecimientos, sobre todo aquellos cambios tan drásticos en la vivienda. Si bien es cierto que protegían y aseguraban más la casa, el suyo no era un barrio peligroso y tampoco había casos de delincuencia.

Desde que Fabiola acogió en su casa a su hija y al yerno su calidad de vida se tornó en pérdida y menoscabo. Con su paga debía alimentar tres bocas en vez de una y los gastos de suministros como la luz o el agua habían aumentado considerablemente. Por si fuera poco, los chismorreos de la calle, sobre los altibajos en la convivencia con los nuevos integrantes de la familia, pusieron en alerta a los vecinos. El bienestar de Fabiola no se correspondía con las apariencias, aunque estas no hacían sospechar nada fuera de lo normal. El marido de Flor salía pronto de casa muy aseado, y educadamente cogía el ascensor saludando a los vecinos. La hija bajaba a media mañana a la compra y cuando la preguntaban sobre la salud de su madre siempre contestaba lo mismo: «va tirando, ya saben, son muchos años», sin que nadie pudiera imaginar lo que el acero de la puerta y las ventanas insonorizadas escondían.

Una noche, el marido de Flor se equivocó de puerta y al no poder abrir la cerradura, la aporreó hasta despertar a los vecinos que salieron a la escalera para ver lo que pasaba. Aunque se disculpó diciendo que le había dado un ataque de nervios de pensar que si a las mujeres les hubiera pasado algo, no hubiera podido socorrerlas, Clarisa percibió en sus ojos la ira que llevaba dentro. Otro día, alguien de la casa dejó entreabierta una de las ventanas, y los vecinos pudieron escuchar los gritos angustiados de Fabiola y su hija. De nuevo, el suceso intranquilizó a los vecinos pero el portazo silenció el escándalo y devolvió a los vecinos a sus casas. Al día siguiente Flor se excusó alegando que la televisión estaba alta porque su madre estaba perdiendo el oído, sin hacer mención alguna a los incidentes de la noche pasada. No hubo excusas cuando el incidente volvió a repetirse aquella misma tarde, esta vez fue el marido de Flor quien se olvidó de cerrar la puerta y aprovechando Fabiola la situación salió al rellano de la escalera a pedir auxilio:

—¡Socorro, Clarisa! —gritó.

De inmediato, alguien agarró a Fabiola violentamente y la metió en la casa tras un fuerte portazo. Angélica fue la que avisó a la policía.

—¡Despejen la escalera! —se abría paso la autoridad entre los vecinos.

Viendo la gravedad de la situación, los agentes de policía y los bomberos derribaron la puerta y encontraron a las mujeres acobardadas frente al agresor, que no paraba de decir: «Aquí no pasa nada». La policía lo detuvo ante la mirada atenta de todos los vecinos que había salido en defensa de las maltratadas, increpando e insultando a aquel desgraciado que bajaba las escaleras esposado con destino al furgón policial.

Al mismo tiempo, una ambulancia trasladaba a madre e hija al hospital y Angélica las seguía con su coche, su suegra se quedó cuidando de Isabela, que estaba dormida y rezó para que todo saliera bien.

En la sala de urgencias, los médicos se quedaron sorprendidos de la lucidez con la que Fabiola relató la agresión sufrida. Flor, por su parte, pidió disculpas por permitir que este incidente hubiera sucedido, conociendo el carácter de su marido pensó que estando junto a ella, él no se atrevería a amenazarlas. No había pasado mucho tiempo cuando Angélica se presentó en la sala de espera, las consoló y fue testigo involuntario de aquel relato que mostraba el sufrimiento de aquellas mujeres:

> «Mi yerno estaba ebrio cuando entró en la cocina cogiéndome por detrás. Me amenazó y dijo que me rompería el cuello si no le daba dinero para papelinas. De pronto, me di la vuelta y en aquel mal giro vencí la fuerza con que me sujetaba. Entonces me fue empujando hacia los fogones para que cayera sobre los quemadores, todavía incandescentes de haber hervido la comida. A continuación, dio un manotazo a la cazuela y, a pesar de mi enfermedad, logré empujarlo para protegerme, porque no quería que el fuego de la cocina, todavía ardiendo, me abrasara la cara».

Por su parte, Flor, que seguía impactada con la imagen del arranque de su madre deslizándose bajo el brazo del agresor, no se quedó atrás. Debatiéndose entre encubrir a su marido o apoyar a su madre, eligió la segunda opción, para no seguir callando el maltrato, y contó la versión completa de la historia:

> «No es la primera vez que ocurre, pero siempre nos callamos porque nos asusta que pueda cumplir las amenazas de matarnos, antes de que lo maten a él».

En la exploración física, Fabiola presentaba fracturas de cúbito, resultado de lesiones defensivas producidas en los últimos tiempos y que se sumaban a otras que tenía antiguas, así como contusiones en el cuello y quemaduras circulares en las muñecas que se correspondían con la agresión que había sufrido.

Tras la denuncia de maltrato doméstico y a pesar de las amenazas que profirió el yerno durante el juicio, la sentencia continuó su curso. La ejemplarizante condena, que estableció que el maltratador se pudriera en la cárcel, supuso un alivio para ambas víctimas.

No obstante, su decepción fue mayúscula cuando se enteraron de que el juez había negociado su entrada en prisión, cambiándola por una simple orden de alejamiento. El marido intentó convencerlas de que había cambiado, pero sus palabras no tuvieron el efecto deseado; sin dejarlo entrar en la casa, Flor le dejó sus maleas en la calle y no volvieron a tener noticias de él.

Flor se dio cuenta de que Angélica y Clarisa presenciaron todo y, por la sonrisa de aprobación que le lanzaron, supo que había hecho lo correcto. Contar con el apoyo de sus vecinas le sirvió de estímulo para sentirse fuerte.

Al día siguiente, en el desayuno, Isabela escuchó que la yaya no había dormido bien y quiso saber el porqué. Nuera y suegra se miraron para decidir quién le contaría el incidente, antes de

que llegara a sus oídos los cotilleos de la vecindad. Con un guiño de complicidad, Angélica cedió la palabra a su suegra, y Clarisa tuvo el honor de explicar a su nieta lo que había ocurrido, consciente de que alertar a los niños de los peligros es educar.

A los pocos días, Isabela anunció que había hecho un dibujo para Fabiola con muchas flores y que quería entregárselo. Al recibir el dibujo de la niña Fabiola se emocionó y con alguna lágrima la abrazó fuertemente.

La valiente actitud de Flor mostró que hacer frente al maltrato pasa por tomar la decisión de no consentir, alejarse de la situación que lo provoca, sacar el coraje que llevamos dentro y dejar el miedo a un lado.

«Si tuviera que pedirle perdón a alguien,
sería solamente a mí,
por las veces que no me defendí
y dejé que me trataran mal»[4].

Flor, además, no solo se reconcilió con su madre sino que, desde ese momento fue una buena hija, se propuso estar pendiente de ella haciéndose cargo de su salud, disfrutando de la luz de sus amaneceres y suavizando la oscuridad de sus anocheceres. En definitiva, alegre de compartir la vejez de su madre, sin dejar de sentirse útil, simplemente porque sabía que era una persona querida, amada y valorada.

4 #Sabiduriaparaelalma.

Esta historia se inspira en el sonido de la armónica. Un pequeño instrumento que a través de la salida y entrada de aire hace de sus notas musicales sean impulsada por el viento al soplar y aspirar, canalizando sentimientos profundos, felices, tristes...

El maltrato no es un fenómeno puntual y limitado, sino un problema que ocurre a todas las edades produciendo un sinfín de emociones, que, a veces, cuesta expresar. El denominador común de todos los conflictos es siempre el deterioro de las personas y nuestro objetivo es atajarlos.

6. El xilófono

La decisión de Clarisa

Actúa con valentía si sabes lo que quieres

No destiles amargura
Si el tiempo no es favorable
Todo es pura experiencia
Para acompañar tu paso.

VI

Desde hacía bastantes meses, Angélica advirtió que a la yaya se le olvidaban cosas y tenía lapsus donde se evadía ensimismada de lo que ocurría a su alrededor. Además, si se le interrumpía en alguna tarea, se quedaba quieta y parada sin saber reanudar la secuencia, por lo que la dejaba sin hacer. Sin embargo, estas evidencias para los demás, eran impensables para la yaya y en tal disparidad de opiniones Clarisa descargaba un mal genio que nunca tuvo, así que Angélica la llevó al médico.

—Le vamos a realizar unas cuantas preguntas —le dijo la enfermera de la consulta.

Angélica, sentada al lado de la yaya, estaba muy atenta a las contestaciones de Clarisa incluso en alguna de las respuestas, tenía que morderse la lengua para no interrumpir su versión.

—Es una gran actriz en el arte del disimulo —se despidió Angélica de la enfermera.

—No te preocupes Angélica, lo importante es que detectemos el deterioro de Clarisa y le pongamos tratamiento —contestó la enfermera con mucho cariño.

Clarisa estaba dando muchas vueltas a las preguntas que le había hecho el médico, porque no estaba muy de acuerdo con el diagnóstico y, *motu proprio,* llamó a su centro de salud y concertó una nueva cita para obtener una segunda valoración.

Cuando llegó el día que le habían citado, acudió a su ambulatorio otra vez acompañada por su nuera, y contrariamente a lo que se esperaba, el diagnóstico fue idéntico al anterior.

Esta visita le hizo replantearse su vida y adoptar decisiones para su futuro inmediato, marcando el primer acorde desafinado

de la sinfonía que empezaba a vivir Clarisa, cada vez más cerca a la demencia senil, y la primera información que recibían sobre las alternativas socio sanitarias de su cuidado.

Como Alberto, el marido de Angélica, era incapaz de tomar una decisión, ella se vio obligada a acudir a sus cuñados, quienes alegando excusas poco justificables no quisieron hacerse responsables de nada. Y ella, aunque molesta por la actitud de su familia política, en ningún momento dejó de atender los cuidados que necesitaba su suegra, ni la hizo partícipe de sus opiniones con respecto a su hijos ni a la enfermedad que creía que padecía.

Antes de lo esperado, los síntomas de la enfermedad de Clarisa fueron apareciendo con más frecuencia. Se sentía perseguida por personas desconocidas que se la querían llevar y hablaba con Soto como si lo tuviera delante. La gatita Menta ronroneaba a su lado sin esperar sus caricias acostumbradas e Isabela no merendaba si la yaya no estaba contenta. Esta vez el llamamiento que hizo nuevamente Angélica surtió efecto y los hermanos de su marido no pusieron ninguna objeción para acudir en su ayuda, la familia se unió y empezó a ser como una piña.

En los días sucesivos, toda la familia se reunió para estudiar los recursos sanitarios y sociales que les habían ofrecido. Debían procurar por todos los medios el bienestar de su madre y bolígrafo en mano fueron cumplimentando los impresos de rigor.

Al principio, tal y como corresponde al sistema burocrático español, cada día uno de los hermanos, aguardaba el turno ante las oficinas de la Seguridad Social para cumplimentar los formularios correspondientes. Durante la espera, conocieron y mantuvieron conversaciones con otras personas en su misma situación. Ciudadanos anónimos que un día, por circunstancias de la propia vida asumieron la responsabilidad de cuidar de sus mayores como gesto de gratitud por la entrega que antes ellos habían recibido.

Pocas semanas después Clarisa recayó en su enfermedad, lo que supuso un esfuerzo extra para su nueva. Cuando Alfonso, el hijo pequeño, se dio cuenta, fue él quien se ofreció a acompañarlas al médico y propuso turnarse para cuidar a su madre.

Cuando llegaron al consultorio, un médico nuevo tenía la historia de Clarisa encima de la mesa y tomaba apuntes de ella. Esta revisión les pareció muy oportuna, pues venían a hablar de ello y se sintieron aliviados. Después de la exploración clínica y cognitiva detallada de Clarisa, la enfermera le extrajo una analítica con determinaciones hormonales, así como también vitamínicas, emplazándola para el día siguiente.

Las noticias no podían ser mejores, por fin le detectaban el origen del problema, por déficit de una vitamina, justamente la B12. Lentitud en el pensamiento, fallos en la concentración, problemas de memoria y alteraciones psiquiátricas como las alucinaciones o las manías. Si este proceso, de aceleración repentina, se identifica a tiempo, puede tratarse para que disminuya con algunos medicamentos.

Tras la evolución favorable de la yaya, agradecieron la pericia del médico, al examinar los síntomas de Clarisa, y valoraron que no le hubiera quitado importancia, pues hay veces que te despachan diciendo que es algo normal en las personas mayores. Y aunque la demencia no tiene nada de normal, ocurra a una edad u otra, todos se quitaron un peso de encima. Más aún, esta experiencia produjo un revulsivo muy beneficioso a Clarisa, y poco a poco le vino al pelo para tomar la decisión que llevaba tiempo pensando y se le estaba resistiendo: la de irse a una residencia.

Pocos días después los hijos se dieron cuenta que Clarisa experimentó un notable cambio de actitud: volvió a ayudar en las tareas de la casa y se mostró más cariñosa.

—¡Qué bien te vemos mamá! —dijo uno de sus hijos.

—Sé que habéis estado preocupados por mi salud y que mi actitud no era la adecuada para pensar lo contrario, pero me he dado cuenta de lo importantes que sois para mí y he tomado una decisión. Estos últimos días, en los que me he comportado de una forma errática y alterada han sido un suplicio para mí, en ese periodo de tiempo he tomado una determinación que nos afectará a todos, más a vosotros que a mí. He decidido marcharme a una residencia.

—Pero mamá, ¿cómo te vas a ir? Si aquí estás bien.

Aquella mañana en el desayuno, Clarisa se estaba tomando una tila, intentando recuperarse del dolor de cabeza que le había levantado estar toda la noche dándole vueltas a la travesura del siglo que había tramado. Mientras tanto, Angélica, que ya había terminado de tomarse el café, bajó el sonido de la televisión para que el ruido no molestara a Clarisa y se acercó a la pantalla pues estaba muy interesada con las noticias que vaticinaban un crudo invierno como efecto del calentamiento global del planeta. De pronto, las sobresaltó el timbre de la puerta y miró el reloj de la pared.

—¿Quién será a estas horas? —dijo Angélica en voz alta.

De pronto, Clarisa entró en el comedor y se sentó en el sillón, mientras Angélica dejaba pasar a una sonriente desconocida.

—Buenas, soy Melisa, la trabajadora social del centro de salud —se presentó a ambas.

—No la esperábamos —contestó Angélica.

—Pues he llamado varias veces por teléfono dejando el recado a alguien —insistió Melisa.

Entonces, Angélica se volvió hacia Clarisa y viendo en su cara la picarona sonrisa de haber sido ella, invitó a Melisa a sentarse en el sofá.

—¿Cómo no nos has dicho nada? —le preguntó Angélica a Clarisa.

—No vi la oportunidad —contestó Clarisa.

Melisa les confesó que, no estaba muy segura del motivo de su visita pues el recado era confuso, Clarisa contestaba con un batiburrillo de palabras y muchos inciertos. A todo decía: «ya se lo diré». Aun así, la trabajadora social se arriesgó a apuntarlo en la agenda y acudió al aviso. Como fuera, allí estaban las tres mujeres, como se dice coloquialmente «cogiendo el toro por los cuernos», y en esta actitud, la yaya expresó su deseo de irse a una residencia.

—¡Clarisa, por Dios! Ni se te pase por la cabeza —interrumpió enérgicamente Angélica.

—No es una idea tan descabellada. Fíjate bien, mira lo que quiero demostrarte —insistió la yaya.

De repente Clarisa se puso de pie y caminó tambaleándose desde una silla a otra del comedor. Así mostró su falta de independencia que, sumada a otras secuelas del envejecer, le hacían consciente de que tarde o temprano su cuidado se complicaría. Sin embargo, aunque el argumento que mostró Clarisa no tenía ni sombra de duda, Melisa que había vivido realidades de cuidadores que coaccionaban a los ancianos para que tomaran esta decisión, le pidió a Angélica que las dejara a solas. Melisa habló con la yaya para darse cuenta de que Clarisa realmente quería irse a una residencia de mayores, pero necesitaba a una profesional para que le ayudara a convencer a su familia, así que le pareció adecuado contactar con ella.

—Ya verás, voy a conocer gente nueva y seguro que voy a hacer muchos amigos —tranquilizó Clarisa a Angélica.

—Bien, pero deja que lo asuma —le dijo Angélica.

A partir de ahí, Angélica se sintió muy culpable y aunque no encontraba el momento de decírselo a su marido, no quiso dilatarle la noticia.

—No puede ser, algo hemos hecho mal —contestó Alberto, el hijo mayor de Clarisa.

Al rato, llamó a la habitación de su madre y abrazándose a ella, Pedro se puso a llorar. Clarisa, que ya había percibido el disgusto en su nuera, quitó hierro al asunto convenciéndoles de que era su determinación. Como fiesta de despedida reunió a sus hijos, que llegaron al restaurante acompañados de sus familias y los invitó a todos a comer. Ninguno se atrevió a echarle nada en cara, ni pidieron explicaciones del porqué no les dijo antes lo de la residencia. Ella sabía que la noticia cayó en su familia como un jarro de agua fría, y lo mejor era no tocar el tema, sino querían ver amargada la fiesta ni el dulce postre pastelero que habían pedido para compartir alegres y distendidos.

—¿Seguro que quieres ir a la residencia? Hoy te ha dado por este punto, madre, mañana igual cambias de opinión —le dijeron para quitarle esta idea de la cabeza.

—Igual lo hace para llamar la atención —murmuraban las otras nueras con Angélica.

—Seguro que se dio cuenta de lo que hicimos cuando estaba tan malita —barajaron sus hijos en privado.

—Respetaremos tu decisión, pero nos apena mucho —asintieron finalmente.

Durante los próximos días, los familiares se pusieron en contacto con Melisa para hablar de ello juntos y concertar varias visitas a la residencia donde iba a ir la yaya. Después de un primer vistazo que les agradó bastante, las siguientes visitas las hicieron con la yaya Clarisa que, aunque su determinación era en firme, se cogió del brazo de su nuera Angélica para intentar que no le remordiera la conciencia.

—Quiero seguir aprovechando cada minuto de mi vida para hacer lo que me apetezca —respondió Clarisa.

Llegado el momento, Angélica ayudó a la yaya con la maleta y esperaron en el salón a que Melisa viniera a recogerla. Mientras tanto Isabela, que se acababa de despertar, se sentó con ellas muy cabizbaja y enroscada a la gatita Menta que no dejaba de maullar.

—Voy a conocer buenas amigas y además nuevas —le dijo Clarisa a Isabela.

—¿Como yo, cuando me cambiaron de la guardería al colegio? —interrumpió la nieta

—Claro, preciosa —contestó Clara al ver que Angélica estaba reprimiendo las lágrimas.

Cuando llegó Melisa con los celadores de la residencia, Angélica se abrazó a su suegra y Clarisa consciente de la sobrecarga silenciosa que había soportado, le dijo con mucho temple: «querida, sé fuerte, te vendrá de maravilla y ven a verme de vez en cuando».

De pronto, la rosa del jarrón abrió sus pétalos y la yaya la cortó para la nuera que tanto quería. Sin mediar palabra alguna, la luz blanca que llenaba la mirada de Clarisa, le mostró que los gestos sensibles como cortar aquella flor y dársela con tanto cariño, no tienen por qué variar con el paso de los años. Sin embargo, el beso que dio a su nieta fue distinto, pues los ojos de aquel ángel siempre lucieron en su camino y en el recuerdo, incluso cuando el tiempo la condujo mansamente al final de su viaje.

Esta historia está inspirada en el sonido del xilófono. Donde dos baquetas golpean sobre láminas de madera o de metal para hacer sonar sus notas cortas, que surgen de la destreza y velocidad con la que se toque.

En muchas ocasiones el tiempo zurra más fuerte en momentos difíciles, pero también es el mejor aliado para tomar buenas decisiones. Los ancianos necesitan contar con este tiempo y saber lo que quieren para ser felices. La decisión que tomó la yaya fue lo mejor para ella. Clarisa se sintió feliz.

7. La partitura

El nuevo hogar de Clarisa

Procuremos el bienestar del anciano

Aunque las notas maltrechas
se suban al pentagrama,
el sonido del ayer,
siempre resuena al mañana.

VII

Al principio, la nuera ejemplar soportó afligida la ausencia de la yaya, en casa la echaba de menos y murmuraba para sus adentros con frecuencia. Se preguntaba si la familia hizo lo correcto dejándola marchar. Tal vez por ello, Angélica era la persona que más la visitaba, necesitaba descubrir a través de la mirada de Clarisa el valor de estas instituciones que se dedican al cuidado de las personas mayores.

Antiguamente no se hablaba bien de estos lugares y tuvo que quitarse esos prejuicios, eliminar de su mente algunas imágenes que le conducían a creer que la soledad y el desamparo es lo que transmitían los asilos, como antes se denominaban a estos lugares.

Ahora, visitando a Clarisa, Angélica comenzaba a descubrir que hay otra perspectiva más humanizada, donde los profesionales que la integran están preparados y ayudan a las personas mayores a recuperar su dignidad, se las atiende según su personalidad, mejoran su estado físico y con ello su bienestar. Descartando que las personas mayores que entran en una residencia vayan a vivir en un entorno hostil y distante. En la actualidad los mayores no tienen por qué abandonar los tiempo de ocio, deporte y diversión, más bien se les fomenta.

En definitiva, Angélica logró comprender la decisión que había tomado su suegra cuando se interesó por lo mismo que ella. Consciente de que con la edad existe una separación gradual que genera menos estímulos y una menor interacción social con el ambiente, en definitiva, menos compromiso emocional con los problemas de los demás.

De hecho, esta residencia fue la primera en estrenar la tarjeta especial «familiar del mes», acordada por el equipo de cuidadoras y la directora. Esta titularidad suponía tener información privilegiada de la residencia y palpar por sí misma las novedades que la hicieron institución modelo. Para ello, el familiar pasaba un día en la residencia y Georgina, la directora, le acompañaba en un cordial itinerario por el recinto.

La residencia *Villa Geros* fue cedida a un patronato por la marquesa de Real Pinar hasta que tal entidad no pudo sufragar los gastos y salió a subasta pública haciéndose cargo de ella el Ayuntamiento, quien delegó su dirección al Servicio de Asuntos Sociales. A los pocos días del traspaso, una auditoría visitó las instalaciones y tomó buena nota de los cambios que debían hacerse. Las primeras maquetas expuestas a la entrada de la biblioteca daban buena cuenta de la rehabilitación de la fachada y espacios interiores, aunque se dejaron los elementos rústicos del edificio para seguir conservando la estela de glamour que la residencia desprendía. Contaba con tres pabellones, viviendas de dos plantas y jardines exteriores.

El pabellón 1 acogía a los ancianos sanos que voluntariamente querían pasar allí la última etapa de su vida, conviviendo con otras personas de su misma edad y con intereses afines, integrándose plenamente en la vida de la residencia. Aún tenían un alto grado de autonomía y compartían confidencias, anécdotas y anhelos, como vecinos bien avenidos.

El pabellón 2 acogía a los ancianos enfermos de patologías crónicas y cuyos familiares tomaron la decisión de dejar sus cuidados en manos de profesionales. Aunque algunos llegaban creyendo que iban a una institución parecida a un hotel y estaban allí para vacacionar por una temporada.

El pabellón 3 acogía a personas mayores desahuciadas o que carecían de un entorno familiar, así como aquellos que no tenían un techo bajo el que dormir. También tenían algunos casos con síndrome de Diógenes, un trastorno del comportamiento que

se caracteriza por el total abandono personal y social, así como por el aislamiento voluntario en el propio hogar y la acumulación de basura. Esto afecta, por lo general, a personas de avanzada edad que viven solas.

En todos los pabellones los residentes gozaban de total libertad, podían entrar y salir sin ningún tipo de restricción salvo aquellos que estuvieran bajo los efectos de una fuerte medicación o porque su estado de salud se lo impidiera.

La disposición arquitectónica de los tres pabellones buscaba tener espacios amplios y luminosos, buena ventilación y confortabilidad. Estas condiciones se aprovechaban al máximo durante las horas de talleres terapéuticos favoreciendo el descanso de los ancianos.

Angélica se alegró mucho el día que fue invitada a visitar las instalaciones, así pudo comprobar la eficacia y la idoneidad que la residencia tenía para prestar atención continua a las personas mayores y mejorar su bienestar y convalecencia.

Los cuidadores motivaban continuamente a participar en los talleres, donde se realizaban actividades lúdicas y dinámicas para los residentes, tanto individuales como en grupo, y así trabajaban y mejoraban su memoria, atención, motricidad, lenguaje, etc. Estos talleres estaban equipados con materiales para pintar, modelar, coser, practicar juegos de mesa, etc.

Todos los dormitorios tenían su propio cuarto de baño, con asideros en las duchas y también tenían un cómodo sillón de descanso. Las camas de los residentes con problemas de movilidad eran eléctricas para los cambios posturales. No había lámparas de pie ni sobre las mesas, estaban sujetas a la pared y disponían de un timbre de emergencia. Por encima del rodapié unas luces iluminaban tenuemente la habitación y el pasillo, para orientar a los que lo transitaban durante la noche. Y por encima del zócalo, el pasillo vestía una barandilla a media altura sobre la pared,

donde te podías sujetar si lo necesitabas. Se accedía a las diferentes plantas, mediante escaleras, rampas y ascensor.

En el exterior, los pabellones estaban comunicados por sendas peatonales pavimentadas de color tierra oscuro, para evitar resplandores. Cualquier acceso estaba previsto para la circulación de sillas de ruedas, lo que facilitaba también la deambulación de ancianos con andadores o bastones. Los bordes de las sendas tenían cierta altura, para favorecer su visibilidad y contrastar la superficie de paso a los jardines alfombrados con césped. Cada jardín tenía su propio nombre, que se correspondía con el tipo de plantas que lo habitaban y por la actividad que en él se desarrollaba, era una bella forma de identificar y diferenciar aquellos espacios abiertos, donde se podía salir a tomar el sol y el aire, con bastantes bancos para que se sentaran varios ancianos a compartir su tiempo. Los servicios estaban próximos, de modo que no fuera un problema acceder a ellos.

No había lugar para plantas tóxicas y tampoco maceteros ni elementos que obstaculizaran su paseo, con la consigna de mantener libre el paso se evitaban muchos accidentes. Las herramientas de jardinería y los fertilizantes también podían entrañar peligro por eso había que tener cuidado y dejarlos guardados, en los armarios del almacén bajo llave.

- En el pabellón 1 estaba el ***Jardín Universal***, donde crecían flores silvestres todo el año. A la entrada se cultivaban flores de temporada para adornar algunos espacios en la residencia, ya que las flores también marcan periodos estacionales. Al fondo había un pequeño huerto donde se cultivaban verduras como tomates, lechugas, pepinos, judías verdes, cebollas, etc. De esta zona se ocupaban varios ancianos, algunos con mucha afición, era una actividad que no solo les servía de entretenimiento, sino que también surtía de alimento natural a la cesta de la compra. Se realizaba a la vista de técnicos en agricultura y jardineros que les aconsejaban sobre la siembra y el riego.

- En el pabellón 2 estaba el ***Jardín de la Vida***, embellecido con un árbol centenario. Un roble mágico que los residentes contemplaban, sentados bajo su sombra, con particular entusiasmo. Un ejemplar vivo y majestuoso en su especie, el color de sus hojas cambiaba al recibir el sol de las cuatro estaciones del año. Y los mayores al verlo entendían la importancia de respetar la naturaleza y conservarla, interpretando que del mismo modo que vivía aquel árbol tan robusto, igualmente ellos esperaban esa seguridad de ser cuidados por quienes sabían que estaban allí. Muchos amigos y familiares les solían decir: «estás hecho un roble», y a ellos esto les engrandecía.

Cerca del roble se había cercado un espacio para la llegada del naranjal de Sebastiana, que le había tocado en suerte cuando parcelaron las tierras de su pueblo.

—Aquí estará muy bonito, y seguro que sus naranjas darán tanto jugo como daban en el campo de mis tatarabuelos —decía sonriendo Sebastiana, soñando con verlo pronto en la residencia.

- En el pabellón 3 estaba el ***Jardín de Diógenes***, el más alejado del bullicio de la residencia, un lugar más tranquilo para pasear, en él se celebraban los eventos, charlas, convivencias, comidas campestres y los campamentos nocturnos para ver las estrellas o los eclipses. Se trataba de un lugar destinado a experimentar, allí se reunían mucho el grupo de los exploradores. A la entrada había una pequeña fuente decorada con varias tinajas por donde fluía el agua. Un homenaje a Diógenes de Sinope que fue el filósofo precursor del «Síndrome de Diógenes».

Este recorrido fue como una excursión para Angélica, que le hizo reflexionar sobre la bondad humana y sobre el paso del tiempo en el reloj de cada uno. Más aún, aquella tarde cuando regresó a casa, recordó el cuadro de *La persistencia de la memoria*, donde Salvador Dalí pinta cuatro relojes llamados también *Los relojes blandos* o *Los relojes derretidos,* una forma de representar

que donde el cielo y el mar se confunden, los relojes, como la memoria, se han reblandecido por el paso del tiempo, que parece derretirse o escurrirse. Y penó que «el tiempo es relativo» y no se puede concebir, sino es para resolver la ecuación espacio-tiempo.

La directora Georgina no dudó en prologar el último libro que Clarisa escribió sobre las historias de la residencia. Cuando recibían visitas o alguien se interesaba por conocer su labor les recomendaba leer toda la trilogía completa, aunque ella leyera solo el siguiente párrafo, sobre el mundo de los ancianos:

> La residencia, más que un lugar donde se calcaba la filosofía del cuidado que aprendí en mis prácticas sanitarias, es un hogar para conservar lo esencial de la persona y configurar el escaparate de la dependencia, con el más genuino respeto por la dignidad hacia el ser humano.

Esta historia nos inspira la partitura, ese texto musical que siguen los instrumentos para conformar la melodía. En una orquesta, no todos los instrumentos suenan al comienzo. Hay momentos de silencio, donde los músicos entran en un compás de espera, en el que permanecen atentos a la señal del director para volver a interpretar la partitura. En la vida, no siempre podemos tocar lo que componemos, hay que esperar el momento, y Clarisa estaba en el lugar justo para descubrir la partitura que debía orquestar en su vejez, y como hacen los directores de los grandes musicales, ella también se propuso sacar la máxima genialidad interpretativa. Reconociendo que no hacer nada con las obras maestras que tenía en sus manos, ya no era alternativa.

8. Los platillos

Las manos de los cuidadores

Creatividad e innovación en el cuidado

El tiempo es un truco de magia
que sorprende a uno mismo
pues no siempre es abracadabra
al cansancio y al hastío.

VIII

El orgullo de Clarisa de pertenecer a la residencia de mayores crecía como la espuma y, poco a poco, Angélica también contravenía la incredulidad de amigos o conocidos sobre el cuidado que el anciano recibía en aquella institución. De hecho, no les hubiera faltado razón si aquellas reformas hubieran quedado en simple maquillaje, pero no fue así, pues se acompañaron de cambios más sustanciales y profundos. El departamento de recursos humanos del Ayuntamiento sacó a concurso el puesto de directora de la residencia y Georgina presentó su proyecto ganando la plaza. Ella tenía experiencia, había sido superiora en una comunidad religiosa y había dirigido un asilo en la región de los Balcanes, concretamente en Albania, uno de los países más pobre de Europa. Con el nombramiento en mano adaptó su peculiar gestión a la residencia con objetivos que, además de conseguir resultados, lograran el bienestar de las personas.

La lex artis ad doc de la residencia era promover la vejez como una etapa natural de la vida. Para ello había que cambiar algunos conceptos y tener en cuenta las circunstancias de cada anciano, para poder ayudarles a envejecer de forma saludable. Pues si bien es cierto que, el envejecimiento declina algunas facultades y se pierde autonomía, el anciano no está condenado al ocaso demodé, donde la muerte es el único pensamiento activo. Se trata de apoyar al anciano para que pueda seguir realizándose de forma integral y socialmente vinculado al bien común.

Asimismo se debía actualizar la formación de los trabajadores que llevaban muchos años al cuidado de los ancianos

y contratar profesionales con el expreso perfil de cuidadores geriátricos, para que fomenten el valor de la persona anciana en prioridad absoluta. Todos ellos eran cuidadores tocados por la varita mágica de la empatía que, en los talleres de salud, sacaban de la chistera el talento de aquellos mayores y, con un correcto cuidado, serenaban los episodios mentales, cambiando su trazado de zigzag a línea continua.

Loreto era la cuidadora encargada del taller de manualidades y puso en marcha la exposición de collage en los murales, presentando escenarios de la vida diaria y del mundo real. Algunos elegían utensilios de comida, alimentos, mobiliario, etc., y otros preferían conceptos como las estaciones del año y los días de la semana. Una vez decoradas las láminas se pegaban en el mural correspondiente y así ejercitaban la memoria recordando que en el salón había sillas, mesa, sofá...

No obstante, eran tan geniales que con estos trabajos adornaron las paredes del pasillo, estancias comunes y los dormitorios, lo que daba a la residencia un toque muy personal. De todas ellas la más vistosa era quizá la que presidía el comedor, con todo un escaparate de escenas cotidianas se podía visualizar el horario a seguir: primero el desayuno, luego talleres, comida, siesta, merienda, paseo, cena, descanso y dormir. De todas formas, más allá de lo artístico, estos murales tenían un objetivo práctico, que era el de mostrar a los ancianos, mediante ilustraciones, las rutinas que debían seguir, lo que les facilitaba la orientación en espacio-tiempo, así como también retenerlas en la memoria.

—Este lo he hecho yo —decía Blanca cuando sus familiares iban a verla.

Hay detalles que llamaban mucho la atención de aquella residencia, uno de ellos era el cariño con el que las manos de los cuidadores y cuidadoras trataban a los ancianos. De hecho, tendemos a pensar que como es la profesión que han elegido

harán bien su trabajo. Aunque también sabemos que es sacrificado y que este tipo de cuidados requiere lo mejor del personal: paciencia, alegría y muchas atenciones. Todos ellos lo daban y ¡vaya si se notaba!

Las cuidadoras afinaban su temple profesional a la excelencia y en tal esmero no atropellaban la conversación de los residentes, sino que los dejaban hablar. Tampoco apresuraban la lentitud de sus frases y no retrasaban la escucha porque «tuvieran otras cosas más importantes que hacer».

De hecho, eran las primeras en esperar a quienes necesitaban más tiempo para pensar o para ponerse en marcha, y no empezaba ninguna actividad en grupo hasta que todos los residentes estuvieran presentes. Este ralentí comunitario era ejemplo de compañerismo pues se prorrogaba la llegada a la meta del pelotón de residentes rezagados al ritmo del andador o del bastón.

Las cuidadoras evitaban ridiculizar al anciano que presentaba torpezas ligadas a la edad y enfermedades, apoyando sus actividades con elementos facilitadores. De hecho, las mesas del comedor se forraron con manteles adhesivos para evitar el derrame de alimentos, la vajilla se imantaba a los manteles y se aplaudía que el anciano agarrara algunos alimentos con los dedos, pues son el medio para saborearlos mejor. Estos aciertos convertían la hora de comer en una reunión agradable y estimulaban una sobremesa en buena digestión.

Otro de los artículos facilitadores, vinculados al vestir, fue contar con una serie de prendas que tenían aperturas laterales y cierres de velcro, y que pasaban a formar parte del vestuario. Sin embargo, lo más innovador, que aquel año trajo Papá Noel, fue el calzador atado a un palo, que resultaba muy útil para los ancianos que no podían doblar la espalda, así calzarían mejor sus zapatos. Y el guante sin dedillos, que era fácil de poner y les serviría para empujar la silla de ruedas sin lastimarse la piel.

Clarisa fue probando todas aquellas innovaciones que le ofrecían y efectivamente le hacían la vida más fácil y se sentía feliz. Pero un día, de pronto, caminando por el pasillo con dirección al jardín sintió que aquella realidad le descargaba una sensación de calor y sudoración profusa, desde la cabeza hasta los pies. Este estado le provocó cierto malestar general y, después de secarse la cara con el pañuelo que llevaba siempre en el bolsillo de su vestido, apaciguó sus hormonas relajándose, y miró hacia un punto fijo tratando de guardar el equilibrio antes de desmayarse.

Cuando Clarisa recuperó el conocimiento observó las manos de las cuidadoras y las recordó en todas sus variantes. Las manos que avanzaban las sillas de ruedas con la delicadeza de trasportar una persona débil y no como un medio de traslado sin más. Las manos íntimas que limpian las suciedades y también las técnicas, dando de comer a los que no podían hacerlo por sí mismos. Las manos enérgicas, como un firme bastón, para levantar a los ancianos con movilidad reducida y garantizarles seguridad. Las manos entre las manos de quienes sufrían y las manos devotas santiguando las plegarias por el descanso eterno de quienes se habían ido.

Esta historia está inspirada en el sonido de los platillos. El choque en diagonal de toda la superficie de un platillo frente a otro produce un sonido poderoso, brillante y multicolor. Las aportaciones de Georgina en la residencia ratificaron que las instituciones las hacen las personas que están en ellas.

Capítulo 9. El saxofón

El valor de uno mismo

La importancia del ser sobre el estar

En mi juventud tardía
descubrí un lugar amable,
que cuidó el abandono
con el que entré aquella tarde.

IX

El lavado de cara que supuso la reforma de la residencia *Villa Geros* y el proyecto humano que llevaba a cabo Georgina con su equipo de trabajo agradó mucho, pero los gastos excedieron el presupuesto inicial, así que, en uno de los plenos del ayuntamiento se valoró la rentabilidad del centro y se votaron propuestas. Las dos más aceptadas fueron: alquilar el salón de actos para eventos y hacerlo sede de un premio literario anual para las mujeres de setenta años o más.

En el último que se celebró, jóvenes estudiantes de danza, vestidos con fleco y pluma, escenificaron el ambiente costumbrista de las operetas de los años cincuenta. Con tal elenco se rindió tributo a toda esa generación que convivía en la residencia, fue tan emotivo que aún permanece en su memoria y en su corazón como algo imborrable. Tras aquel preludio se dio paso a la entrega de premios y el primer galardón fue para el libro: «Me olvidé de ti». Un ensayo literario sobre la historia de violencia y maltrato que Timoteo sufrió en su familia. Un viaje de retorno que no hizo solo, sino con la yaya Clarisa, quien le acompañó en el proceso de escritura y corrección, y lo ayudó a enfriar las erupciones de su silente géiser al calor de la verdad.

Timoteo era un hombre menudo en apariencia, de pequeña estatura pero con gran corazón. Se desplazaba por la residencia con una recién estrenada silla de ruedas automática, de un lote que donaron entre varias ortopedias a la residencia, junto a algunas grúas que servían para mover a los ancianos más imposibilitados cuando había que asearlos o realizar ejercicios de rehabilitación.

Timoteo había sido mecánico y fue padre de cuatro hijos en una época de postguerra, por lo que pasó verdaderas penurias para subsistir y eso que era bastante inteligente. Un día, por insistencia de Pilar, su mujer, concursó en el programa «La mente tiene un precio». Quedaba siempre entre los finalistas, hasta que por fin ganó el concurso y se llevó el coche, donde cabía la familia con alguno más. Los primeros días de agosto, solían alejarse del bullicio cosmopolita poniendo rumbo a un «pueblito» pesquero donde alquilaban la misma modesta casa para el veraneo. El año que se presentó con el coche fue algo excepcional, la fama que le dio aquel concurso de televisión le hizo ganar muchos amigos y contó con la gentileza del dueño de la casa que no le quiso cobrar el alquiler, a cambio él lo paseaba en su auto para que lo vieran sus paisanos.

A los cincuenta años, Timoteo fue operado de un tumor en la cadera y como consecuencia sufría debilidad en las piernas, lo que le obligó a apoyarse permanente sobre dos bastones. A partir de lo cual, la jubilación anticipada por enfermedad, la dependencia y su imagen frente al espejo, hicieron que se le tambaleara hasta el alma, castigando su autoestima hasta creerse un inútil.

Está situación relegó sus expectativas a un antes y un después biográfico, que no solo le afectó en lo particular, sino que, además, influyó mucho en su familia. De hecho, el que hubieran cambiado tanto las cosas, en tan poco tiempo y para ir a peor, le hizo actuar compadeciéndose de sí mismo y olvidándose de que era un buen hombre en un mal momento de la vida. No luchó por buscar una salida airosa, sino que adoptó la actitud del perdedor, hasta que cansó la paciencia de su mujer y, más aún, dejó de asistir a las sesiones de psicoterapia que le habían prescrito. Entonces fue cuando Pilar, su mujer, le dijo rotundamente:

> «Los chicos nos necesitan a los dos, a ti también, porque eres su padre y esperan que lo seas, y yo necesito a mi marido, el hombre con el que me casé».

Este revulsivo hizo reaccionar a Timoteo, que reanudó sus sesiones, hasta que un día desplegó su resiliencia, y confortando los temores de perder a su familia, aseveró a su mujer e hijos hasta donde estaba dispuesto a llegar, diciendo textualmente:

> «Podría seguir a la deriva como un barco sin timón, pero he decidido estar a vuestro lado, luchar por vosotros porque nos queremos y nos necesitamos».

De pronto, Pilar le besó y con este gesto expresó que cuando hay verdadero amor se debe olvidar el pasado. Poco a poco, Timoteo mejoró su ánimo y empleó parte de su tiempo en algo útil y apetecible, aceptó asesorar las prácticas de los aprendices de mecánica que estudiaban en una academia concertada, y con el único salario de pagarle el billete del autobús conciliaron el mutuo aprendizaje. Para ello acordaron revisar y reparar los motores de las máquinas y de las sillas de ruedas de algunas residencias de mayores. En verdad, los muchachos aprendieron mucha mecánica con las prácticas, ya no había silla ni motor que se los resistiera, y él se contagió del entusiasmo y las ganas que ellos, a su modo y de «buen rollo», le demostraban. De forma muy sencilla y muy humana, los abuelos les manifestaban su gratitud por el arreglo y la puesta a punto de aquellos aparatos diseñados para facilitarles la vida y permitir su movilidad, y de la misma forma ellos estaban agradecidos por esta oportunidad, que les daría acceso al mundo del trabajo. Timoteo cada vez estaba más orgulloso de la labor que se hacía en equipo, se alegraba enormemente cuando encontraban empleo y con esto él se sentía bien pagado.

Sus hijos fueron creciendo y finalizando sus estudios se emplearon en distintas ocupaciones aportando el sueldo a la economía familiar. Con tales ingresos, Pilar fue pagando sus deudas y ahorrando un poco, para mejorar el futuro de sus hijos o por si venían tiempos peores. Un paso importante, y muy grato, fue cuando decidieron vender su piso y trasladarse a una urbanización con vivienda adaptada a las limitaciones físicas de Timoteo.

Una vez que celebraron las boda de sus hijos, y los dejaron «bien casados» como le gustaba decir a Pilar al referirse a ello, se quedaron solos, pensando en el porvenir. Y al ver que la diosa fortuna les seguía sonriendo, compraron la casa donde veraneaban para pasar largas temporadas disfrutando de los beneficios de la brisa del mar, lo que le venía estupendamente a Timoteo, y no solo a él, sino también a Pilar, que fue su cuidadora principal. Ambos iban envejeciendo con una buena calidad de vida y lejos de los agobios de la gran ciudad.

Con el tiempo, dejaron de ir de vacaciones y haciendo caso a la inmobiliaria, vendieron la casa de la playa ahorrando el dinero para testamentarlo. Cuando Timoteo enviudó, hubo reparto de herencia y se quedó usufructuario vitalicio de la vivienda. Sin embargo, viendo que la casa era muy amplia para él solo, los hijos quisieron sacarle mayor partido y plantearon a su padre repartir la legítima en vida. No obstante, para que esta estrategia cuajara del todo, le convencieron de que, aun sorteando tal vivienda entre los hijos, no se quedaría sin casa, pues le acondicionarían un espacio anexo, destinado para él.

Al principio, el hijo que se quedó con la vivienda estuvo muy pendiente del padre y no perdía detalle de su cuidado. Más tarde, contrató a una cuidadora que también se ocupaba del servicio doméstico, cocinando y limpiando. Sin embargo, el último ingreso hospitalario de Timoteo y su pronóstico reservado angustió el ambiente familiar al punto de que incluso la cuidadora pidió el finiquito. Este revés obligó a buscar más pronto que tarde a una sustituta, pero las candidatas renunciaban enseguida y le tocó el turno del cuidado a la familia.

Los hijos se esforzaban al principio, eran amables, planificaban el reparto de tareas para no sobrecargarse y cubrían cualquier necesidad para mostrar su gratitud al buen padre que fue Timoteo, pero llegaron dificultades y se consiguió el efecto contrario. Cuando se sentían agotados les salía el mal humor y si tenían que repetir lo mismo varias veces lo hacían con gran

despotismo. Pronto nos tocará quitar la mierda al viejo, y no dudaban en avergonzarle en público comentando: «ya se le escapa otra vez el pis». Cortaron de raíz cualquier opinión que daba Timoteo solían decir: «ni caso, es un viejo chocho». Estos comentarios iban influyendo en su nieto Juanito para que viera al abuelo como un estorbo.

Esta desgana por el bienestar de Timoteo fue a más, relegándole de las escenas familiares cotidianas y de su presencia cuando recibían visitas, lo que le recluyó prácticamente en el inmueble anexo. Esta actitud hizo que Timoteo se sintiera supernumerario y sin pensar que la vejez pasa factura a todos, los hijos no vieron inconveniente en seguir dándole caña. Trasgrediendo lo acordado y saltándose la línea roja, colocaron en su dormitorio un armario de latón con su plato, cuchara y tenedor, para no tenerlos en la alacena común. En aquel trasto, también almacenaba, sin refrigeración, yogures, botellas de vino a granel y otros comestibles. Le daban de comer una vez al día, y con un plato de sopa, muchas veces fría y que apenas podía sorber con una pajita, lo despachaban. Al terminar dejaban el cuenco vacío en el suelo, para no mezclarlo con el resto de la vajilla. Una mala costumbre que se tornó perversa, cuando dejaron que el perrillo *Zallo* lamiera las sobras y se mofaran de ello con sarcástica observación: «con este prelavado no necesita ni el fregadero». Igualmente dejaron de adecentar el hábitat, pasando del muy de vez en cuando al casi nunca, y asegurando el cierre de la puerta a las siete de la tarde, se inhibían todavía más de lo que le pasara al abuelo allí dentro.

Sin embargo, el benévolo Timoteo cuyo amor lo perdonaba todo, no cuestionaba nada y al acostarse echaba su imaginación a volar, transportándose al cuadro de *El dormitorio en Árles*, por una litografía que colgaba de la pared, y ya con el sueño cogido, sus emociones se mimetizaban con las que algunos autores atribuyen que sentía Vicent Van Gogh, cuando pintó aquella obra.

Finalmente, la familia decidió quitárselo de encima de una vez por todas y en tal obsesión, Timoteo fue motivo de mayor crueldad. Ocurrió un verano, cuando en un plan muy bien tramado le subieron a la furgoneta del hijo mayor y lo confinaron en la gasolinera de turno como si fuera equipaje prescindible. Los trabajadores vieron al hombre perdido y, dando vueltas entre los surtidores con el peligro de ser atropellado por cualquier vehículo que entraba a repostar, uno de los dependientes avisó a la policía. Entre todos indagaron quién era y si tenía familia, a lo que Timoteo contestó por vez primera: «sí, pero como si no la tuviera». A continuación, lo llevaron al hospital donde calmaron su ansiedad, limpiaron su mugre y lo vistieron con ropa limpia, hasta que Melisa, la trabajadora social, localizó a los familiares.

En este *impasse,* Timoteo que siempre conformó su resignación con la frase: «la justicia solo viene del cielo, amén», desagravió tan mal vivir, en su línea.

Cuando sus hijos se presentaron en el hospital, echaron la culpa al viejo loco, argumentando que se fugaba a menudo. Esto, que querían hacer creer a los agentes y sanitarios para zanjar el asunto, resultó un corolario de mentiras.

A punto estaban de salir los hijos agarrando a Timoteo por el brazo, como si no hubiera pasado nada, cuando Melisa cruzó su mirada con la de aquel anciano que no se levantaba y abatido suplicaba por sus ojos: «que no quería volver con ellos». Melisa, captó el mensaje y con la excusa de que un médico debía certificar su estado de salud antes de irse hablaron en privado. La trabajadora social estudió el caso de Timoteo y le buscó una plaza en la residencia *Villa Geros*.

A los pocos días, por deseo de Timoteo, sus hijos y nietos fueron a visitarle bajo la atenta mirada de la cuidadora Charlotte. Su familia se quedó muy sorprendida del buen aspecto que tenía Timoteo, no parecía el mismo. Sus hijos apenas podían mirarle a la cara, pero él, con objeto de evitarles sentir mayor vergüenza y con buenas palabras, no retrasó lo que tenía que

decirles. De pronto, su nieto Juanito ajeno al duro mensaje que recibían sus padres y tíos, se acercó a su abuelo. Le olisqueó de arriba abajo e hizo el comentario: «Abuelo, ya solo hueles un poquito». Entonces fue cuando Charlotte le explicó que al bañarlo se le quitó el sudor y aquel olor desagradable que desprendía, ahora solo olía a las gotitas de grasa que la edad regala a la piel de los mayores.

Bromeando, Timoteo le cogió la nariz entre los dedos a su nieto y dijo: «Aquí la tengo», Juanito se río de aquel truco, saltándose la seriedad del momento y las normas de sus padres, que solían decir que con el yayo no se hacía nada divertido.

Aquellas breves pinceladas de color, en el mundo gris de Timoteo, transmitieron una emoción especial en sus hijos que entendieron el dolor que habían producido con sus sombrías cuitas y, arrepentidos, pidieron perdón a su padre antes de despedirse. No obstante, cuando le llegó el turno a Juanito la despedida fue genial, el pequeño juntó los dedos de ambas manos formando un corazón y chillando dijo: «te quiero abuelo». Timoteo le contestó en el mismo tono: «yo más». Una muestra de cariño que llenó "a tope" su corazón y sin importarles un pimiento lo que pensara el resto del mundo.

Cuando vio montar a sus hijos en los automóviles, Timoteo recordó su peaje en la gasolinera, pero en esta ocasión no sintió rechazo, sino liberación. De pronto, con la mente y corazón unidos en un solo pensamiento, dio un suspiro de alivio, por haber restituido en su persona, la dignidad intrínseca que se tiene como ser humano y los derechos que de ella se derivan.

Este cambio radical solo pudo hacerlo cuando él quiso humanizar su realidad para hacerla más digna y se preguntó: ¿cómo debería vivir el ser humano para realizarse plenamente como tal? Y pensando en el amor de su nieto, recuperó el derecho de elegir, para quedarse en aquel lugar donde se le trataba como persona.

Timoteo encargó a sus hijos que enviaran un ramo de flores a Melisa de su parte, en agradecimiento a lo que ella había conseguido para él. Estos cambios solo se producen cuando entendemos que la riqueza de nuestra humanidad es un compromiso social con los más vulnerables. Fortalecer la propia personalidad es lo que nos ayudará a transformar de forma más humana nuestra forma de pensar, mirar, sentir, amar, soñar... Humanicemos nuestros actos. Ser ricos en humanidad consiste en restituir la plena dignidad y la igualdad de derechos a cualquier persona que se vea en dificultades. Ser sensibles, las emociones también rigen el pensamiento e influyen en la forma de actuar. Humanidad es lo que mueve a los sanitarios a realizar cada vez mejor su trabajo, devolviendo la dignidad a las personas que la habían perdido. La persona digna no mira para poseer, sino para compartir la mirada; y, en lugar de creer que el individualismo tiene la última palabra, piensa que la sociedad cooperativa, convivencial y participativa es digna de ser fomentada, por ser fuente de felicidad y deseo.

Esta historia está inspirada en el sonido del saxo, un instrumento que busca la excelencia y lo sublime. El amor entre padres e hijos es el más inalterable que se puede sentir, incluso a pesar de circunstancias negativas que lo hayan devaluado. Los hijos que lo han desatendido deberían reconducirlo al estado puro, dándose cuenta del amor que se desperdicia en cada desprecio y no haciendo infelices a los padres cuando crean que ya no les hacen falta. Esta actitud es muy importante para romper la transmisión intergeneracional del maltrato, pues los hijos de los hijos siguen el patrón de comportamiento a imagen y semejanza de lo que han visto en casa.

Capítulo 10. El clarinete

Los dos hermanos

La dignidad por encima de la discapacidad

Abusar del deficiente,
es mezquina indicación,
pues quien lo hace, por listillo
queda como el peor bufón.

X

Clarisa se fue dando cuenta de que había muchas más lecciones de vida a descubrir en aquella residencia y empezó a desplegar la empatía de su personalidad. Por ello, con la primera que hizo buenas migas fue con la directora Georgina y constatando que se tomaba muy en serio que los ancianos disfrutaran del encanto de la vejez, Clarisa apoyó los aspectos de innovación que estaban a su alcance.

En tal itinerario, en *Villa Geros* se fueron incluyendo protocolos muy novedosos para que los familiares y amigos intervinieran de forma más directa en el cuidado del ser querido. Después de la primera avanzadilla exitosa hacia la propuesta de un horario de visitas más flexible, le siguió la integración de aquellos voluntarios que deseaban colaborar en algunas tareas, y en tal proactividad los que se pasaban horas cerca de los ancianos se sentían más útiles en el cuidado.

Sin embargo, el mayor impacto se produjo cuando Georgina puso en marcha la figura de mediador, cuya función era llegar a acuerdos y solucionar conflictos con los cuidadores o familiares. Esto se incorporó como mejora a los servicios ordinarios de la residencia después de que una cuidadora resolviera el caso de dos ancianos deficientes, que estaban asignados al pabellón de Clarisa.

Esteban y Cayetano ya fueron inseparables desde el vientre de su madre, pues eran gemelos. Al nacer y temiendo mayor anoxia, las maniobras del parto acentuaron su daño cerebral y las secuelas de la misma les unió todavía más, realizando

juntos todas las terapias de adaptación a las actividades de la vida cotidiana. Bajo la denominación de parálisis cerebral los fisioterapeutas, psicólogos y logopedas convirtieron en juego su terapia de rehabilitación. En la escuela infantil, el profesor de apoyo y la actitud de los compañeros de clase apremiaron su socialización sin fisuras. De adolescentes, ningún pedagogo les planteó carrera universitaria, pero les propusieron asistían a un centro ocupacional concertado con una empresa pública, donde demostraron una gran habilidad enfundando los cubiertos para una aerolínea, lo que les aportó un pequeño sueldo y aquel viaje a Europa que siempre habían soñado. En su bendita inocencia, tal vez soñaran con el amor de una mujer, aunque nunca regalaron flores a quienes les emocionaron como amadas y tampoco se casaron con ellas.

Vivían acomodados con unos padres cariñosos que se ocupaban de su bienestar, disfrutaban de la rutina de su trabajo y no les faltaba de nada. Contrariamente a sus deseos, no les invitaban a las bodas o bautizos de los primos, para que no salieran en las fotos, pero ellos con la conciencia tranquila les compraban el regalo, que en muchas ocasiones era mejor que el de los comensales. Un día, la cotilla prima Felisa se fue de la lengua y les desveló el por qué no recibían invitación. Al enterarse de que era porque les daba asco ver a los gemelos secarse sus mucosidades y andar con tan inestable equilibrio, los padres soltaron sus lazos de sangre despejándoles la pista con un lícito: *¡A la mierda!*

Hasta que un día, en el segundo piso, los abuelos del abogado Vidal desoyeron los consejos de su nieto y encendieron el brasero. De pronto, la siesta de ambos ancianos descuidó las cenizas y prendiendo los flecos del tapete, se pusieron en marcha todas las alarmas contra incendios del edificio. Esta desgracia se cobró varios heridos, algunos con graves quemaduras, entre ellos los octogenarios padres de Esteban y Caye-

tano que no sobrevivieron. Esta desgracia dejó huérfanos a los gemelos, pero no en situación de precariedad, pues los padres habían pensado mucho en el día que faltaran y en tal preocupación redactaron un texto de últimas voluntades muy completo. Donde dejaban a los gemelos una cantidad de dinero ahorrado y otro invertido en un lucrativo plan de pensiones a lo que se sumó la indemnización del seguro por ser accidente doméstico. Respecto a su tutela y para evitarles abusos financieros o legales, los padres habían determinado por escrito no tener en cuenta la línea de parentesco, sino la decisión judicial. A los pocos días, el juez dictaminó a favor del abogado Vidal y lo hizo pensando en la honradez del letrado, así como también para compensar en cierto modo las consecuencias de aquel accidente que provocó el despiste de sus abuelos.

Los gemelos se mudaron a unos apartamentos para personas con discapacidad moderada que tutelaba el Ayuntamiento y supervisaba el equipo social con el que trabajaba Melisa. Fueron años agradables para Esteban y Cayetano, tenían bastante independencia, porque sus tutores les habían potenciado su autonomía al máximo, se sentían útiles en su trabajo, el estímulo y la formación que les dieron sus padres y educadores les sirvió para desenvolverse sin problemas para y relacionarse.

Bastante tiempo después, cuando su estado de salud empeoró por el envejecimiento comenzaron las patologías y el abogado Vidal consensuó que estarían más seguros y mejor cuidados en la residencia *Villa Geros*. Informada Georgina de los periplos familiares que sufrieron Esteban y Cayetano, así como de sus necesidades de apoyo, decidió que se instalaran en el mismo pabellón donde estaba Clarisa. Al poco tiempo, vinieron a visitarles la retahíla de sobrinos y primos fingiendo estar ahí para limar las asperezas de malentendidos. Sin embargo, la directora siempre estuvo muy atenta a la relación que Esteban y Cayetano mantenían con ellos, pues no quería que abusaran de su buena fe.

Al principio, la directora delegó la supervisión de las visitas a las cuidadoras, quienes controlaron aquellos minutos de cortesía y no percibieron animadversión alguna por ambas partes. Semanas más tarde, escucharon que los sobrinos se dirigían a los tíos con palabras no adecuadas y subidas de tono, lo que alertó la sospecha de que ahí estaba pasando algo.

Finalmente, uno de los sobrinos solicitó permiso a Georgina para ver a los tíos en privado, tal y como se permitía en algunos casos, pero esta petición puso a Georgina sobre aviso y no solo les negó tal pretensión, sino que relevó a sus compañeras poniéndose ella misma al frente de tales visiteos. Esta cercanía fue la excusa perfecta para que la directora escuchara aquel monólogo de los sobrinos hacia los tíos y pudiera distinguir las expresiones propias de una jerga coloquial que estaban usando para enfrentar a los hermanos y conseguir separándolos, sin ahorrarse insultos ni palabra hirientes, algo que desde luego la directora cortó de inmediato.

Habían pasado un tiempo sin recibir visitas, cuando una tarde vino otro sobrino que dejó un gesto de contrariedad en los rostros de Esteban y Cayetano, así como también cierto enfrentamiento e irascibilidad entre ellos y en su entorno. Este estado anímico les duró bastante tiempo y, dejando de ser uno el apoyo del otro, anidaron recelos.

A Georgina esto no le gustó y estando con ellos, trazando un plan que pusiera límite a la situación, llegó una visita inesperada, un señor muy trajeado con un portafolio debajo del brazo y antes de que ella saliera del despacho aparecieron los sobrinos en el recibidor. Ambos hermanos reaccionaron con un nerviosismo no habitual en ellos. Sobre todo cuando empezaron a sacar documentos que ellos no entendían, y mirándoles de reojo con hipócrita amabilidad les puso un bolígrafo en la mano. Esta actitud extrañó a Georgina y en tal pálpito no

se separó de ellos, tratando de averiguar qué es lo que tanto les incomodaba.

—¿Va todo bien? —preguntó Georgina con cierto recato.

—¡Estupendamente! —se apresuró a contestar uno de los sobrinos.

—¿Me permite ver estos documentos? —insistió Georgina al abogado.

—Son documentos legales que nada tienen que ver con usted —contestó secamente otro de los sobrinos, quitándoselos de las manos.

—Ya, pero puedo llamar al abogado Vidal que es tutor de Esteban y Cayetano para que esté presente —contestó Georgina resolviendo aquel entuerto.

—No hay problema, no escondemos nada malo, en ellos no hay nada ilegal —se adelantó otro sobrino, facilitándole nuevamente los impresos.

Seguido, Georgina les echó un vistazo y vio que había una cruz en los epígrafes pendientes de firma. Este factor sorpresa impactó su ética y sabiendo que aquellos gemelos no podían entenderlos ni tampoco nadie les había explicado el alcance legal de los mismos, no dejó que firmaran nada.

—No hay prisa —se adelantó el abogado, guardándolos de nuevo en el portafolios.

A partir de tal descaro y resentida en su fuero interno por el intento de chantaje, Georgina indicó sigilosamente a la cuidadora Tilda que fuera para allá. De hecho, bajo el pretexto de adelantarles la medicación, la presencia de la cuidadora fue el mejor respiro para terminar con aquel suspense que había dejado la engañosa trama de los sobrinos, reconduciendo a los gemelos a la secuencia rutinaria habitual.

Mientras tanto, los sobrinos cejaron en el empeño de que había algo que rascar y no volvieron a visitarlos. Entonces fue cuando Esteban y Cayetano se sumaron al grupo de residentes

que no recibían visita alguna. Era el clan de los «independientes» y lejos de sentirse solitarios, entretenían el rato de las visitas con algún juego de mesa. Su preferido era el de las cartas, donde apostaban sin dinero, jugándose las alubias que la cocinera había separado del paquete para dejarlas en un bote etiquetado: «alubias de juego».

Esta historia nos inspira el sonido de la flauta. Sus notas son tranquilizadoras y el bienestar que producen ayuda a la concentración. La disminución de las facultades intelectuales de una persona no implica desvalorizarla ni aprovecharse de ella. De hecho, ya quebrantamos sus derechos cuando la deficiencia es el punto de inflexión para tratarla como menos persona.

Capítulo 11. El violín

La hija ilegítima

Un escenario de venganzas y silencios

El destino, en tira y afloja
paró el reloj del tiempo
para reconciliar contigo
algunos duros momentos.

XI

La entrada de Clarisa en la residencia fue un soplo de aire fresco para muchas personas de su edad o «de su misma quinta», como solía decir ella. Las frecuentes charlas y las tertulias que allí se mantenían daban buena cuenta de ello. Este grado de participación, donde se involucró tanta gente, agradó a Georgina, la directora del centro, que programó un taller de comunicación para compartir experiencias y aprender a manejar los sentimientos que generaban sus recuerdos. De hecho, cuando le preguntaron cómo se le había ocurrido esa idea contestó: «Todos tenemos una vida con cosas que asumir y por tanto no podemos decir que no han pasado».

En cada sesión, los ancianos desempolvaban realidades similares e incluso algunos de ellos sanaron su autoestima a tiempo, especialmente Marina. Era una mujer de melena recogida con un moño bajo, agobiada por las lagunas memorísticas que de vez en cuando inundaban su mente y robaban la luz de sus recuerdos. De hecho, fue la visita de otra mujer, muy parecida a ella, a quien repetía: «no te vayas más, quédate conmigo», la que nos reveló la historia de Marina.

Su padre un viticultor llamado, Tadeo Prieto Caña, fue dueño de una cooperativa que le hizo ganar mucho dinero. Se casó con Eustaquia Cáceres Vieira y tuvieron una hija, Marina, que nunca tuvo interés por las uvas, pero sí alergia a comerlas. Tal vez por ello decidió no seguir la tradición familiar y, mochila al hombro, se fue de casa a perseguir sus sueños. Aunque sus padres no se opusieron siempre tuvieron la esperanza

de que algún día recapacitara y volviera para gestionar su patrimonio. Marina se forjó una personalidad propia, que relataba del siguiente modo:

> «Cuando la brisa me refrescó los recién cumplidos dieciocho años, quise vivir la vida a mi manera, sin ataduras. Salí de casa y me embarqué a la aventura. En ocasiones lo hice como polizón en furgones de carga; en otras, con pasaje de primera. Siempre guiándome por mi intuición, incluso cuando no vislumbraba el final del camino. Andarlo sin antifaz ya merecía la pena.»

Viajó desde Canadá a la Patagonia hasta que, con el ritmo del vaivén del "sucu-sucu", dejó de ser nómada y se instaló en Panamá donde encontró trabajo dando clases a la hija del embajador. Muy pronto, el ambiente familiar que la envolvió lejos de casa despertó en ella la morriña de volver y estar con los suyos, alentando la idea de disfrutar de sus padres antes de que fuera demasiado tarde.

Su inesperada vuelta animó a su padre, quien le insistía para que se hiciera cargo del negocio, pero ella, que solo quería estar con ellos, no se comprometió a seguir con la cooperativa. Sin embargo, para contentar a su padre no perdía de vista nada de lo que ocurría en la finca y de esta forma fue testigo de la dramática realidad que se hallaba oculta.

Un día se presentó en la viña un joven moreno y educado, que dijo ser estudiante, y con un falso proyecto de Ecología Aplicada se ofreció a cuidar la parcela del viejo roble que siempre se dio por perdida. Tadeo Prieto Caña dio por buena la propuesta que le presentó y autorizó su colaboración: facilitándote un cobertizo para dormir, maquinaria y materiales para que empezara a trabajar. A los dos meses, los racimos de aquella parcela dieron tales uvas que las reservó para el ama Eustaquia, quien no pudo resistir probarlas y comerlas a diario como un

excelente manjar. Días más tarde, enterado de que el médico acudiría a visitarla como hacía mensualmente, el joven llevó al ama más racimos que de costumbre y, sin poder despreciar su buena pinta, las saborearon juntos.

A la semana, el joven estudiante le acercó un racimo al sepulturero y agradeciendo tal gesto, pues no era habitual que se acordaran de él más que en los malos ratos, no tardó en paladearlas con el queso de la merienda: «uvas con queso saben a beso», repetía aquel buen hombre, zampándolas con sumo gusto.

Cuando se marchó de la finca, el joven se fue a la paz de Dios y el ama Eustaquia enfermó de una patología que ni siquiera el médico se podía explicar y desconocía el tratamiento que garantizara su cura. Durante los meses que su madre estuvo postrada en cama, Marina permaneció a su lado de continuo y traumatizada, por los desechos que expulsaba y las terribles pesadillas que alborotaban su descanso, habló con el médico para rogarle su buen morir. Y pasando por alto las sospechas de si al ama se le había practicado la eutanasia, Marina solo vio que su madre había dejado de sufrir y ella había estado a su lado hasta el último momento.

Sin embargo, como el médico no se quedó tranquilo sobre aquel caso clínico tan excepcional, sugirió analizar todos los productos agrícolas de la finca y al abrir una investigación se hallaron residuos de plaguicidas en las uvas del viejo roble. De hecho, a los pocos días, el médico tuvo los mismos síntomas y también el sepulturero, por lo que fueron ingresados en el hospital y mediante un antídoto combatieron la grave enfermedad. Ese hallazgo hizo que las cepas de aquel mal se arrancaran de raíz y al mismo tiempo salió a relucir un secreto que todos conocían, porque de contarlo tantas veces se había convertido en «un secreto a voces» al que llamaban: *La leyenda de la niña bastarda abandonada en su propio feudo*.

Contaban que el terrateniente Tadeo Prieto Caña mantuvo una relación con la bella temporera Claudia, a quien dejó embarazada y cuando llegó la hora del parto, el médico que la asistió, para evitarle problemas, la engañó diciéndole que la niña había nacido muerta.

Mientras abandonaban a la recién nacida por los campos de aquella zona, el sepulturero enterraba en el nicho un muñeco envuelto en una sábana. A las pocas semanas de haber dado a luz –evitando avergonzar a Eustaquia, la casta esposa de Tadeo, y sin manchar el honor de aquel señor–, la temporera abandonó la viña y años después conoció a un buen hombre con el que rehizo su vida y volvió a ser madre de un niño.

Cuando el hijo de Claudia se hizo mayor lo enviaron a la universidad y una compañera de clase le habló de su amiga Olivia, una chica solitaria que no conoció a su madre y él una noche, muy inspirado, le escribió un poema y se lo envió. Ella le contestó con una carta muy afectuosa y cuando se quisieron dar cuenta se estaban carteando todas las semanas. Él prometió ir a conocerla. Ambos se enamoraron y estaban deseando hacer público su noviazgo.

El día que el hijo de Claudia fue a conocer a su novia Olivia, sus padres lo acompañaron y cuando estaban llegando al lugar, Claudia reconoció la finca de Tadeo y pidió hacer un alto en el camino para visitar el cementerio. Buscó la tumba donde presuntamente estaba enterrada su hija y al no localizarla preguntó al viejo sepulturero Sebastián, quién le mostró una lápida blanca con una sencilla cruz, dejando conforme a la señora. Pero la curiosidad del sepulturero revolvió el fango que había prometido no tocar, y cuando vio a Claudia que escribió el nombre de Coral en un papel y lo arrimó a la cruz, sujetándolo con varias piedras, Sebastián empezó a hacer preguntas y ella le fue tirando de la lengua hasta que él no pudo callar por

más tiempo y le confesó la verdad, quitándose aquel peso que llevaba sobre su conciencia.

Claudia, con aquella información se presentó en la finca de Tadeo exigiéndole exhumar el cadáver. Eustaquia les recibió ama y no señora, acusándola de puta oportunista, lo que encendió el ánimo del hijo, que a punto estuvo de ahogarla o de lanzarle una piedra a la cabeza. No obstante, ese violento escenario no fue en vano, pues Tadeo, ignorante de que su hija ilegítima estaba viva, también se sumó a la petición de Claudia.

Las crónicas del pueblo contaron que una soleada mañana de enero el forense, el juez y un testigo se personaron en el cementerio; al poco tiempo, llegaron Claudia y Tadeo para presenciar la apertura del ataúd, donde se encontró, envuelto en una vieja sábana, un deteriorado muñeco de plástico.

Semanas después, la búsqueda de la hija perdida comenzó a desesperar a Tadeo y a Claudia, neófitos en esta materia no consiguieron éxito alguno. Hasta que aconsejados por una vieja partera, con dotes de videncia, les vaticinó: «la hija que buscáis está más cerca de lo que creéis». Entonces, Claudia agudizando sus sentidos, prestó atención a su entorno. Apenas unos días antes de la boda, se fijó en un gesto que hacía Olivia, recordándole al mismo que ella hacía de pequeña, y tuvo la corazonada de que su futura nuera, era su hija. La convenció para tomarle una muestra de su orina con la excusa de que debía demostrar su virginidad antes del matrimonio. Aunque extrañada por la petición, Olivia accedió; recogió su orina en un frasco y se la entregó a Claudia. Al analizar los resultados, pudo comprobar que el ADN era positivo y la justicia falló a su favor. Lo que hizo muy feliz a Claudia desorientó por completo a sus hijos.

Claudia sintiéndose responsable de haber destrozado la vida de sus hijos y abrumada por los acontecimiento, no pudo con tanta tristeza y se quitó la vida en el viejo roble. Durante años, todos esperaron remontar aquel drama, que fue salpicando a las dos familias. Los jóvenes implicados tuvieron que tomar otros rumbos. Olivia se entregó a Dios en clausura durante años, hasta que un día hallando consuelo en las palabras de un sacerdote: «No necesitas confesar ni pagar más por estos pecados, tú no eres culpable de ellos». Entonces, se dio cuenta de que había confundido la vocación con la huida y abandonó el convento sin cumplir los votos ni formular el «Ave María Purísima». Finalmente, terminó refugiándose en la finca de Tadeo, quien le ofreció el puesto de encargada y demostró ser una entendida en cultivos de vid porque consiguió un premio como viticultora, y no conformándose con ello incorporó al negocio familiar la elaboración y crianza del vino para ser también la mejor vinicultora de su comarca. Su padre, muy orgulloso con su trabajo, la incluyó en el testamento junto a Marina, su hermana.

El hermano, muy compungido por los hechos y dejando atrás su primer horizonte se alejó de la familia, para convertirse en un joven educado y con estudios de ingeniería. Sin embargo, el amasijo de ira y enojo que llevaba dentro le hizo vengar el alma de su madre envenenando aquellas cepas.

Marina sostuvo la fragilidad de su madre hasta el final y, aunque demasiado tarde, entendió su recurrente pesadilla sobre el árbol maldito. La estampa de aquel árbol fue todo un símbolo para Tadeo, hasta que un rayo lo partió en dos y, de paso, esfumar la alcahuetería del pueblo al redoble de campanas de duelo, sonando a la par por el fallecimiento del amo.

Con el tiempo, Marina se trasladó a la residencia y Olivia la visitaba con cierta asiduidad, sobre todo cuando ya estaba muy dependiente postrada en cama. Los primeros días permaneció aislada, con esquizofrenia incurable, que reducía paulatinamente sus capacidades, hasta el día que contestó la pregunta

fatal. Sucedió después de cenar, cuando Olivia se acercó a ella y se interesó por su salud. De hecho, para colmo de su asombro, la respuesta de Marina fue: «Olivia está muerta, su nombre es Chévere», y abriendo la válvula de la nueva etapa de la enfermedad las cuidadoras hicieron todo lo posible por ella. Más aún, Olivia no se separó de su lado y cuando le llegó la hora se enganchó a ella como el mejor referente para irse de este mundo en paz.

Mientras tanto, en el pueblo colocaron una placa de cerámica con el nombre de la calle: «Las dos hermanas», al tiempo que el viento rugía entre las hileras de robustas cepas, hechizando la viña de Tadeo Prieto Caña y herederos, con la mejor uva del condado, sin efectos alérgicos secundarios, pues alguien había inyectado en las cepas un antihistamínico natural parecido a la epinefrina.

Esta historia está inspirada en el sonido del violín y así como el acorde del arco sobre sus cuerdas suena melancolía o ritmo vivaz, los protagonistas de este relato vivieron situaciones dramáticas. Si bien algunas de ellas tuvieron finales tristes, no todas terminaron con la muerte, y aunque se gestaran al revulsivo de ser desgraciadas, también hubo quien supo salir airoso.

Capítulo 12. La pandereta

Recuerdos de Navidad

La familia es lo mejor para vence la soledad

No estoy solo frente al mundo
como si fuera un quijote
pues mis molinos de viento
ruedan a troche y moche.

XII

La escarcha que por las mañanas cubría los jardines anunciaba la llegada de aquel gélido invierno que se iba asentando también en el corazón de algunos ancianos. El enfermero Esteban, había vacunado de la gripe a todos los residentes y Georgina estaba muy pendiente de que ninguno pasara frío. Había llegado el tiempo de poner la calefacción a tope, procurando el bienestar de los que tenían menos salud. A los valientes que salían al jardín había que vigilarlos para que se abrigaran ya que, con las bajas temperaturas de diciembre y los días de lluvia que estaban teniendo, era fácil enfermar. Aunque, ni la propia Georgina pudo contener la euforia general del 21 de diciembre, ni evitar que los ancianos quisieran sentir la caída de los blancos copos sobre la cara.

Realmente era fantástico verlos disfrutar y sumarse al tarareo de villancicos que anticipaban la Navidad.

—¡Un poco de paciencia! —repetía Charlotte mientras les ayudaba a enfundarse las botas de agua.

—¡Blanca, que te has puesto el gorro al revés! —se reían sus amigas ya preparadas para salir unos minutos fuera.

—Abrigaos bien, que luego vienen los resfriados —se temía el enfermero Esteban.

No obstante, los breves minutos al aire fresco del mediodía contemplando como lucía la nieve frente al sol fueron suficientes para alegrarles el día. Más aún, se convirtieron en un momento de felicidad donde se olvidaron otros instantes no tan optimistas. Durante el receso previo al taller de manualidades, bebieron un tazón de caldo para entonar el cuerpo.

Poco después, Charlotte colocó las bandejas de material en cada una de las mesas y empezaron a trabajar bajo la atenta mirada de las cuidadoras. Blanca introducía sus torpes dedos en las tijeras romas —que los Reyes Magos, del año anterior, habían incluido junto a la caja de rotuladores— para recortar hermosas guirnaldas. Otra mujer les enseñó a decorar los rollos de papel higiénico con motivo navideños, que servirían de servilleteros y con las hueveras de cartón se les ocurrió hacer flores donde colocaban golosinas.

Lo que nadie perdió de vista fue la mesa extensible que puso el cocinero Benito en el comedor, para ir colocando las figuritas del Belén, que habían moldeado en arcilla y, los que tenían buen pulso, fueron coloreando con pinceles. Aquel chef fue montando el pueblo de Nazaret, con la fonda de la época, taller de carpintería, horno de pan, pastores con sus rebaños, leñadores, estrella de oriente y Reyes Magos bajando por las montañas.

Fiel a la tradición y según la filosofía de la residencia, cuando colocó a la Virgen y San José, el ángel, y al Niño Jesús en el pesebre, con el buey y la mula, añadió a San Joaquín y Santa Ana. Ambas figuras eran muy importantes que estuvieran presentes en el nacimiento, allí no podían faltar los padres de la Virgen María, eran los abuelos del Niño Jesús, con los que tanto ellos se identificaban.

—¡Que detalle más bonito! —aplaudió Georgina cuando observó lo bien que había quedado aquel año el Belén.

De inmediato, los residentes se fueron acercando a contemplar las preciosas miniaturas, y deseando crear mayor fascinación en sus lacrimosos ojos, Benito puso a funcionar el juego de luces y los mecanismos que hacían que se moviera el agua, sincronizando los elementos de los diferentes oficios artesanos, y según se hacía de día y de noche se iban encendiendo y apagando las luces en el interior de las casas.

Realmente, contemplar el Belén, era una regresión al pasado que ilusionó a las envejecidas mentes que ya estaban en él y en tal traslación la Navidad fue un sentimiento compartido no solo por todos, sino también para todos. Por ello, presidía el comedor donde se celebraba la cena de Nochebuena solo para residentes y la comida de Navidad con amigos y familiares.

La cena de Nochebuena fue casi perfecta. Clarisa se había puesto el delantal para ayudar a elaborar algunos de los entrantes, mientras Charlotte cocinaba una riquísima sopa de cebolla. Era una receta francesa de la que cuentan era un plato muy propio en las épocas de hambruna y un tentempié para los noctámbulos que no veían la hora de regresar a casa a dormir. Justamente, Charlotte la había puesto en el menú, para que esa noche los residentes se acostaran un poco más tarde que de costumbre y así pudieran conversar de sus cosas con Papá Noel, que llegaba puntual a descargar los regalos con su trineo tirado por su inseparable reno Rudolph.

Apenas se había servido el último entrante, cuando Clarisa se quitó el delantal para echarlo al cesto de la ropa sucia, pero al pasar por la puerta de la cocina, que estaba entreabierta, escucho ruidos y no tuvo más remedio que entrar, era Charlotte con una mano cerrando los mandos de la cocina y con la otra sosteniendo un pañuelo para secarse las lágrimas. Clarisa se le acercó muy despacio, pues lo último que quería era asustarla. Charlotte al sentirse descubierta, le echó la culpa a la cebolla que había picado para la sopa, y dijo que por eso le lloraban los ojos.

—¿Has probado ponerte una cáscara de cebolla encima de la cabeza mientras la picas? —le dijo Clarisa convencida de ello.

Charlotte sonrió por la ocurrencia, y ambas pasaron al cuarto de la lavandería para dejar los delantales que habían usado ese día. Se sentaron en las sillas, frente a la tabla de planchar, y tomándose un descanso Charlotte le contó a Clarisa el recuerdo de Navidad que le había aflorado el llanto.

La nieve de aquel año fue muy esperada. Desde la ventana, que iluminaba desde el fondo el único pasillo de la casa, mi padre Cristóbal observaba el estrellado cielo de aquel frío invierno. Mi hermana Evelina estaba en la recta final de su embarazo y con mucha ilusión esperábamos que viniera a cenar para compartir la última Nochebuena sin pequeños correteando por la casa. Mi madre, Flora, sentada en la mecedora, acababa de empezar a tejer en rosa la toquilla del bebé. Mis primos mayores se divertían en la cocina amasando las galletas que darían el toque personal a la bandeja de los dulces. Entretanto, mi hermana pequeña y yo montábamos el Belén desembalando las últimas figuras que hicimos en el Centro de día, donde la yaya Teresa se recuperaba del último ictus. De pronto, sonó el timbre de la puerta y después de observar por la mirilla, papá soltó una sonora carcajada. En realidad era el saludo de bienvenida con el que habitualmente él recibía al tío Felipe.

—¡Maestro! —le dijo sonrojando su timidez.

—¡Hermano! —contestó Felipe con mucha emoción.

Aquel regocijo nos apresuró a dejar lo que estábamos haciendo para abalanzarnos sobre el tío Felipe, llenándole de besos y abrazos hasta tumbarle en el suelo. Apenas se hubo levantado, entró en la casa, cogió la maleta de cartón que traía y se acercó a la chimenea mientras nosotros acomodábamos los cojines y nos disponíamos a escuchar un nuevo capítulo de su última novela. Desde que se retiró de la enseñanza, a pesar de haber dilatado su edad de jubilación a los setenta, se había dedicado a su otra pasión, la de escribir relatos.

Nos resultó algo extraño que antes de empezar a cenar, el tío Felipe le preguntó a papá si podía pasar las navidades con nosotros. De hecho, al verle llegar con la maleta y sin su mujer, mis padres ya habían sospechado que algo pasaba, aunque por prudencia convenía ahorrarle explicaciones.

De pronto, un segundo timbrazo puso a todos en alerta y salimos corriendo a recibir a la futura mamá, estábamos deseando tocarle la tripa para sentir al bebé. Qué sorpresa cuando nos dijo que llevaba todo el día sintiéndose muy rara.

—¡Igual viene esta noche! —dijo mi madre muy contenta.

Mi hermana no dejó de enredar e inquieta por si el bebé se adelantaba no pudimos aguantar las ganas ni la curiosidad de enseñarle la canastilla que le habíamos preparado al bebé. Le tapamos los ojos y la llevamos a tientas hasta la habitación, donde estaba todo a punto: La cuna donde nosotros dormíamos, mi padre la había restaurado; el traje de cristianar que había pasado de generación en generación; y los no sé cuántos peluches que le habíamos comprado.

—¡Vamos, que se enfría la cena! —nos interrumpió papá.

Ya sentados en la mesa de Nochebuena, el tema principal fue el recién nacido, anécdotas de cuando mi madre estaba embarazada, los antojos, cuál era el hijo que más problemas había dado y aventuras de cuando éramos pequeños.

Por un momento, observé que el tío Felipe se estaba entristeciendo y con la excusa de que solía irse a dormir pronto se levantó de la mesa. Ya llevaba en la cama varias horas, cuando los demás empezamos a desfilar hacia las alcobas. De pronto, yo, que tenía la habitación pared con pared con el cuarto de invitados, donde se acostaba mi tío, le oí lamentarse. Era tal el desconsuelo y el llanto, que tuve miedo de que algo grave le pasara y avisé a mis padres. Alarmados, fueron sin demora a ver qué le ocurría y quedándose a solas, él se desahogó.

La mujer de Felipe le había dejado plantado y se había ido definitivamente con otro hombre más joven.

—Ahora no le veo ningún sentido a mi vida —sollozaba Felipe a mis padres.

—No digas eso Felipe, verás como tiene arreglo —le tranquilizó mi madre.

Mientras estaban hablando, mi hermana rompió aguas y mi madre acompañó a su marido y a ella al hospital para dar a luz. Nada más nacer nos llamaron para decir que todo había ido bien y que era una niña preciosa. La noticia nos llenó de alegría y por unos segundos el tío Felipe olvidó su problema, aunque no tardó en volver al tema que tanto le obsesionaba. Y por no fastidiarnos la fiesta, mientras sacábamos la canastilla después de diez años, que era la edad que tenía mi hermano pequeño, el tío volvió a guardar su equipaje en la maleta dispuesto a irse al día siguiente.

Por la mañana, mi madre que acababa de llegar de la clínica vio cómo Felipe salía con paso silencioso de la habitación, llevando una nota en la mano. Menos mal que logró convencerle de que no se fuera, eso nos habría dejado muy tristes. Mamá siempre decía que era muy feliz cuando veía a toda la familia unida. Qué alegría que aquella Navidad el tío Felipe se quedara con nosotros, pues las penas compartidas se llevan mejor.

Finalizadas las fiestas, Felipe se desahogó con mis padres y les habló de aquel dolor que no era capaz de asimilar: su relación de pareja se había roto y esto le hacía sentirse solo y abandonado. Esto fue una experiencia traumática para él, porque lo vivía como un fracaso, donde se había hundido más, después de la muerte de los abuelos. Máxime porque no sospechaba que la convivencia con su mujer se estaba deteriorando y ella le había sustituido literalmente por otra persona. Esta situación le estaba provocando dolor y angustia, no solo porque todo aquello le pilló desprevenido, también por no haber sabido ofrecer a su amada lo que necesitaba.

Varios meses después de haber vuelto a su casa, la añoranza de no estar con su mujer, despertó en su fuero interno

el resentimiento de envidiar a quienes no estaban pasando una situación como la suya y se desentendió de la familia. Finalmente, mi madre, agobiada por no tener noticias y cansada de que no le devolviera las llamadas, se presentó en su casa. Y vio que, además de su pérdida de peso, había desorden en el fregadero, especialmente se fijó que sobre la encimera había productos de desinfección, como raticida y matacucarachas. Alarmada por si tenía intención de quitarse la vida, llamó al hospital ingresándolo en observación.

Con el tiempo, el apoyo psicológico que le brindaron los especialistas hizo su efecto y dejó de pensar en conductas nocivas para su salud. Recuperó peso, pero como mi madre temía que volviera a las andadas le planteó la idea de alquilar habitaciones y así podría compartir piso. Ambos estuvieron de acuerdo y en el periódico anunciaron: «persona mayor busca jóvenes para compartir piso» dejando un número de contacto. La idea atrajo a varios candidatos pero seleccionó a las estudiantes Estefanía y Alma. Dos universitarias en el último año de carrera que dieron un aire nuevo a la vida de Felipe y le animaron a seguir en la brecha formativa que tanto había preconizado, la de formación durante toda la vida. Se incorporó como alumno en el programa de innovación universitaria para mayores en red y su creatividad literaria se dinamizó a la nueva era tecnológica. Esta iniciativa adquirió tal relevancia que al año siguiente le propusieron participar en la tutorial *on line* del curso y con esta formación complementaria Felipe recuperó su autoestima.

Cuando llegó la graduación de aquellas universitarias, Felipe fue invitado al acto. En el discurso, Estefanía y Alma, le agradecieron su hospitalidad y dieron rienda suelta a todo lo que aquella convivencia les había aportado. Finalizaron diciendo que era apasionante «poner un anciano en tu vida» y dejando tal reflexión en el corazón del público,

Felipe nunca dejó de tener dos estudiantes en casa. Eso sí, ¡con derecho a vacaciones cuando el curso académico llegara a su fin!

Esta historia está inspirada en el sonido de la pandereta, un sonido grave producido por el golpeteo de la mano sobre el bastidor donde simultáneamente se mueven las sonajas brillantes que lo rodean. Lo constructivo es no quedarse anclado en el pasado, sino tratar de superar las pérdidas con la mirada puesta en que las cosas buenas aún están por venir, pues nadie es tan viejo que no piense vivir otro año.

Capítulo 13. El tambor

Lecciones de una indigente

El amor de una madre es incondicional

Mi madre estaba en la acera
oculta entre cartones
con la piel fría y cansada
ninguneada por mis errores.

XIII

El día de Navidad la tradición volvió a juntar a las familias en la residencia y la directora mantuvo la esperanza de que algunos parientes añadieran a su lista de cosas pendientes por hacer la de visitar al abuelo. Por ello, las cuidadoras estuvieron muy atentas para que todos los residentes se vistieran impolutos de la cabeza a los pies antes de recibir visitas. El día empezó con una misa y muchos villancicos que llenaron el ambiente de nostálgicos recuerdos. A la hora de la comida, se abrió la puerta del comedor que estaba más agrandado pues se había subido hacia el techo la compuerta que lo separaba del salón y todos se quedaron con la boca abierta viendo lo bonito que había quedado con tanto adorno.

Justo en aquel momento, el tintineo del almirez sacó de su escondite a las cuidadoras y a Georgina que, vestidas de motivos navideños, guiaban el paso de los ancianos hasta que ocupaban el sitio que se les había reservado. A continuación, pasó un familiar por cada anciano, que mostraban a las cuidadoras la tarjeta que les había llegado unos días antes a casa con la leyenda: «Te invito a comer». La distribución de las mesas estaba pensada para que se sentaran juntas las personas que se conocían y eran afines, con una cuidadora que tutelaba cualquier eventualidad. También estaba la mesa de quienes no tenían a nadie y estaba presidida por la directora Georgina.

Después de la comida, un autobús fletado por una risueña Mamá Noel, salió de la residencia para recoger a los nietos de los residentes. Los pequeños les esperaban cada uno en su casa,

con un disfraz de ayudante de Papa Noel y subían al asiento acompañados de un familiar. Así que, aunque fuera en dos fases, el día de Navidad reunía a la familia con los abuelos.

—Ya viene el autobús —insistió Isabela a su madre cuando paró en la puerta.

—Deja a Menta y vamos a subirnos —reprendió Angélica a su hija.

A su llegada a la residencia, los pequeños tocaron la campana de Papa Noel y entraron en el comedor. A continuación entregaron los regalos a los ancianos, sin distinción de que fueran familiares o no y así nadie se sintió excluido. Con tanta alegría abrieron los paquetes que la sala se llenó de gritos y risas, algunos no quisieron esperaron más tiempo y en el momento estrenaron, sus jerseys y los nuevos zapatos con los que salieron al jardín donde les esperaba otra sorpresa. Una casa con juguetes para sus nietos junto a las flores de caramelo y gominolas que los ancianos prepararon en su taller de manualidades, los voluntarios lo habían acicalado con mucho gusto y colocaron animales, elfos y gnomos, con los que todos querían hacerse la foto.

Después de comer, sirvieron café descafeinado, infusión de tila o tisana, lo que les ayudaba a dormir la siesta, que no es lo mismo que dormirse en los laureles y llegar tarde a la megafiesta que habían organizado en el salón de actos, donde tendría lugar la función teatral: «*Los pastores de Belén*» representada por los cuidadores y voluntarios disfrazados según el guión.

Clarisa recordaría todos los años esta función, como algo difícil de olvidar. Sucedió después de los aplausos y antes de que se bajara el telón: una indigente se coló por la puerta de la residencia y avanzando por el pasillo se mezcló con los actores de la función sin que el bedel Jacinto se diera cuenta. Cuando estaba subida a la tarima del escenario, nadie sabía cual era su papel y con mucho disimulo, Jacinto la cogió del brazo y dirigiéndose a las escaleras la invito a bajarlas. Sin embargo de forma ines-

perada, la anciana detuvo sus pasos, lo miró con dulzura y canturreó en alto un villancico popular que lo dejó seco, pues era lo que Jacinto cantaba de pequeño. Entonces, Georgina ajena a la emoción que estaba turbando a Jacinto y creyendo que la mendiga quería participar en la fiesta, animó al público para que entonara el acompañamiento. También le dijo a uno de los pastorcillos que acercara el tambor a Jacinto para que lo tocara. Sin embargo el bedel, todavía con las secuelas del trastorno de adicción que sufrió años antes, aumentó el temblor de sus manos y no pudo tocar una sola nota. Pero aquel bloqueo no le impidió que a la vista de todos sus manos temblorosas se atrevieran a separar los cabellos de la cara de aquella indigente. La mayoría de los familiares la reconocieron, era ella, la vieja de la entrada, la que pedía limosna. Cuando la veían acercarse todos huían, les producía rechazo, y ella siempre decía lo mismo: «*No pasen de largo, soy un ser humano como ustedes*».

Jacinto se fijó en la cicatriz que cruzaba la cara de aquella anciana, iba de arriba abajo perfilando sus rasgos, y trató de recordar de forma inconsciente las imágenes que a oscuras provocaron tan mala estética. Jacinto aceptó el medallón que la mujer se quitó del cuello, un relicario casi idéntico al que él guardaba en una caja metálica, lo abrió y se dio cuenta que era la misma fotografía del niño que tenía en el suyo.

—¡Madre! —exclamó Jacinto con una mezcla de alegría y tristeza.

Entonces la indigente, que se llamaba Gala, eludiendo el incógnito que la mantuvo tanto tiempo en las calles, se agarró fuertemente al abrazo de su hijo y supo que ya no necesitaba a nadie más. A continuación, miró al público y palpando la solidaridad que reinaba en el ambiente, pidió permiso a Jacinto para darse a conocer, aún a riesgo de dejar en evidencia su nefasta vida de juventud. El hijo, consciente de todo, animó a su madre a relatar el ángulo más oscuro de sus vidas.

La ternura que a partir de entonces envolvió el salón de actos, propició el hervidero de emociones que despertó el monólogo de Gala y los sentimientos que afloraron cuando asistió a la obra de Miguel Delibes titulada *Cinco horas con Mario,* interpretada por su actriz favorita.

El padre de Jacinto, formó parte de una brigada de emergencias y estuvo destinado al rescate de una expedición de alpinistas. Las inhóspitas cumbres de las montañas y la temperatura extrema vencieron su resistencia y salió rodando al vacío junto a otro compañero que no pudo sujetarle. A los pocos días, Gala que estaba embarazada de Jacinto, recibió la noticia del fallecimiento de su esposo y a pesar el homenaje que le hicieron, ella no encontraba consuelo, esta desgracia marcó en negativo al muchacho.

Hasta que Jacinto cumplió los diecisiete años todo iba por buen cauce, pero fue llegar la mayoría de edad y no asumiendo la vida sacrificada de su madre, se juntó con malas compañías que alcoholizaron su juventud, manteniendo en un sin vivir a la paciente Gala. Un día se presentó en casa, aflorando el Síndrome de Abstinencia por los poros de su piel. De hecho estaba tan tenso y en tal estado de nerviosismo que ni siquiera podía ver a su madre, revolvió la casa entera e incluso rajó el mullido colchón.

—¿Dónde guardas el dinero, vieja bruja? —le dijo Jacinto volviéndose hacia ella.

Entró en su cuarto y al ver una caja que escondía llena de botellas vacías explosionó su ira como cuenta la mitología griega que hacía Hidra de Lerna. Sin pensarlo, rompió una de las botellas contra el suelo y se desquitó de no haber encontrado nada, cortando la cara de su madre. Al verla sangrar, Jacinto se asustó y temiendo la merecida repulsa policial, huyó sin que nadie supiera qué había sido de él. Con el tiempo, una correcta terapia apartó a Jacinto de la bebida y le dieron trabajo de bedel

en la residencia. Esta oportunidad dio un giro importante a su vida, pero no lo suficiente para indagar sobre su madre y pedirle perdón. Entretanto Gala, recorrió hospitales, funerarias hasta que denunció su desaparición en la policía. Al cabo de varias semanas de idas y venidas a la comisaría sin saber nada de nada Gala emprendió la particular búsqueda que duró varios años. Un tiempo en el que se documentó sobre ejecuciones, secuestro de menores y pornografía infantil con tal de dar con el paradero de su hijo.

Finalmente, abatida, abandonó su lucha y sus ganas de seguir buscando, desamparada se dejó llevar por la desgana y vivió la indigencia, durmiendo en cualquier calle de las grandes ciudades, tratada al «tanto tienes, tanto vales». Hasta aquel día 25 de diciembre que arrastró su carrito de cartones enfrente de la residencia y exhortando su ánimo a no darlo todo por perdido, se hizo eco de la frase de Horacio: *Carpe diem, quam minimum credula postero*, que significa: «Aprovecha el día de hoy, confía lo menos posible en el mañana», encontrando lo que estaba buscando.

Terminada la historia, Gala cogió la mano de su hijo que estaba siguiendo el relato de su madre avergonzado y cabizbajo. Se la llevó al pecho y palpitó el amor de madre más fuerte que nunca. En tal generosidad, el joven esfumó el pesar de su culpa y se sintió aliviado, pues si bien muchas noches soñaba con encontrarla, la cara de su madre, ya se le iba desdibujando de la memoria. El relato de Gala dejó al público como si estuviera bajo una capa aislante donde se detiene el tiempo y sin evaporar ningún sentimiento al azar, los yayos sonaron sus garrotas con gran estruendo.

Al rato, Gala se fue de allí del brazo de su hijo y disfrutaron de la cena que alguien dejó sobre la bandeja de la cocina, con una servilleta donde se leía «un plato más en la mesa». Jacinto observaba como Gala calentaba sus manos al cuenco del sabroso

caldo de cebolla que se le había ofrecido y que Charlotte completó espolvoreándole el queso suave sobre las rebanadas de pan recién tostado, para que Gala degustara aquella receta culinaria, como lo hicieron todos en la cena de Nochebuena.

A continuación, la expresión de Gala disfrutando de la sopa, ratificó que las recetas de cuchara eran la mejor puesta a punto del estómago en una noche de invierno. Seguido, tuvo lugar la conversación más esperada entre madre e hijo, donde completaron sus historias a solas y no hubo tiempo para los reproches.

Esta historia está inspirada en el sonido del tambor, una caja que resuena con fuerza en progresivo ritmo al redoble de las baquetas o palos sobre su superficie. Nos prepara para sacar lo más profundo del corazón y mostrar el hervidero de emociones que no nos hacen indiferentes a los problemas ajenos.

Capítulo 14. La batería

La rebelión de los yayos

Un rincón de paz con grandes melodías

Déjame vivir contigo
al aroma de tu vida,
sin juzgarla mala o buena
solo parte de la mía.

XIV

La jornada navideña continuó con las idas y venidas de los familiares y una cena ligerita a base de crema de espárragos con macedonia de fruta. De pronto, Clarisa puso en marcha el gramófono del comedor y la pachanga de villancicos invitó a bailar al son de la música. Más tarde, al compás de la conga los familiares salieron por el pasillo con algunos residentes, mientras otros se sumaban a tal alborozo ovacionando con todas sus ganas.

Por la noche, después de un baño caliente y ropa limpia, Gala durmió en la residencia. Charlotte y las cuidadoras se pasaron por las habitaciones para agradecer y dar las buenas noches. Algunos ancianos comentaron que el nieto les había pringado el traje de golosinas y la nieta se lo había arrugado con tantos mimos. Otros residentes, decepcionados por no haber recibido ninguna visita, le seguían pidiendo a Santa Claus que lo volviera a intentar al año siguiente, y con la pupila bañada en lágrimas se adormecían repasando las prendas de sus armarios, como quien cuenta ovejas antes de dormir.

La mayoría de las personas que viven en la residencia siguen manteniendo las perchas llenas de buena ropa, que año tras año conservan, cambiando el olor de las pinzas antipolillas. Lo mismo pasa con las cajas de zapatos que acumulan, con modelos que en su día crearon tendencia, pero ya están pasados de moda. Un extenso guardarropa deseoso de ensuciarse apenas se mueve, pues en el fondo nadie quería legar tal sastrería al bien ajeno ni siquiera con la buena voluntad de que «al menos, servirían para alguien».

Al día siguiente, complacidos de volver a estar juntos, Gala se había preparado para trasladarse a vivir con Jacinto. Sin embargo y aún con las prisas de recuperar el tiempo perdido, Gala tuvo un momento para dar una lección de humanidad. Ocurrió cuando vio cómo los basureros recogían sus enseres y deliberaban donde llevar todo aquello.

—¿Dónde lo van a dejar? —les preguntó inocentemente Gala.

—No sabemos todavía, tenemos que consultar a la directiva y estos tendrán que explicarnos la normativa —dijo uno de los empleados con mucho recochineo.

—¡Le preocupará mucho a la vieja dónde va a ir tanta mierda! —añadió otro empleado siguiendo el cachondeo mientras dejaba espacio para cargar el contenedor.

Estos comentarios no gustaron nada a Gala y viendo la cara amable de aquel cementerio de chatarra, donde una sociedad sin escrúpulos la discriminó como ser humano, se dirigió a ellos respetuosamente.

—Siento que ustedes los traten así, pues, cada boñiga y detritus que ven aquí, han sido mis objetos personales —les aclaró Gala.

Esta llamada de atención cerró en banda sus burlas y la opinión de que todos los «sin techo» cumplen con el mismo estereotipo, pues hay mucho talento callejero sin explorar.

De inmediato, llegó el taxi que había llamado Georgina, poniendo nuevo rumbo al fantástico ocaso que madre e hijo disfrutarían juntos. Jacinto vacacionó hasta después de Reyes.

En San Esteban, al día siguiente de Navidad, Clarisa se levantó al alba y, pensando en el episodio de Gala, se fue a un rincón del comedor donde habían colocado dos sillones muy cómodos. Al poco rato, Charlotte también se dirigió al mismo lugar y ambas comentaron la dualidad de las fiestas navideñas. Si bien es cierto que el aire festivo invita a la alegría con sonrisas y risas, no podemos olvidar que también hay tristeza.

Conscientes de que todo ello forma parte del mundo afectivo, educar en la tristeza es no convertirla en fuente de pensamientos irracionales o enfermedad.

A la hora de comer, se celebró el cumpleaños del viejo Rufo, que solía dejar a algunos residentes hechos polvo con su chascarrillo de siempre; ese año Clarisa pensó que le vendría bien un pequeño toque de alegría o humor después de que Rufo soplara la vela de cumpleaños y pronunciara su habitual mensaje:

> «Soñé que la vieja de la guadaña venía a mi cuarto y yo amenazándola le dije que saliera enseguida. Muy astutamente le pedí que me esperara en la habitación de al lado. Pero, cansada de esperar se fue a por otro y me dejó por imposible un año más».

Entonces Clarisa, que ya había hablado con las cuidadoras, animó a que los residentes alzaran los vasos de sidra y cantaran: «Asturias patria querida». Después todos tiraron los vasos al suelo como un ritual de buena suerte. A continuación, cantaron «es un muchacho excelente» y emocionado Rufo dejó fluir las lágrimas recordando a su querida Cantabria. Las cuidadoras ayudaron a la limpiadora Rocío, que se llamaba a sí misma «reina de la mopa», a recoger los plásticos del suelo antes de pasar la fregona. La tarde transcurrió plácida y dormilona, hasta que los familiares fueron a verles.

Al atardecer, Clarisa se sentó de nuevo en el rincón del comedor y mientras la cálida luz del salón se abreviaba a la penumbra de los rosetones, el carisma de la yaya despuntó en toda su plenitud. Una mujer luchadora, sensible y con muchos gestos de bondad dibujados entre las arrugas de su rostro. Justo entonces, las manos delicadas de Charlotte le acercaron las pinturas y ella dibujó un borrador de la residencia, bajo las estrellas de su vía láctea particular.

Desde aquel rincón de paz, Clarisa consoló muchas quimeras sin dejar entrever en su mirada la frustración que sentía, escuchando aquellas terribles historias, aunque todas le aportaron algo. De hecho, hubiese sido una gran falacia que hubiera armonizado todas las sinfonías que sonaban a su alrededor con idéntica partitura. Ratificando que, no haber podido escoger los colores del propio estilismo, no contraviene repujar las malheridas cicatrices en la segunda piel de la resiliencia.

Esta historia recuerda el sonido de la batería, un instrumento compuesto por varios tambores y platillos. Ambos tienen sonidos agudos, pero mientras el sonido del platillo se combina con sonoros cristalinos del platillo de latón, el del tambor lo hace con sonoro seco en forma de castañeteo. En ocasiones el corazón se nos llena de cariño y otras de decepción, pero siempre hay un rayo de luz para tener esperanza.

Capítulo 15. La mandolina

Los santos inocentes

Aceptar la ayuda clínica para no claudicar

Cuidado y cuidador
tienen el límite trazado,
cuando el cuidado es carga
y si el cuidador está agotado.

XV

Una tarde de viernes, Blanca no dejaba de recordar un peculiar episodio y sin saber exactamente si fue un sueño o realidad, lo compartió en el taller de memoria. A partir de entonces los incipientes olvidos se tornaron más frecuentes y con gesto inexpresivo cruzó el límite del territorio Alzheimer.

Blanca contó que mientras hacía la compra en el supermercado vio a Samuel dando vueltas en el pasillo de la bollería con un paquete de magdalenas en la mano. Rosendo, miró a su padre y le reprendió en público con tanta agresividad que el viejo soltó el paquete de inmediato y empezó a actuar con un comportamiento temeroso, se llevó el dedo pulgar a la boca succionándolo nerviosamente, un impulso habitual cuando se veía pillado en alguna de sus trastadas, como las llamaba su hijo.

Cuando estaban pagando la compra, la cajera mandó traer el paquete de magdalenas y se lo regaló, mientras los clientes abochornaban la actitud del hijo y comentaban entre ellos que no era motivo para tanta furia. A la semana siguiente, Samuel volvió a las andadas y escondió una tableta de chocolate en su camisa, pero en esta ocasión el hijo no se dio cuenta. De nuevo en la caja, Rosendo pasó toda la compra, pero al salir la alarma de que se llevaban algo sin pagar alertó a los guardias de seguridad y les invitaron a pasar a padre e hijo a un cuartito privado.

—No me lo puedo creer —dijo Rosendo muy enfadado alzando la mano contra su padre.

—¡Eh!, ¡eh!, no hay para tanto, solo son 1,20 euros —contestaron los agentes.

Cuando ambos se dirigieron de nuevo a la caja para pagar, Rosendo dejando de mala gana el chocolate sobre la cinta transportadora le dio un manotazo a su padre en la mano, por hurgar en sus bolsillos vacíos, y cabreándose soberanamente dijo en voz alta: «te la vas a tragar entera». Los agentes hicieron la diligencia de registrar el incidente, pero una clienta que lo vio, tomando un día café con Blanca se lo comentó. Ambas amigas preocupadas por su vecino Samuel fueron a ver a Melisa, la trabajadora social de la zona.

Melisa, sin demora, se personó sin avisar en la casa del hijo. Llamó a la puerta, Rosendo sorprendido se asomó por la mirilla y se puso muy nervioso, pues no le gustaban las visitas y mucho menos sin avisar. Al presentarse como empleada de los Servicios Sociales de su Comunidad, a Rosendo le entró más pavor todavía y abrió rápidamente la puerta.

Al principio y para entrarle suave, Melisa no mencionó nada en particular, solo que estaba registrando en un fichero a todos los vecinos que vivían en el barrio, para informarles de los servicios que ofrecía la Comunidad. Tras una breve entrevista, Melisa inspeccionó la casa y vio que todo parecía estar en perfecto estado y con relativo orden, pero no veía al hombre mayor del que le habían hablado. Al fin preguntó a Rosendo si vivía solo y le comentó que vivía con su anciano padre. Entonces fue cuando Melisa aprovechó para decir que deseaba conocerlo, Rosendo la llevó al sótano y le contó que él mismo había habilitado esa parte de la casa para que su padre estuviera más cómodo. Después de bajar la escalera, lo que vio allí dentro, dejó de una pieza a Melisa e ignorando la presencia de Rosendo, que miraba a todos los lados menos a ella, la trabajadora social anotó la negligencia que rodeaba a Samuel según su versión:

> «Adulto mayor de 75 años, encamado, con marca de cuerdas en las muñecas. Según el hijo es para que no se levante y se caiga. Al preguntarle si le cambia de posición dice que no

hace falta porque está acostumbrado a estar boca arriba y es más fácil atarle así. El anciano que responde al nombre de Samuel viste con un camisón abierto por detrás y su orina fluye a un colector urinario con sonda hacia una palangana en el suelo. Respecto a su estado de salud, está consciente y bien orientado en espacio-tiempo, sin control médico. Descansa sobre un camastro picado por carcoma instalado bajo unas maderas a modo de vigas sujetas con clavos. La sábana bajera está cubierta parcialmente por un pañal y trozos de periódico para que no se manche ni la sábana ni el colchón. La higiene, que es semanal, también se la hace el hijo con agua y jabón y lo seca con una especie de bayeta porque dice que las esponjas se rompen. Al preguntarle al hijo sobre las heridas de la piel y los hematomas en las nalgas, nos dice que son de la vejez y que ya se curarán solas. Las paredes están descascarilladas por la humedad y la bombilla está desenroscada para que no se encienda al interruptor sino cuando haya alguien. La escasa luz que entra por una pequeña ventana apenas permite ver todo el cuarto a la vez y no hay radiador de calefacción. Antes de ir a trabajar, el hijo vacía la palangana del orín y le baja el desayuno y la comida a la vez, en la misma bandeja que deja sobre una silla. La casa permanece cerrada a cal y canto todo el día hasta que el hijo llega de trabajar, tiene un turno de 12 horas diarias. Padre e hijo salen una vez al mes a la calle, sábado o domingo; según ellos, para que le dé el aire y, de paso, callar a quienes dicen que Samuel está muerto, pero sigue cobrando su pensión».

A continuación, Melisa le pidió a Rosendo que la dejara a solas con su padre; ella siguió escribiendo pero en esta ocasión, lo que le decía Samuel:

«Mi hijo me cuida muy bien y no quiero que me cuide nadie más. En ocasiones se enfada porque como me aburro, tengo

la costumbre de cantar o recitar a deshora y no le dejo descansar, así que me tiene que escarmentar pegándome con el bastón. A veces, yo mismo le animo y le digo que no tiene por qué aguantarme ni a mí ni a mis manías ni a mis agobios y que haga conmigo lo que considere. Incluso creo que si me matara de una vez, los dos estaríamos mejor».

En ese momento, Rosendo, que lo estaba oyendo todo desde la puerta porque la había dejado entreabierta, entró en aquel cuartucho y haciendo el grosero gesto de que su padre era un "tolili", le provocó un espasmo ocular.

Melisa, que conocía estas relaciones sinérgicas que se dan en casos de hijos que maltratan a sus progenitores, recomendó líneas de acción más compasivas y, redactando su informe, puso en marcha el protocolo de ayuda.

En esta situación de negligencia y maltrato consentida por ambos, solicito el traslado del cuarto del anciano a otra estancia de la casa con mejores condiciones. Aconsejo fumigación y limpieza del sótano, visita domiciliaria del equipo sanitario y ayuda de un cuidador. Sugiero formar a los dos en tareas prácticas, el hijo debería recibir orientación y ayuda clínica para no claudicar en el cuidado de su padre. Es mejor que de momento sigan juntos, no conviene separarlos, se necesitan mutuamente, han creado una situación de dependencia, donde el hijo quiere cuidar del padre, aunque no sepa hacerlo y lo maltrate, y el padre no quiere prescindir del hijo, a quien también maltrata con su victimismo. Esto hay que pararlo y reconducirlo, ambos necesitan ayuda psicológica.

Durante varios meses, Melisa los visitaba asiduamente constatando los pasos que iban dando con el servicio que se les fue ofreciendo. Samuel disponía ya del sistema de teleasistencia y recibía ayuda a domicilio, tanto para la comida como para la limpieza diaria. Rosendo acudió a un experto psicólogo con el que fue liberando la carga emocional que interfería en las relaciones

padre e hijo. A la par, asistió a las sesiones del taller de cuidadores del Centro de Salud, donde aprendió el arte del cuidado y el riesgo que conlleva descuidarlo. Con base a lo anterior, no tuvo necesidad de mostrar a su padre autoridad y mando alguno, con golpes de genio, desligándose del aprendizaje vicario adquirido en violencia doméstica. Aunque también se dio cuenta de lo cerca que había estado de ser denunciado por los actos abusivos hacia su padre y atentados contra su dignidad.

Rosendo no tuvo hermanos y siempre sintió admiración por su madre, una esposa sumisa a la voluntad de su marido Samuel y viviendo la vida que su esposo quiso para ella. Esta instrucción también la mantuvo con Rosendo quien pasó una infancia de la escuela a casa y viceversa, sin tiempo para divertirse con amigos, por lo que apodaron a Samuel *el poli del protector solar.*

Se habituó a vivir encerrado hasta que en la adolescencia le enviaron a un colegio interno y el jefe de estudios se percató que sus déficits sensoriales y su miopía no tenían informe clínico previo. Preocupados en el colegio por su enfermizo estado de salud solicitaron una evaluación psicológica, que lo estimaba como un joven sin motivación ni curiosidad por saber. Con estos datos, don Pedro, que así se llamaba el jefe de estudios, habló con Samuel, quién dejó dicho que «se le gobernara» con mano dura y firmó la autorización. Don Pedro, entonces, sospechó el maltrato psicológico que llevaba encima Rosendo y trató de ganarse su confianza depositando en él ciertas responsabilidades. Al observar con qué ganas e inteligencia las cumplía supo que pronto dejaría de ser un cobaya disciplinado para convertirse en un alumno aventajado, que sabe pensar por sí mismo cuando no se siente juzgado. De hecho, le fue encargando varios trabajos que exigían gran esfuerzo y él siempre cumplía. Lo motivó en el estudio, planificaron actividades fuera del aula, activó su interés por formar parte de un equipo y le potenció una serie de habilidades con las que fue rescatando su autoestima para salir de aquel pozo sin fondo, donde casi lo dejan “criando malvas”.

Cuando murió su madre, de la que apenas se pudo despedir, Rosendo vivía en otra ciudad y tuvo que renunciar al trabajo que tenía para volver al hogar familiar y hacerse cargo de su padre. El hijo no tardó en encontrar un nuevo trabajo, esto le daba independencia económica y libertad, algo que necesitaba para desvincularse del dominio psicológico que su padre seguía ejerciendo sobre él. Con este distanciamiento emocional, el carácter de Samuel se volvió endiablado, hasta que levantó la mano a su hijo y reprobando tal empuje le frenó con la expresión: «tonterías las justas». Rosendo explotó en el cuidado de su padre la sed de venganza según la ley del talión.

Aquella imparcial justicia, no serenó el recuerdo de la represión que sufrió su madre y tampoco le hizo olvidar la paliza que le dio al abuelo Martín. Por tanto, tragó saliva y reprendiendo su idea de desquite, cuidó a su padre sin complicación alguna. La trabajadora social Melisa, se dio cuenta que Rosendo era un buen hombre en un mal momento de su vida y aliviándole la carga de seguir siendo el sol en días nublados, pues estaba a oscuras todo el día, le ayudó a lucir la galaxia de su cielo.

Esta historia está inspirada en los acordes de la mandolina, un instrumento de frágil apariencia, cuyo sonido transmite gran expresividad, con matices y ritmos asombrosos a partir de la máxima delicadeza.

Con el cuidado se establece un vínculo entre padres e hijos, y cuando este es adecuado crece el afecto. Estar bien atendido por un cuidador es un bello regalo que la vida da a la vejez.

Capítulo 16. La trompeta

¿Todo en orden?

Actos de bondad forman la cadena de favores

En jocosa diversión
se habla de la puta mili
obviando la añoranza
de estar lejos y sin familia.

XVI

Aquella primavera, Georgina recibió la noticia de la muerte de Douglas, un amigo de su padre de origen irlandés, y, a los pocos días se presentó un abogado para informarle que Douglas había destinado, en sus últimas voluntades, un dinero para su proyecto de mejoras en la residencia *Villa Geros* con el mensaje: «todo en orden, querido amigo».

Douglas y el padre de Georgina pasaron juntos dieciocho meses de mili en un pequeño barracón. Georgina había oído hablar mucho de que su padre compartía con Douglas la comida que los abuelos le mandaban para hacer más liviana la dieta del «rancho» como llamaban ellos a la comida del cuartel. De hecho, y aunque parezca extraño, los parientes de Douglas nunca se ocuparon de eso, ni de escribirle, ni tampoco de saber si necesitaba algo o de si todo le iba bien. Curiosamente, él sí los escribía, porque le encantaba enviar correspondencia. La primera carta que el padre de Georgina recibió después de la mili fue la de Douglas, donde le hizo saber que «aquellos bollos a medias» y aquellas animadas charlas fue lo primero que echó en falta al licenciarse.

Tras una juventud loca y una luchadora madurez enrolada en la marina, a Douglas le llegó el momento de enfrentarse a su vejez. El capitán quiso dar un cambio drástico a su vida de alta mar, a bordo de aquel famoso buque pesquero, y esquivando el oleaje de los océanos dejó de inspirarse en el poema de Espronceda: «Con diez cañones por banda...» y terminó apostando por

una vida sencilla, comprando una vivienda colaborativa para vivir su jubilación en tierra firme.

Apenas zarpó el primer barco sin él a bordo, se subió en el autobús que le llevaría a su nueva residencia, una urbanización construida a modo de cooperativa por un grupo de gente, con aficiones comunes, que no estaban de acuerdo con el modelo de residencia tradicional y tampoco querían ser una carga para sus hijos. Esta alternativa conocida como *Cohousing* es otra solución que da respuesta a la problemática que se va presentando con la edad. La base es la convivencia entre ellos, lo que combate la soledad y los mantiene despiertos por la ayuda que se prestan entre unos y otros. Como socios participan activamente en el diseño y la autogestión del edificio en el que residen.

La inmobiliaria le pintó aquello como una isla bonita, donde tendría plena libertad y se le atendería mejor que en una residencia convencional. Así que convencido de ello, aquel viejo lobo de mar se instaló con varios arcones a cuestas y la mente llena de historias para no dormir.

El buen carácter de Douglas hizo que rápidamente conectara con sus vecinos y sobre todo con los chavales, quienes le esperaban cerca del muelle para dejar correr su imaginación y fantasear con las aventuras que les contaba en su paseo diario. En realidad, no debían de ser tan ficticias ni fantasiosas como ellos creían, pues fardaba mucho pagando artículos baratos con billetes grandes y cuando iban a su casa, tintineaba sin parar las monedas de aquel cofre, posiblemente recuperadas de algún naufragio.

Una tarde en el corrillo de amigos de Douglas se coló uno nuevo llamado Rómulo, quien enseguida lo deslumbró con sus cantos de sirenas y sus ganas de cambiar el mundo. Un hombre amabilísimo, cariñoso y muy atento que le iba a ayudar en todo. Hasta que dejó de hacerlo y empezó a manipularle, destrozándole la vida, para acabar con su sueño y empezar su peor pesadilla.

Al poco tiempo, ese tal Rómulo, que en su día fue un reconocido hombre de negocios en una empresa importante, con las tácticas que utilizan las organizaciones criminales e instrumentalizando las relaciones personales embaucó a Douglas para invertir en sus negocios y se fue haciendo dueño de su vida. Le nombró administrador y tesorero de su fortuna y el viejo marinero le dio plenos poderes para ello, con lo que aquel estafador hackeó no solo sus contraseñas sino que también entró en sus *emails* y falsificó su firma. Desde un apartado postal a nombre de Douglas, lo puso como propietario de una empresa, cuya verdadera finalidad era blanquear dinero de la droga.

Meses después, una vecina de la urbanización pasó por el piso de Douglas y vio que estaba precintado por motivo de desahucio. A pesar de que se quedó muy sorprendida, esperó a que el viejo marinero volviera de un pequeño viaje y se brindó a acompañarle para indagar sobre ello. El director del banco apercibió a Douglas como deudor pues en los últimos seis meses no había pagado ninguna factura y, además, al haber transferido periódicas sumas de dinero a Rómulo Cholo, se había quedado como vulgarmente se dice «sin blanca».

Al final, dejarse acompañar por su vecina Sofía había sido lo más sensato, y no únicamente para no sentirse solo ante tal timo, sino porque le ayudó a sobrellevar aquella decepción tomando medidas eficaces. La primera actuación fue denunciar el delito en comisaría e identificar al autor del mismo, que ambos reconocieron en el momento.

A los pocos días, cuando los agentes que investigaron la acusación descubrieron que Rómulo Cholo solo era uno de los nombres de su ficha policial y en ningún caso lo identificaba como el empresario que decía ser, ratificaron que era un timador muy escurridizo, buscado por la Interpol a quien siempre conseguía dar esquinazo. Pero en aquella ocasión, su suerte iba a ser otra, ya que los policías del aeropuerto dieron con él a

punto de embarcar y le esposaron hasta la comisaría donde confesó ser el cabecilla de un grupo de maleantes.

El *modus operandi* de esta banda era merodear por las urbanizaciones y atracar a los ancianos con el método mataleón, que consiste en un estrangulamiento temporal. Abordan por la espalda a la víctima y con los brazos sobre el cuello la van cortando la respiración, hasta dejarla inconsciente, con el riesgo que esto supone para la vida de personas vulnerables. Mientras uno sujeta a la víctima, el otro substrae todas las joyas que lleva encima y si entran en su casa la despojan de sus pertenencias. Estas denuncias han disparado que se active un circuito de protección policial, vigilando día y noche la urbanización hasta que los ladrones van cayendo en las redes de la justicia.

Después de todo aquello, Douglas se tuvo que ir de la urbanización cabizbajo y en silencio, avergonzado por no poder contribuir con lo que se comprometió, ya no podía pagar la renta y se sentía mal por haber puesto en peligro a sus amigos. Se alquiló un cuarto en una pensión donde permanecía recluido la mayor parte del día pensando en sus problemas; y aunque no era gran cosa el sitio, estaba a gusto porque no le faltaba de nada, la patrona se ocupaba de subirle la comida, de lavarle la ropa y de recogerle la correspondencia.

Al cabo de un tiempo, Douglas retomó sus paseos por el muelle y su costumbre de contar sus hazañas a los niños, pues en cuanto sus animosos seguidores le vieron por allí, el capitán no tuvo más remedio que recuperar su horario y estar a la salida del cole para ponerles al día, de que su vida ya iba de nuevo: «viento en popa a toda vela».

Enseguida se corrió la voz de que Douglas volvió a frecuentar la zona y corriendo un tupido velo, respecto a lo que había ocurrido, los vecinos de la urbanización también le dieron la bienvenida platicando con él amigablemente como antes.

Todo iba normal hasta que la noche de Halloween, los chavales de la urbanización, disfrazados de calabazas y monstruitos, modificaron su itinerario para sorprender a Douglas. Así, escoltados por varios jóvenes adultos, también espantosamente vestidos, se trasladaron al vecindario de Douglas y esperaron en la puerta de la pensión llamando al timbre, hasta que la patrona abrió la puerta. Al ver tal revuelo, la pobre mujer se les adelantó por la escalera, para que no entraran de sopetón y le sobresaltaran más de la cuenta. La intención de los chicos era darle una sorpresa y el susto se lo llevaron ellos.

Cuando la casera abrió la puerta encontró a Douglas muy dormido. Su boca desprendía un fuerte olor a almendras amargas y encima de la mesita, el paquete que le había subido con un dulce fuera de la bolsa, mordido casi del todo. Cuando la ambulancia llegó a la pensión, se lo llevaron a urgencias con un diagnóstico de sospecha de suicidio por cianuro.

Douglas estuvo ingresado en el hospital varios días. Cuando pasó el peligro y se cercioraron de que nunca había habido intento de suicidio como tal, ampliaron el historial policial con la versión que dio Douglas sobre lo sucedido. «Cuando recibí el paquete, me extrañó que no figurara remitente. Sin embargo pensé que era de mi amigo de la mili, con el que compartía los bollos que le mandaban sus padres. De hecho, no era tan descabellado, teniendo en cuenta el significado de Halloween en Irlanda, toda una tradición de su país natal, donde había que elegir «dulce o travesura», y que los amigos de la mili no se olvidan jamás».

Aquel dulce que recibió Douglas no fue una travesura, sino una amenaza dispuesta a convertirse en peligro mortal. El paquete se lo habían mandado personas escurridizas que, creyéndole cómplice del chivatazo de Rómulo Cholo, pensaron que había descubierto el plan y por ello querían ajusticiarle por su cuenta.

Días más tarde, los vecinos hablaron sobre el futuro de Douglas y le insistieron que volviera. Esta generosidad, a pesar de todo lo que había pasado, le conmovió y tomando conciencia de que hay muchas personas que necesitan ayuda para superar momentos difíciles, quiso tener un acto de solidaridad con ellas. Solicitó un listado de residencias de ancianos, se interesó por sus proyectos y consultó el nombre de sus directivos, curiosamente entre ellos se encontraba el apellido Balbuena, que era el apellido de su amigo de la mili. Finalmente Douglas, localizó a Georgina Balbuena, directora de la Residencia *Villa Geros,* leyó su perfil en *Facebook* y al ver los objetivos vanguardistas de su institución, se entrevistó con ella antes de ponerse en acción.

Douglas muy motivado por colaborar en una obra social, decidió ahorrar una parte de su pensión, nombrando al centro beneficiario de este dinero que fue entregado a Georgina, tal y como él dejo escrito en su testamento. Un emotivo efecto *boomerang* que devolvía los actos de bondad de las personas, socorriendo a sus semejantes en situaciones difíciles, sin recibir nada a cambio, como una cadena de favores.

Esta historia está inspirada en el sonido de la trompeta, un instrumento donde el viento pasa por estrechos cilindros de metal y como una ola vibra y se expande al salir por su campana. Es señal de alerta y apela a la victoria, su cadencia melódica invita a disfrutarla en toda su dimensión.

Capítulo 17. La tuba

Los novios eternos

Amor, el mejor aliado para realizar los sueños

El amor del más paciente
no es colorín colorado,
pues el amor siempre triunfa
siendo pareja o casado.

XVII

En muchas ocasiones, el despertar matutino de Clarisa era descorrer las cortinas y dejar que entrara la luz a través de los visillos. Esto mismo lo hacía cuando llegaba a la habitación de Paca, una señora que se alojaba en la residencia en el mismo pasillo que ella y quedaban a menudo para desayunar juntas.

Clarisa conocía la historia de las cortinas de Paca y el perfume que esparcían era un aroma que avivaba los recuerdos. Paca fue adoptada de bebé por la aristócrata doña Catalina, para alegrar su reciente viudedad. El deseo de Catalina fue ofrecer a esa niña una vida más agradable, pero cuando la ancianidad le fue pisando los talones, temió envejecer y en su egoísmo sacrificó la vida de Paca a su recia voluntad.

Paca, una niña modelo y estudiante ejemplar, que hizo sus pinitos sanitarios de Puericultura en una maternidad de auxilio social llamada *Casa de la Madre*, donde ella había nacido. Atendía a mujeres embarazadas que no disponían de recursos. Algunas, sobre todo las más jovencitas, daban en adopción a los neonatos, y nada más salir del vientre de sus madres los separaban. Paca estaba allí como ayudante de las enfermeras y matronas para aliviarles los dolores de parto, sin embargo, su dulzura era para muchas de ellas el talismán amortiguador, donde las parturientas desfogaban las contrariadas emociones que afloraban al saber que, a partir de ahí, el bebé sería de una extraña. Una mujer que no lo llevó en el vientre ni sintió sus patadas ni le dio la leche de su teta y, sin embargo, la llamarían madre.

Por entonces, el centro era un edificio más bien lúgubre y el grosor de sus paredes guardaba el intrigante oscurantismo del anonimato, aunque de un tiempo a esta parte Rosaura, la bibliotecaria, clasificaba con especial empeño los expedientes de los bebés nacidos en aquel lugar, con la idea de que todos tenían derecho a conocer sus orígenes biológicos con nombres y apellidos.

Con el tiempo, la institución se hizo eco de los avatares clínicos, abriendo varias salas de Pediatría, quirófanos con anexos a sala de neonatología y presupuestó el material para tecnología punta. Ellos avances cambiaron el enfoque del centro y por ende modificaron el nombre de *Casa de la Madre* por *Casa de la Madre y el Niño*. A los pocos días de su inauguración, llegó don Cristóbal, cuya cercanía humana con todo el equipo y pacientes le valió el apodo de Crispín.

Después de coincidir en varios turnos, Paca y Crispín comenzaron a tener encuentros románticos, sin importarles la presencia de doña Catalina. Sin embargo, el mágico Cupido empezó a darles tanto amor y romanticismo que respetando las normas tradicionales, Crispín formalizó su noviazgo con la pedida de mano.

—¿Perder yo a mi hija? De eso nada. «Ni hablar del peluquín» —saltó doña Catalina descompuesta por la sorpresa.

—No va a perder nada, pues va a ganar un hijo y además un médico gratis para sus nietos —le contestó Crispín jocosamente.

—¡Lo que me faltaba! ¡Todavía no tengo edad para ser abuela! —añadió doña Catalina obviando sus casi ochenta años.

Aquel primer intento, de alejarla de su hija, fastidió mucho a doña Catalina y elucubró una estratagema para que no siguiera adelante. Empezó a agobiar a Paca, exagerando sus males para apresurarla a casa después del trabajo, y con esta prioridad los jóvenes anularon muchas de sus citas. El tiempo iba trascurriendo, la situación era cada vez más exigente, pues doña Catalina fue sometiendo la docilidad de Paca en una espiral de abuso y chantaje emocional de que le debía todo lo que era. Este

maltrato subliminal afectó a Paca al punto de transformar su personalidad, preocupando a quienes tenía a su alrededor, por sus cambios bruscos de humor, su tristeza y susceptibilidad con risas incontroladas. Crispín, convencido de que todo eso venía produciéndose desde que él confesó a doña Catalina su amor por Paca, se personó en el palacete para aclarar las cosas. Pero la actitud de doña Catalina, y la de Paca totalmente pegada a sus faldas, le quitaron las ganas de luchar por aquella relación, por lo que decidió hacer un punto y aparte frente a sus anhelos y solicitó trasladar su expediente a un pequeño Hospital materno infantil, lejos de todo lo que le recordara a Paca, aunque nunca llegaría a olvidarla.

Con el tiempo, propusieron a Crispín dirigir una fundación de investigación en el ámbito de la ética y centro de referencia nacional para la protección a la infancia, certificando e internacionalizando las filiaciones adoptivas, que se iniciaron con la denuncia de Jean, un ciudadano de 62 años que había sido un bebé subrogado y quería conocer a su madre biológica.

Rastreando los expedientes de la *Casa de la Madre y el Niño*, Crispín se iba encargando de vivificar el pasado y las buenas vibraciones le conducían al origen de los casos. Trabajó sin éxito con la bibliotecaria Rosaura, hasta que revisaron la documentación que se guardaba en la caja fuerte, donde apareció el expediente de un parto gemelar cuyos bebés murieron al nacer, su madre era Dña. Catalina Rigoberta Ciruelo del Río. Por otro lado, Rosaura leía el expediente de un bebé nacido por cesárea, su madre biológica, una jovencita de quince años ingresada en estado de coma por un accidente automovilístico, era intervenida cuando su embarazo no había llegado a la semana 32. El recién nacido, de nombre Juan, estuvo en la incubadora antes de ser acogió por la familia Damon que le bautizó como Jean.

De repente la bibliotecaria Rosaura se emociona y recuperando la memoria, aún borrosa por el tiempo como un día

nublado, contrasta las fechas y rememora el suceso: «Antes del accidente estaba embarazada y al despertar del coma ya no tenía bebé». Con el expediente ante el juez, las pruebas de ADN y la ley mendeliana apoyando el daltonismo de Jean le certificaron como hijo biológico de Rosaura.

El éxito legal de haber resuelto la demanda animó a Crispín a seguir investigando los casos de adopción, presentó apelaciones ante el Tribunal Europeo y todo ello le dio más empuje para recuperar a Paca. Sin embargo, ya más sabio que aprendiz la emplazaba a escondidas de la madre hasta que los pilló y más cabezona que nunca, maquinó la jugada maestra. Su idea era accidentar a Paca, para que sus secuelas no la hicieran atractiva como esposa, y de este modo la mantendría por siempre a su lado.

Ocurrió aquel domingo, que doña Catalina fingiendo haber bajado la guardia y dispuesta a romper el maleficio de los novios eternos, consensuó con ellos la ceremonia de pedida. Crispín, emocionado en la puerta, antes de tocar el timbre, se ajustó el nudo de la corbata y colocó en su solapa una rosa roja, a juego con el ramo que había comprado para Paca. Cuando Paca entreabrió la puerta, con el pestillo echado, Catalina la empujó contra la madera clavándose el pivote de la cadenita de seguridad en uno de los ojos. Tal fue el grito de dolor, que los vecinos alborotados llamaron a emergencias, mientras Crispín consiguió echar la puerta abajo para socorrer a Paca, hasta que llegara la ambulancia.

Entonces fue cuando doña Catalina, alarmada por si adivinaban que tal incidente había sido provocado, intentó librarse de la culpa repitiendo una y otra vez: «¡No sé qué está pasando, fuera de mi casa!». No obstante, en aquella ocasión le salió el tiro por la culata, pues la denuncia de Crispín, firmando que había sido un acto premeditado, puso en antecedentes al juez y en sentencia firme el mazazo de la ley dispuso el ingreso de

doña Catalina en un hospital psiquiátrico donde murió. Entretanto, Paca que había renunciado al amor de Crispín, aún con su negro parche en el ojo izquierdo, confeccionó unas cortinas con el traje de novia que tan celosamente tenía guardado. Un tejido con el que se envolvía a menudo y daba mayor placer a las historias oníricas sobre Crispín con las que soñaba.

Al poco de morir doña Catalina, un envejecido Crispín rondó la casa de su amada y al ver aquellos visillos, parecidos a la tela de un traje nupcial, no perdió la esperanza. De hecho, cuando Cupido le puso a prueba por enésima vez, Paca, también anciana por el paso del tiempo, desenganchó de la barra aquellas telas que volvieron a ser traje de novia.

En un atardecer de verano, los dos viejitos sellaron su amor ante el rústico altar de aquella pequeña ermita del cementerio donde estaba enterrada doña Catalina. Mientras actuaban de testigos Rosaura y su hijo Juan, quien se encargó de fotografiar en directo flash, la única foto de la boda. La que estaba siempre encima de su mesita de noche inmortalizando el momento: «Ella, tan elegante, con parche negro en el ojo izquierdo, va vestida de organdí con cuerpo brocado de color blanco amarillento. Su pelo recogido en un moño alto, donde lleva prendido el velo de delicado tul, que también amarilleaba pálido a la claridad. El novio, con un clavel en la solapa, no dejaba de mirarla, eternamente enamorado de ella».

—El amarillo es el color de la inteligencia —le descubrió Rosaura a Paca el día de su boda.

Ya unidos, sin que el azar hiciera más de las suyas, Paca y Crispín sintieron que nunca están de más los finales felices. A la salida de la iglesia, les esperaba la luna y bajo su manto, se dieron un beso tan improvisado como audaz. Los novios depositaron el ramo sobre la lápida de doña Catalina Rigoberta Ciruelo del Río, pues era lo más piadoso que podían hacer por ella. Una docena de rosas blancas que sugerían el mensaje: «Te amo por completo

con un amor puro e inocente». Eso sí, tal mensaje se lo llevaron a casa para siempre. De pronto, una lluvia de estrellas disparó sus particulares fuegos artificiales y la tanda de arroz halagó a Paca de Éboli, como la princesa más dichosa del mundo.

Esta historia está inspirada en un instrumento de viento y metal llamado tuba, que se toca soplando por la boca. Tiene como antecedentes el serpentón, donde su forma de serpiente nos recuerda a la mezquindad con la que actuaba doña Catalina. La tuba es de los últimos instrumentos que se incorporaron a la orquesta sinfónica, está el último de la fila y es el más grande de la familia de los aerófonos. En manos habilidosas, es capaz de cubrir un amplio campo de sonidos. Su timbre es oscuro y retumba con fuerza como lo hace la mala conciencia. Es maravilloso escucharlo, se caracteriza por ser muy pesado y lento a la vez, como la perseverancia en conseguir lo que nos propongamos. Ofrece un buen soporte armónico que hace inolvidables las grandes melodías, como fue no haber podido destruir la felicidad de Paca.

Capítulo 18. La gaita

El caserón de Pochi Blanca

El amor hacia los animales de compañía

Te asombras de la ternura
que siento por los animales,
pero ellos no deben ser los únicos
que espanten todos mis males.

XVIII

Aquel matutino domingo, Luciana se levantó especialmente animada y, finalizado el aseo, Charlotte se la llevó al comedor para desayunar. Con la mirada fija en el mural donde se incluían las láminas artísticas, no paraba de balbucear para que la cuidadora la acercara a ver los dibujos. Al señalar, con insistencia, un cuadro donde estaba pintado un jardín, Charlotte se dio cuenta de su deseo y echándole un chal por encima de la bata salieron al jardín, donde otros residentes ya estaban con sus familiares, para participar de la sorpresa que Georgina les comunicó que tenía preparada a todos.

Cerca, un pequeñín que se entretenía botando una pelota se le escapó y de improviso la lanzó hacia Luciana; ella la detuvo para devolvérsela, e iniciaron un juego. Al principio, el pequeño se limitó a tirar la pelota, pero cuando tuvo ganas de palique se acercó a Luciana y, al comprobar que solo balbuceaba y que apenas podía articular palabras, el niño afligido fue corriendo a decírselo a sus padres.

—Esa señora habla raro, algo le pasa en la garganta, igual está en peligro —dijo asustado el chaval, recordando una vez que él se había tragado una canica.

Esta observación conmovió a Clarisa que estaba sentada al lado de aquella familia, pues ella también creyó durante mucho tiempo que lo más sencillo y habitual para relacionarse con los demás era utilizar la voz. Así que, para tranquilizar al niño de aquella impresión que le había causado Luciana, Clarisa culeó hacia ellos y dirigiéndose al pequeñín se inventó una historia.

—Sabes que... el duende de las palabras hoy está perezoso y solo las dice a medias —le dijo Clarisa.

—¡Pues vaya morro! Cuando yo no quiero hacer una cosa, mis papás insisten hasta que lo hago —respondió el chaval.

—Ya, pero este duende es muy saltimbanqui y no lo puedes pillar fácilmente para que complete las frases de la señora —añadió Clarisa.

De pronto los padres del chaval la miraron sonriendo y acariciando la cabeza de su hijo apoyaron lo que le decía Clarisa. Al poco rato, llegó Isabela con su aro de plástico *hula hoop* y con la gatita Menta en brazos, achuchando a Clarisa con muchas ganas.

—Es mi yaya —aclaró la nieta al nuevo amigo que se había echado Clarisa.

—Claro, preciosa, tú eres mi princesa y la niña más guapa del mundo —la aduló la yaya agradeciendo su visita.

Esta puntualización llenó de orgullo el pequeño ego de Isabela y facilitó la relación con su nuevo amiguito. De hecho, la privilegiada espontaneidad de Isabela fue providencial para el aburrimiento del muchacho y sobre todo la gatita Menta que buscando las carantoñas de ambos chavalines, se dejó hacer muchas «perrerías».

—¿Te enseño el truco que le he enseñado a Menta? —dijo Isabela al chico.

—Vale, pero los gatos no saben hacer trucos —contestó el chaval muy convencido.

Entonces fue cuando Isabela puso el aro a la altura de la gatita y nunca mejor dicho, Menta entró por el aro provocando una contagiosa risa a toda la gente que los estaba mirando. Al rato sonó la campana de la capilla y mientras los padres del chico se quedaron al cuidado de ambos pequeños, Angélica llevó a Clarisa a la misa.

De repente, Clarisa y Angélica se dieron cuenta de que alguno de los feligreses llevaba el uniforme de la protectora de animales. Además, advirtieron que casi todos los residentes tenían una mascota y al preguntar el porqué de aquello, Charlotte les dijo que era el día de San Antón patrón de los animales.

—Esta es la sorpresa que les teníamos reservada —aclaró Georgina antes del oficio.

—¡Bravo, Bravo! —aplaudieron los fieles.

En realidad, días antes de San Antón, la directora que ya había experimentado los beneficios que la terapia asistida con animales aportaba a las personas con alguna dificultad y discapacidad, se puso en contacto con la protectora de animales. Les expuso la brillante idea de instaurar este tratamiento para promover la estimulación sensorial, motora, cognitiva y emocional en tales deficiencias. Por ello había recurrido a ellos pues observando en vivo y en directo, si la presencia de los animales no era rechazada tanto para los ancianos como familiares, podría llevar a cabo, o no, el taller.

De hecho, la mayoría había crecido en compañía de animales domésticos y sabían con qué facilidad se convierten en parte de la familia haciendo mucho bien a sus dueños. En el día a día, acompañan y obligan a la caminata para tener buena salud, están a los pies del más débil de la casa sin separarse de su lado y no olvidan su zalamero saludo apenas barruntan la hora de su regreso laboral o recreativo. Al mismo tiempo, cuando ya no están, los dueños pueden seguir percibiendo sus recuerdos y olores, pues son aromas que se recrean por los ratos pasados juntos, aunque nada dura para siempre.

Así pues, concretaron cuántos animales llevarían a la residencia, pues no todos los yayos estaban en condiciones de cuidarlos. No obstante, para sintonizar la sorpresa, los debían entregar a las cuidadoras el mismo día antes de entrar al culto y ellas ya se encargarían de dárselos a los ancianos. De todas, la

que acogió más encantada su mascota y quien dejó a las cuidadoras más boquiabiertas fue Luciana. Más aún, con la maña que se daba contravino a quienes pensaron que, la ataxia de aquel trastorno neurológico que le dejó alteraciones en la movilidad y en el habla, no la dejaría disfrutar de aquella tarea tan grata e inesperada.

Verdaderamente, Luciana acogió con gran ternura al caniche en su regazo, cepillándole el pelo o dándole el biberón ella misma, mimándolo todo lo que pudo, lo que disminuyó la torpeza de sus manos al cepillarle el pelo o dándole el biberón. También transformó drásticamente las líneas de expresión de su rostro cuando el perrillo movía el rabillo e incluso aminoró la flojera de sus piernas cuando le dio un corto paseo por el jardín con la cuidadora. Así mismo se la entendió bastante cuando le dijo al despedirle «si no vienes a visitarme, te echaré de menos y preguntaré por ti».

Luciana, era una mujer sin familia que había llegado a la Residencia rescatada de sus miserias y lo hizo desde el hospital donde pasó varios meses. Estaba acostumbrada a tratar con animales y de hecho, varios años antes de su jubilación, se rodeó de ellos pues pasaba gran parte de sus días libres en la clínica veterinaria que se instaló en el bajo del edificio donde vivía.

Sus dueños le enseñaron como detectar los sonidos de diferentes tipos de animales y sus conductas para saber actuar en situaciones de alarma, angustia, alegría. Un aprendizaje que para muchos de sus compañeros de trabajo era una tontería y le hacían burla con irrespetuoso cachondeo. Al principio a Luciana le molestaba cuando le decían: «¿desde cuándo los perros tienen estrés?», «¡no me fastidies que un animal puede estar deprimido!», «¡ya te vale gastar dinero para operar a un gato!» y sobre todo cuando interpelaron el duelo de su perrita Cocó con el comentario: «qué chaladura llorar porque se te ha muerto el perro!...»

Al tiempo, tanta mediocridad quebró su aguante y vacilándoles les dijo: «hasta luego, Lucas», escapándose hábilmente de su censura. Sin embargo, como seguían con el reiterativo: «dale que dale hasta no dejar títere con cabeza», le generó una perturbación psicológica llamada antropofobia (trastorno de ansiedad social) y en tal retiro, Luciana se alejó de la gente y se hizo aún más amante de los animales.

Cuando se jubiló del trabajo, Luciana apostó por no envejecer en el asfalto de la ciudad, sino que eligió un plantío rodeado de prados silvestres. Así que, puesta al día con las inmobiliarias, mejoró la oferta del Caserón de Pochi Blanca y compró aquella casa rústica, en muy buen estado, con el aspecto montañés que había idealizado.

Luciana llegó a su nuevo hogar con muy poca mudanza y se quedó desconcertada cuando vio que la puerta estaba medio abierta. Nada más entrar, vio que la casa estaba ocupada por unos inquilinos muy particulares: perros y gatos que se habían acomodado en todos los rincones de la casa, incluida la buhardilla. Como Luciana estaba tan familiarizada con el mundo de los animales, tal arca de Noé no le supuso contrariedad alguna e incluso asumió el bienestar compartido de buena gana.

De hecho, lo primero que hizo fue retirar un ahuyentador de pájaros que alguien había colocado en la pared de la entrada. Seguido ahuecó algunas almohadas esparcidas por el suelo para que los cachorros recién nacidos no estuvieran tirados en el suelo y ya más reposadamente, se instaló en el único dormitorio que permanecía cerrado. Sin embargo, al ver aquel nuevo espacio, cálido, tranquilo, solitario, una de las gatas entró allí para su parto y al poco rato, el maullido de varias crías de mininos, los acoplaron definitivamente en la alcoba.

Si bien al principio Luciana regulaba muy bien el cuidado de los animales, al cabo de varios meses se sumaron al coto otros menos domésticos, que acudían al Caserón de Pochi Blanca bus-

cando techo, comida y agua. Luciana cargaba los víveres desde la tienda al Caserón, pero como aquellos animales no dejaban de criar, acabaron con las provisiones almacenadas y también multiplicó los gastos de vacunas o desparasitación que llevaba a cabo por prescripción de sus amigos veterinarios. También ocuparon casi al completo la vivienda y relegando a Luciana en un pequeño rincón canturreando ella sola, partiéndose de risa «En el arca de Noé, caben todos, caben todos, en el arca de Noé caben todos menos usted».

Al mismo tiempo, los pelos, plumas y excrementos acumulados convirtieron al Caserón de Pochi Blanca en un lugar tan insalubre que, en la última entrega de comida, el dueño de la camioneta se despachó de tal compromiso. Este inconveniente impulsó a Luciana a desplazarse a las casas de la vecindad para que le trajeran la comida que no podía cargar desde la tienda hasta que el exceso de gastos finiquitó con sus ahorros así como la pensión a la primera semana de mes y para compensar tal falta rebuscaba en los cubos de la basura alarmando a los vecinos al punto de hablar con ella para quedarse con alguno pero no todo aquel zoo. Sin embargo, al llegar al Caserón, Luciana se rebeló en su contra y los echó de su propiedad amenazándoles con un palo.

—¡Allá cuentas! —consensuó el grupo, con tal de no resultar heridos.

Aunque los vecinos daban por supuesto que la pobre había perdido el juicio y debían seguir ayudándola, aquel enfrentamiento distanció su colaboración excepto la de dos mujeres que al poco tiempo fueron acogidas en una residencia de nombre *Villa Geros*. Por si fuera poco, la escasez de comida provocó desnutrición a los animales y a pesar de las interacciones amigables entre especies distintas, la convivencia en aquel espacio cerrado se deterioró. De hecho, confrontaron varias peleas y cuando Luciana quería separarlos la llenaban de mordeduras,

arañazos o picotazos, aunque tal ambiente de estrés nunca se le fue de las manos.

La llegada del invierno con fuertes lluvias, granizo y nevadas atípicas en aquel paisaje aisló a los habitantes de la zona. La impotencia de no salir a por comida para sus «bichillos», como ella les denominaba, desequilibró su estado mental con brotes psicóticos. A lo primero, eran delirios y alucinaciones hasta que un ataque de pánico le desató la locura de salir a excavar entre la nieve buscando alimento natural. Entonces fue cuando uno de los vecinos que estaba fotografiando el paisaje la vio como algo inerte rodeada de muchos animales que husmeaban y piaban a su alrededor. Sin perder tiempo, avisó al equipo forestal que subido en las máquinas quitanieves, desviaron su ruta hacia el Caserón de Pochi Blanca e iniciaron las tareas de salvamento reanimando a Luciana.

Esta actuación también puso en marcha la alarma sanitaria de que las condiciones de aquel Caserón eran un riesgo para la Salud Pública. De hecho, después de llevarse a Luciana al hospital y a los animales a la protectora, se desinfectó toda la finca antes de sellarla definitivamente. Luciana fue trasladada a la actual residencia.

Esta historia está inspirada en el sonido de la gaita que preserva la tradición del olvido, despierta sentimientos arraigados a las tradiciones y transmite la forma de sentir autóctona. El modo de vida de Luciana se fue alejando de otras realidades, se intensifico excesivamente, centrándose únicamente en el valor hacia los animales. Sin darse cuenta que el cariño hacia un animal no debe conducir al Síndrome del Arca de Noé que es la obsesión de tener muchos animales sin la seguridad de un control veterinario, vacunación reglada, limpieza adecuada de su hábitat.

Capítulo 19. El arpa

Mi dulce Agripina

El abuso sexual en la ancianidad

El afán indecoroso
de consentir lo prohibido,
desafía los derechos
pues los tuyos, son los míos.

XIX

Aquel viernes, Agripina se levantó revuelta de la siesta y le faltaba uno de los cristales de las gafas. Clarisa pensó que lo habría perdido y, al no ver con nitidez, le pareció normal que tanteara todo lo que estaba a su paso. Tampoco le extrañó que se agachara más que de costumbre para sentarse en la silla y que no rechistara nada en la merienda. Sin embargo, cuando terminó, al hacer el ademán de alzarse, Clarisa se fijó que Agripina apoyaba temblorosa las palmas de las manos casi al borde de la mesa y le insistió que asegurara el equilibrio con la ayuda de una cuidadora.

En un santiamén, Loreto acudió en su ayuda y, pensando que colaboraría, se limitó a auparla cogiéndola del brazo. No obstante, a la de tres, Agripina cerró los ojos, apretó la mandíbula y no pudo impulsar el movimiento. Así que la cuidadora la dejó descansar unos minutos y mientras se ocupaba de las demás Agripina lo quiso intentar sola, pero no pudo conseguirlo y cayó a plomo sobre la silla.

—Ayúdame tú —le pidió Agripina a Clarisa.

—Ni se os ocurra —interrumpieron Loreto y Charlotte a la vez.

Con mucha paciencia, las cuidadoras, Clarisa y también Charlotte que acababa de sentar a las residentes más dependientes, levantaron juntas a Agripina. Sin embargo, sus pasos inciertos no terminaban de enderezar la marcha y en tal inconveniente, la cuidadora Loreto siguió con ella, andando hacia el jardín hasta que Agripina se pudo valer sin ayuda. Al poco rato

de estar sentada en el banco con Clarisa, le indicó que fuera a buscar sus segundos anteojos y cuando los tuvo bien puestos, con las patillas encima de las orejas, ambas se pusieron a charlar.

—Este reuma me tambalea las manos y tiro todo al suelo, pero hoy, además, se me ha fijado en la espalda atizándome unos latigazos de mucho cuidado —disculpó Agripina las torpezas de aquel día.

Más tarde se escuchó el timbre y, acompañadas del brazo, entraron en el taller donde Charlotte organizó grupos para realizar las actividades. A Agripina le tocó el taller de memoria con un entretenido *pasapalabra*, sin acertar ninguna, pero le hubiera dado igual cualquier otro taller porque estaba *missing* (ausente) y como se suele decir en estas ocasiones: «no hizo ni el huevo».

La cena transcurrió tranquila y ya con más agilidad que en la merienda Agripina se retiró a la cama hasta el día siguiente.

En el desayuno, Agripina ya recuperada de sus contracturas, se fijó en el calendario del comedor y, cotejando con Clarisa que era jueves, se puso un poco nerviosa. De hecho, pidió a Charlotte las pastillas que le habían prescrito para cuando estuviera más ansiosa y se tomó la dosis. Casi a la par, dejó de conversar con Clarisa y como si su cabeza diera vueltas como las manecillas del reloj apresurando los minutos, cambió el gesto de su cara. Entonces Clarisa, respetando su privacidad, la dejó a solas y fue a recepción para que le dieran papel de cartas, pues quería escribir algo que se le estaba ocurriendo.

A la hora de las visitas, llegó el concejal del Ayuntamiento recién jubilado con la medalla de honor de muchos méritos y como siempre preguntó por Agripina para pasear juntos. Todos envidiaban a Agripina, pues aquella relación tenía toda la pinta de ser un pequeño noviazgo y a su edad era un regalo de veras.

—Este señor tiene muy buena planta, pero demasiado preocupado por su aspecto físico, es un narcisista, dicen que se pasa muchas horas en el gimnasio —comentaban algunas residentes.

A la mañana siguiente, en el taller de música, Petra, que era una granujilla, no paraba de guiñar el ojo a Agripina para que les cotilleara cómo era aquel galán de apasionado y caballeroso. Sin embargo, como no entraba al trapo, la sonrojó diciendo en alto: «Tienes las hormonas revolucionadas, querida, aprovecha este milagro». Esta observación impactó mucho a Charlotte y aún con su prudencia habitual, quiso conocer el porqué de este comentario así que cuando finalizó el taller le preguntó a Petra a qué se refería.

—He visto una bolsa de compresas en su cuarto, como si tuviera la regla —le dijo Petra.

Entonces Charlotte pensando que era una broma, le rio la gracia y al verse jaleada, Petra siguió enredando en más de lo mismo.

—También sé que el otro día, su galán le dio una caja y ella la guardó a escondidas en el neceser —añadió Petra maliciosamente.

—¿Qué crees que había dentro? —le contestó Charlotte, siguiendo de buen rollo.

—Cuando fui a darle las buenas noches, me dijo Agripina que le habían regalado algo sexi —le dijo Petra.

Al pronto Charlotte se sorprendió de la precisión de Petra, pero creyéndolo como una de sus muchas invenciones, no le dio mayor importancia y lo pasó por alto. El día de autos era jueves, San Valentín, y el concejal llegó con un gran ramo de rosas para su amada Agripina, pues estaba muy entusiasmado con ella. Como era habitual, Agripina se vistió *vintage* para pasear romántica con su galán hacia el banco del fondo del jardín y mimando el encuentro con el acostumbrado lenguaje del abanico de puntillas blancas que sacó de su bolso, disfrutaron de sus momentos a solas.

En un periquete, se perdieron por el muelle de carga donde los camiones recogían y descargaban los comestibles de la resi-

dencia accediendo a la habitación de Agripina, donde consumaron el acto sexual. Pero la casualidad quiso que aquella tarde, Petra estuviera en la habitación de al lado racaneando unos minutos más de siesta y pared con pared oyera los gemidos de ambos. Entonces fue cuando sin pudor alguno, abrió la puerta cazándoles infraganti y alertando a las cuidadoras con el timbre de emergencia que había en la pared, no dejaba de machacar al concejal gritándole: «esto no es un picadero, somos viejas pero decentes», hasta que escapó zumbando por la rampa del muelle.

Cuando Georgina y Charlotte llegaron a la habitación vieron a Agripina medio desnuda sobre la cama. En el suelo, un conjunto de lencería, un consolador manchado de sangre y sobre la sabana bajera, un pañal con restos de semen.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte a Agripina.

—No he hecho nada, nada malo —contestó Agripina avergonzada.

—Tranquila —insistió Georgina mientras la tapaba con la sábana encimera.

En aquel justo momento, Charlotte se sentó con ella y Georgina, recordando lo que había insinuado Petra, pidió permiso a Agripina para abrir los cajones. Efectivamente en uno de ellos encontró varios paquetes de compresas y toallitas desechables. En la papelera también halló una bolsa de plástico con algún *tampax* manchado de sangre. En seguida, ambas cuidadoras llevaron a Agripina a la enfermería donde se le realizó una detenida exploración y toma de muestras. Agripina tenía varios hematomas en la zona del abdomen, chupetones y desgarros tanto genital como anal.

—Tranquila querida, no te sientas culpable de ello —insistía Georgina indignada con el concejal.

Esta pillada, fue el primer paso para que Agripina dejara de encubrir las otras agresiones sexuales que el concejal tuvo con ella y contara lo que guardaba con tanto hermetismo.

> «Cuando estábamos solos me tocaba mucho. Al principio yo le decía que no equivocara la idea de una amistad con el amor, pero él no paraba de magrearme. Se esforzaba por ser romántico haciéndome muchos regalos, pero al final, todos los jueves desde hace dos meses, íbamos por la puerta de atrás, subíamos la rampa del muelle de carga y lo hacíamos en la habitación. Yo le decía que parara porque me hacía daño, pero él seguía penetrándome sin hacerme caso. También me dijo que no lo dijera a nadie porque si se enteraban me echarían de la residencia y como sabéis yo no tengo adónde ir.»

A continuación, Agripina miró los ojos de Georgina y viendo la grima que le estaba produciendo el hecho de no haberse dado cuenta antes, le dijo: «no podías hacer nada, el concejal es un refutado señor y yo solo soy una anciana».

A los pocos días, Agripina dejó de sentirse intimidada por lo sucedido y denunció las agresiones con los artículos manchados de sangre o semen, que Georgina había guardado por si acaso llegaba este momento. El rigor de los resultados del ADN en las muestras obtenidas superaron las marcas que el concejal había dejado en el cuerpo de Agripina y echó por tierra las argucias de este, signando la versión de la anciana como «boberías de vieja».

Sin embargo, lo más canallesco fue cuando Agripina recibió un sobre en cuyo interior había vídeos y fotos pornográficas tituladas *Sexo senior a partir de los setenta,* con una dirección de internet. La imagen de Agripina que era el objetivo de la cámara estaba muy clara, pero la del concejal estaba oscurecida, aunque reconocible y más aún con el tatuaje personalizado que tenía en el glúteo derecho.

Cuando Agripina entregó el sobre a la directora estaba aterrada. Sin embargo, la embestida de apoyo que tuvo de Georgina la fue calmando y no podía ser menos pues, después de lo que había pasado, la directora ya había visualizado el contenido en la red. Así que seleccionó el mejor mensaje para reiterarle que no se sintiera consentidora ni cómplice de los abusos sexuales a los que fue sometida. Las imágenes fueron retiradas de internet y Agripina dejó de ser un objeto sexual en la red y un *leitmotiv* de los pervertidos que aprobaban la extorsión con la que amenazaba el concejal a su víctima si se negaba a ello.

La sentencia de cárcel para el concejal fue inapelable y también la retirada de todas las condecoraciones honoríficas que le llenaban tanto el uniforme como las vitrinas de su casa.

Mientras tanto, el tiempo barría la juventud del cuerpo de Agripina y la infección sexual irreversible que le había transmitido su violador. Desde las lesiones genitales, donde permaneció latente unas semanas, llegó a la sangre e hizo tan insoportables los episodios de fiebre que la dejaban baldada transformando su apariencia.

A la semana siguiente el estado de debilidad de Agripina empeoró y llegó el momento en que apenas articulaba palabra. Así que creyendo que ya era un signo de desconexión con el entorno, no querían invadir su espacio, hasta que Georgina les dijo: «Agripina está oyendo todo y se entera de todo». Entonces cada uno se fue despidiendo de ella a su manera y Clarisa lo hizo con el manifiesto que escribió en aquel papel dejando a todos asombrados:

> «Lo realmente importante en la violencia y el maltrato es lo que no ve ni se dice, lo que no se denuncia, sino lo que se esconde, por ello se habla del iceberg del maltrato. La punta del iceberg es lo que conocemos porque asoma. Las estadísticas nos dan cifras que confirman que el mazacote que está sumergido es el gran desconocido. Los estragos que deja

toda forma de maltrato, afectan a la víctima que directa o indirectamente es testigo del mismo. Es hora de dejar de ser pusilánimes y es el momento para dar esperanza a quienes siguen atrapados en el abuso. No debemos consentir que los agredidos sigan a merced de las aguas bravas del abusador, ni sigan doliendo sus secuelas ni machacados por su recuerdo haciendo caso omiso de su sufrir. Pues si seguimos permitiendo las trampas que embrollan a los inocentes y los embustes de quienes se visten de engañosas apariencias, no podremos reparar del todo el daño causado».

Pocos minutos después, la evolución de la enfermedad descansó la dulzura de Agripina y, sin perder su candorosa estela, se transfiguró en un ángel más en el cielo.

Esta historia está inspirada en el arpa que se apoya en el hombro del arpista y con sus dedos sobre las cuerdas tensadas nos ofrece suaves melodías.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar, abrazar el arpa en una postura erguida es adoptar una posición corporal cómoda, donde el instrumento no pesa y su acústica es grandiosa.

No es bueno guardarse aquello que resulta dañino, es mejor contarlo y expulsarlo, pues los sentimientos mal entendidos no respetan la dignidad del ser humano.

Caminar erguido es un aspecto clave del lenguaje corporal, que denota que la persona se siente confiada y tiene la autoestima elevada.

Capítulo 20. El acordeón

El edadismo

Es de bien nacidos ser agradecidos

Duerme mestiza Eleonora
que los buenos campesinos
tranquilizan los temores,
que despertaron tus pesadillas
de toditos los colores.

XX

Después del paseo, Clarisa se habituó a pasar un rato por la biblioteca haciendo buenas migas con Guadalupe, una residente que el glaucoma la había dejado ciega y a la que solía leer libros. Su entusiasmo era tal, que pronto apodaron a la yaya la profe *Braille,* y tan agradable era oírla que algunos ancianos se sumaron al corrillo. Esta costumbre de leer para otros, además, trajo la ventaja de sacar los audífonos y darles un buen uso, ya que algunos residentes creían no necesitarlos y los tenían escondidos. Para hacer la lectura más atractiva, Clarisa pidió voluntarios para leer a dúo. Entre ellos se ofreció una residente mestiza, llamada Eleonora, que fue locutora del programa *Tiempo de ilusión* cuya audiencia era, en su mayoría, personas ancianas. Y con un despertar precoz les levantaba de la cama apenas asomaba el día. Al leer todos reconocieron su voz.

La historia de Eleonora es muy interesante, pues honra el valor y la fortaleza de su madre, la mestiza María, quien huyó de su país, para que su hija no sufriera el maltrato ni la violencia de género.

La mestiza María entró en España por el puerto de Tarifa y llegó hasta la Ribera del Duero; allí, junto a una pequeña aldea, encontró una cueva donde se quedó a vivir prendada del paisaje y de sus gentes. Recibió la ayuda y generosidad de sus paisanos, que le ofrecían atender a los mayores del municipio y gracias a esto pudo criar a su hija, que se sentía como una niña más del pueblo. Este gesto de normalización multicultural se quedó

muy grabado en la mente y en el corazón de todos sus habitantes, sin empañar el matiz de supervivencia con el valor persona.

Eleonora siempre tuvo un fuerte carácter y sobre todo fue muy enérgica contra el racismo, pues también era oscuro el color de su piel. No obstante, a medida que cumplía años se fue percatando de otros prejuicios como la discriminación por la edad, un fenómeno denominado edadismo que lo trató en su juventud, aunque ahora lo sufría en primera persona. Bien es cierto que los años ralentizaron tomas de decisiones que antes le llegaban con un chasquido de dedos, casi sin pensar, y ahora le costaba un ratito resolverlas. Sin embargo, nunca creyó que reposar una idea fuera un obstáculo, pues muchas personas casi siempre actúan de esta forma y no son ancianas, se trata de personas muy prudentes o como algunos las denominan: *de efecto retardado*. Como fuera, poco a poco su temple de roca firme se iba acobardando, para sentirse arena arcillosa, y ante el contraste fue consolidando en su fuero interno la percepción de sentirse vieja, frágil y débil ante muchas batallas. De hecho, en esta coyuntura se preguntaba cómo habría resuelto ahora la política empresarial de jubilar anticipadamente a Cintia y cómo hubiera animado a Valeriano, cuando estaba en prácticas en aquel bufete de abogados laboralistas.

Cintia era una editora que estaba a tres años de cobrar su pensión, le gustaba su empleo y no quería jubilarse hasta no alcanzar la edad, por eso el bufete donde trabajaba Eleonora dio orden de rechazar la indemnización que le ofrecieron por su prejubilación y negoció una jornada a tiempo parcial. De hecho, no quería aburrir esta etapa de su vida viajando de aquí para allá, sino que quería hacer algo que le hiciera feliz, aunque todavía no estaba segura de lo que era. Al poco tiempo, asumió la responsabilidad de hacerse cargo de las editoras noveles a las que formó para atender a autores con proyectos solidarios, consiguiendo una perspectiva más humanitaria en el trato con

el cliente y unas ventas más exitosas en el mercado. El arraigo de sus enseñanzas lo comprobó cuando ella misma fue autora de éxito en cuentos infantiles y firmó contrato con su antigua empresa. Este enfoque supuso un cambio positivo y sirvió de ejemplo a muchas escritoras que siguieron sus pasos, demostrando que la inspiración y el arte no están vinculados a la edad.

El bufete de Eleonora también defendió los derechos de Valeriano frente la negligencia profesional del médico de cabecera, que antes de darle las recetas comentó en voz alta: «no entiendo cómo en personas tan mayores se mantiene un consumo tan alto de medicamentos, a ciertas edades es malgastar el dinero público». Esta actitud clínica humilló tanto a Valeriano que cuando le sobrevinieron los dolores de estómago no fue a la consulta e intentó calmarlos con la medicación que mejor le pareció. A los pocos días, de haberse medicado por su cuenta, tuvo que ser ingresado de urgencias con grave riesgo para su vida y denunció al engreído médico que le cortó el paso para el cuidado profesional de su salud.

Con el tiempo Eleonora se formó para ser Agente de Igualdad en la protección de los ancianos y tomando mayor conciencia del envejecimiento, ningún estigma pudo con ella. Además, este aprendizaje le fue marcando el trayecto y en cierta medida se adelantó a cómo quería que fuera su vejez cuando le llegara su turno. Impulsó un marketing de compromiso social con la vejez y participó en movilizaciones ciudadanas para que los servicios públicos cumplieran compromisos en el bienestar de los mayores. Ella siempre estaba en primera fila para exigir centros de día, viviendas tuteladas, más ayudas para actualizar los cuidados del anciano en la ley de dependencia y eliminar las barreras arquitectónicas en vías de paso.

Sin embargo, su mayor triunfo fue conseguir que el Ministerio de Bienestar Social prestara asistencia médica a la aldea que la vio crecer, Sepúlveda de la Vega, para que la incluyeran en la

novedosa red de seguridad rural que se estaba implantando en los pueblos de alrededor. Era un sistema de seguridad sanitaria y policial para atender a los vecinos de las localidades rurales que estaban habitadas mayormente por ancianos.

Su interés fue a raíz del verano que había pasado en la aldea tras colaborar en la atención precoz del ictus que sufrió Lucas, un vecino de setenta años. Después de su pronta recuperación, se dio cuenta que la atención inmediata era clave y emplazó a sus paisanos a la capital para manifestarse todos juntos con la pancarta *Por un municipio seguro*. Esta manifestación caló en uno de los responsables del sistema de Emergencia e invitó a subir una representación de los manifestantes concediéndoles tal petición. Aquel logro despertó aún más la admiración que sus paisanos tenían de Eleonora y con comentarios afines a «lo ha conseguido la hija de la mestiza» al año siguiente fue la pregonera de las fiestas, emocionando a todos con el discurso que grabaron los familiares de Lucas:

> «Agradezco a este pueblo muchas de las cosas que ha hecho por mí y sobre todo por mi madre. Como veis, sigo siendo la hija de aquella mestiza que vivía en la cueva a lo alto de la montaña. La hija de quien bajaba a vuestra casa para pediros comida y siempre encontraba la hogaza que mojaba en el caldo del plato. Sigo siendo la pequeña a la que respetasteis el derecho de la educación como derecho fundamental de todo ser humano y se sentaba en la escuela compartiendo pupitre con vuestros hijos. Soy aquella alumna atenta a las lecciones de la maestra que venía dos días al pueblo, porque no había bastantes niños para escolarizar. Soy la niña que subía al tractor de Vise y Heriberto para coger el autobús municipal que paraba en el pueblo de al lado. La morena que más tarde fue al instituto con los otros doce niños del pueblo porque queríamos saber y aprender más. Siento una enorme gratitud hacia vosotros porque nunca me tratasteis como la

inmigrante incivilizada que mamaba de la teta delante de todos hasta que tuve tres años.

Es de agradecer que no transmitierais a vuestros hijos que yo era el estigma del mal fario pues el número trece era el que me tocaba en la lista de alumnos. Por todo, mi madre y yo nunca nos sentimos tratadas como forasteras ni tampoco culpables de las desgracias que os levantaron ampollas. Me refiero a la muerte del pequeño Isaac que fue atropellado por el carro con el que jugábamos en la era, o del incendio de aquella parcela de secano que repicó todos los campanarios de los pueblos pidiendo ayuda.

Hoy quiero devolveros este cariño a manos llenas y estoy orgullosa de haber colaborado para que tengáis el dispositivo de Emergencias que os dará más seguridad. Sobre todo, cuando os quedéis solos, cuando los veraneantes nos hayamos ido del pueblo, cada uno a su trabajo. Siempre seréis mis queridos paisanos, hoy envejecidos, pero siempre fuertes al paso del tiempo…»

Las ovaciones al discurso no se hicieron esperar y con ellas los abrazos de sus amigos de juventud reunidos aquel día para acompañar tan buena nueva para el pueblo. Como gran parte de ellos, Eleonora se marchó de allí muy joven y aunque ya no tenía a su madre en el pueblo, el arraigo a sus costumbres, siempre doraron el mestizaje heredado de sus antepasados. *La cueva de la negra* se cerró porque la mestiza María bajó a casa de la abuela Fatua y se cuidaron mutuamente hasta que su alma se fusionó con el cielo de Castilla. Un azul cuyo frío coloreaba los amaneceres y las estrellas iluminaban al anochecer como si fuera una alfombra que ascendía hacia Dios.

Años más tarde, los ayuntamientos rurales recibieron ayudas para la repoblación de los pueblos y en Sepúlveda de la Vega se habilitaron casas rurales, limpiaron las calles y remo-

delaron la antigua cueva, como enclave turístico. Una cueva en la que los visitantes se quedaban un rato y se sentaban en la gran piedra moldeada como asiento para divisar toda la planicie. Un escenario natural que mostraba el paisaje castellano en estado puro. Algunas veces con las inclemencias del tiempo sobre sus sembrados y otras veces mostrando su beneplácito con una buena cosecha. Una cueva donde vivieron una madre y su hija rebosantes de la solidaridad de todo un pueblo. Una armonía que se hizo eco en la naturaleza, pues las violetas y amapolas no necesitaron más regadío que el agua de la lluvia, para seguir oriundas en tal terruño, ni tampoco el limonero para seguir dando su fruto.

La instalación del dispositivo de Emergencias en Sepúlveda de la Vega frecuentó las visitas de Eleonora yendo y viniendo al pueblo hasta que los técnicos dieron el visto bueno. Durante su estancia, Eleonora se quedaba en casa de Celestino, uno de los convecinos más ancianos que se ganó la vida como segador de hoz y guadaña. A Celestino se le rifaban todos los pueblos cercanos pues era muy rápido y solo interrumpía su trabajo para rezar el ángelus con los demás campesinos. Además, su alegría animaba la siega con todo tipo de canciones populares y jotas. Aunque la más esperada era la jota de la tía Melitona que ponía fin a la jornada y sacaba a bailar a las espigadoras sin resentirse del cansancio de tantas horas bajo el sol.

Por ello, el día que oficialmente se puso en marcha el dispositivo de Emergencias, Eleonora colgó en el salón de Celestino las dos geniales láminas del pintor Jean-François Millet y que había enmarcado justo para regalárselas. Representaban la comida de los segadores y la siesta, descansando del duro trabajo, *Las espigadoras*, arqueando la espalda. Este detalle no pasó desapercibido por Celestino y sabiendo que la carga que había llevado su madre tampoco había sido liviana, la despidió

diciendo: «Querida niña, ojalá tu madre viera la mujer en que te has convertido».

Eleonora se marchó andando hacia la plaza y de allí al cruce con la carretera principal. Dejó atrás a los que jugaban a la petanca o al frontón, se imaginó las partidas que se echarían quienes estaban en el bar y se acordó de algún chiste de Robustiano. Ya más cerca del cruce, fue saludando a quienes volvían del paseo diario y a los que alzaban el porrón en la bodega. Eleonora miró de lejos la cueva de la mestiza María, mientras las lágrimas fluían de sus ojos negros, humedeciendo su piel oscura, la brisa del viento sonaba en la copa de los árboles que estaban cerca del río.

Esta historia está inspirada en los acordes del acordeón. Un instrumento cuyos sonidos evocan el folklore de un país e impulsa el sonoro en una dirección. La mestiza María se lanzó con fuerza hacia nuevos rumbos y avivó en su hija Eleonora la magia de sus sueños. No quería que se difuminaran gris como el humo que quema posibilidades y tampoco como el que se esfuma quemando los últimos cartuchos sin más.

Capítulo 21. El piano

Toda una vida laboral

La satisfacción del deber cumplido

Ser íntegro y honesto
no son ambigüedades vanas
son cualidades presentes
en el ayer, hoy y mañana.

XXI

Angélica iba muchas tarde a la residencia, para visitar a Clarisa, y se daba cuenta que el estado de ánimo de la yaya, poco a poco, se iba apagando. Una tarde, entrado ya el otoño, regreso a casa bastantes entristecida porque la había encontrado especialmente decaída. Con la mirada perdida, la yaya seguía pasando las cuentas del rosario de nácar que siempre tenía entre sus dedos. Había dejado de ser la mujer polifacética que engarzaba cualquier candonga, con tal de hacer más agradable la vida de los demás; había perdido la generosa sonrisa que afloraba en su cara como gesto inevitable de su mímica. Lo único que conservaba era la dignidad, porque esta no es solo cuestión de principios, sino también de finales.

Georgina, tratando de consolar a Angélica, se acercó para explicarle que tal evolución era propia de la senectud que estaba llegando a su fin y el preludio era la entrada en el laberinto del sinsentido total. A pesar de ello, Angélica no dejó de visitarla, por si tenía algún momento de lucidez y porque lo que el corazón siente no siempre se puede expresar, sobre todo si la cabeza lo olvida, y se consolaba secándose las lágrimas para que la yaya no le notara nada.

Unos días antes de su cumpleaños, Angélica le llevó la polvera y el lápiz labial fucsia que Clarisa le encargó traer el día anterior. De hecho, fue lo primero que le pidió nada más verla. Sorprendida de que lo recordara, al igual que algunas fechas claves, Angélica se lo entregó y después de habérselo dado, la yaya la miró con desánimo, tal vez consciente de que ya no necesitaba

esos objetos para transmitir la valentía que la hizo tan luchadora. Aunque lo que Angélica percibió en aquel momento fue la fragilidad en sus manos, que apenas tenían fuerza para sujetar aquellos objetos, en contraste con el fuego de sus ojos negro que ardían para pedirle un abrazo si descubría que ella estaba a su lado. Como ya le habían advertido a Angélica antes de entrar a verla, Clarisa estaba empezando a quedarse sin fuerza y ya no quería caminar, es como si hubiera "tirado la toalla".

De forma inesperada, alguien dio un grito que puso el vello de punta a Angélica y lo que más le llamó la atención es que Clarisa ni siquiera se inmutara. Georgina le adelantó la novedad más dura que no le había dicho antes. Le puso en antecedentes de que los gritos de sus compañeras ya no alteraban el ánimo de la yaya, porque por las noches se alternaban con los suyos, encajándose ambos indistintamente.

Algunos meses después de aquel oportuno episodio, la valoración psicológica de Clarisa confirmó el declive perecedero de su estado mental y a la par, en visitas sucesivas, Angélica iba comprobando que su suegra también hablaba distinto, intercalando una jerga que a los dos segundos desmemoriaba. Ambas situaciones preocuparon aún más a Angélica y desmoronaron el ánimo que traía aquella tarde. Sin embargo, Georgina dándose cuenta de su bajón le presentó a Lucía, la terapeuta que habían contratado para el taller de memoria y después de conversar con ella se fue más tranquila a casa. Con Lucía, los recuerdos no sentían el dolor del olvido, pues con gran paciencia desmadejaba el ovillo de las neuronas replegadas sobre sí mismas y las convertía en nubes de algodón, donde serenaban el esfuerzo de haberlas forzado en la totalidad del recuerdo, con las emociones más profundas que despertaba.

Durante el envejecimiento es frecuente experimentar una serie de vivencias y cambios que pueden ayudar a la aparición del sentimiento de soledad, que sucede como consecuencia de una

serie de pérdidas que pueden afectar a todos los niveles: personal, familiar y social, por ello es interesante conocer los recursos y estrategias que nos pueden ayudar a solventar esta problemática. A veces las personas mayores piensen que enfermar es una solución para su soledad. Las propias molestias se convierten en el centro de su atención y es la estrategia para atraer a sí a las personas queridas o a los cuidadores profesionales.

Aquella tarde en el taller de memoria, cuando Lucía forzó los recuerdos de Clarisa, percibiendo cierta melancolía en sus gestos y animándola, para que se recostara despacio en el asiento, le preguntó si le incomodaba algo que quisiera contar. En realidad, Clarisa se estaba acordando de una persona, a la que hacía tiempo había perdido la pista, su jefa Kira.

Lucía, tomó este punto de partida y desmadejó aquel recuerdo hasta donde le permitió la mente de Clarisa, que se detuvo en la conocida empresa *Volta Chero*, donde su jefa Kira se mantuvo por la friolera de cuarenta años en el puesto. Durante este tiempo, Kira conoció muchas situaciones de presión sindical a las que tuvo que enfrentarse, pero, al igual que Clarisa que también las vivió muy de cerca, ella contó siempre con el apoyo de un buen equipo. Recordaba con gran nitidez algunos episodios, y sobre todo la frase que escuchó decir a Antonio Gala: «No solo hay que hacer lo que se ama, sino amar lo que se hace», incluso en un ambiente laboral no excesivamente motivador.

> «Kira estaba embarazada de su segundo hijo y se sometió a la democracia laboral de sus compañeras para seguir en el puesto o no. En la tarima del salón de actos, abrí la bolsa de basura que sustituía la urna de votación para que cada uno depositáramos la papeleta del sí o del no. El contaje fue un sí, y aunque satisfecha por el resultado, Kira ya percibió que, a partir de ahí, sus decisiones también se cuestionarían más que antes. De hecho, en estos cuarenta años, incluso las

que se fueron jubilando, todos tuvimos la sensación de que Kira se quedaba porque nosotros habíamos querido. Con el tiempo Kira fue haciendo malabares para contentar a casi todos, pero estar entre las dos aguas: empleado-dirección, no era fácil y en tal desafío, algunas de sus jefas, tensaban su complicidad con el equipo que lideraba, introduciendo cambios no siempre favorables para el bien común. A pesar de lo cual, Kira evitó en lo posible el impacto que hubiera producido en la moral de sus compañeros y recibía en jabato *feed-back* las primeras críticas del cambio, lo que le valió el apodo de la *jefa sindicalista*. Los años fueron dando cera a sus resortes y mucha experiencia en sus relaciones sociales a pesar de dar cancha a los compañeros saboteadores o motivar a los apáticos que solo se incentivaban al correr de las manecillas del reloj. La jefa Kira se esforzó mucho para no estereotipar su equipo en un proclive blanco y negro, sino que lo valoraran a la cultura empresarial de los nuevos tiempos. Con todo, muchas veces su pericia pasó inadvertida por los directores y no había suficientes felicitaciones cuando el equipo conseguía méritos».

De pronto, Clarisa se tomó varios minutos para pensar y se concentró en un suceso que rompió su campechanía. Realmente siempre estuvo resentida con aquella colleja profesional y personal que se llevó injustamente Kira en la sala del tribunal. A pesar de ello, Lucía la invitó a que lo recordara y en un golpe de efecto, la memoria de Clarisa afloró aquel episodio en atormentada hipermnesia.

«La complacencia de Kira con sus compañeros no evitó que éstos la citaran en el tribunal laboral y tuviera que dar la cara por ellos. Sucedió que el gerente de *Volta Chero* negoció con la junta directiva evaluar la productividad de los trabajadores y sin dar opción de cambio ni explicación alguna,

pagaron una prima distinta a los empleados de la misma titulación. Esta diferencia salarial crispó al equipo de Kira, pues salió perjudicado, y calentándose los ánimos unos a otros, imputaron a la jefa como responsable de tal discriminación. Durante el juicio, las falacias argumentativas deformaron la realidad y creando un escenario de medias verdades, el juez dictaminó lo que los demandantes habían solicitado. Este golpe bajo fue uno de los peores tragos laborales de Kira y sobre todo cuando al volver a la empresa los verdaderos artífices de la decisión le dieron la espalda encogiéndose de hombros. De hecho, a partir de entonces, a la jefa se le disparó el reflujo que le habían diagnosticado con vómitos y diarreas que además se cronificó presentándose en situaciones de estrés parecidas».

Llegados a este punto, Lucía invitó a Clarisa que se tomara un descanso cogiendo aire y soltándolo con suavidad, pero Clarisa quería seguir hablando de ello.

«Transcurrido algún tiempo y viendo que el desasosiego de su conciencia moral era un obstáculo para seguir en su línea, Kira presentó su dimisión, pero la llegada de un nuevo equipo directivo, no se la admitió. De hecho, la trasladó, nombrándola jefa del departamento pionero para poner en marcha las nuevas tendencias de gestión empresarial y Kira, volvió a entusiasmarse por el trabajo. Aunque ya no lideraba su equipo anterior, pues sus antiguos compañeros se fueron jubilando y Kira les despidió desde las cristaleras del octavo piso, con sonrisas, lágrimas, y en ningún caso con indiferencia».

—¿Qué fue de Kira? —le quiso seguir sonsacando Lucía.

De improviso Clarisa bostezó como si hubiera despertado de un largo sueño y se quedó en silencio, hasta que mirando a un punto fijo del taller se echó una bonita sonrisa.

—Está allí, es la mujer de los folios y gafas bajadas hasta media nariz —contestó Clarisa.

—Allí no hay nadie yaya —le indicó Angélica contrariada.

—Sí, esta mujer que está leyendo las actas de la reunión de mañana —añadió Clarisa.

—¿Dónde, yaya? —insistió Angélica.

Justo en aquel momento, Clarisa se aturulló y rítmica al balanceo que entretenía su enfurruñamiento, habló en aquella jerga que nadie entendía ni papa. Casi de inmediato, llegó el enfermero Francesco, con la medicación y le acercó las pastillas con el vaso de agua. Entonces fue cuando Clarisa tiró todo al suelo y bramando todo tipo de sonidos, echó a su nuera de su lado.

—¡Vete de aquí, mala puta! —braveaba Clarisa a Angélica desde la silla.

Entonces fue cuando Lucía cruzando el umbral de la pura memorística, se acercó donde indicaba Clarisa, garabateó unos folios y se los dio, aliviando la negatividad que los comentarios de Angélica le habían causado. Seguido, la yaya se echó una carcajada chillona y gritando satisfecha dijo: «¿ves cómo yo tenía razón?». Al momento, retomó el hilo conductor de su jefa Kira.

> «Kira se retiró de la vida laboral, pero no del todo, pues su ingenio siguió vinculado a la empresa y en beneficio mutuo. Su veteranía y creatividad eran ya un grado, aunque para Kira, el hecho de que contaran con ella, era un premio a su autoestima. De hecho, estuvo ligada como consultora a varios proyectos, hasta que las neuronas de su mente se atrofiaron con procesos cognitivos severos».

Angélica se quedó hasta después de la cena, y cuando Clarisa ya estaba adormecida quiso desearle una buena noche con este conmovedor pensamiento: «Tu mente puede estar en cualquier

parte, pero tu corazón siempre estará conmigo». A continuación, le besó la mano y habiendo percibido la frescura de llegar a viejos sin vivir de los recuerdos, sino recordando sin nostalgia, se fue por el pasillo hasta la puerta de salida.

Esta historia está inspirada en el piano, cuyo sonido fluye con la constancia de ensayar poniendo los dedos sobre el teclado y a la inspiración particular del pianista. La vida laboral conlleva mucho aprendizaje, y no siempre con el método ensayo-error, sino con el crecimiento de las habilidades sociales en las relaciones con los demás. Como el piano, estas habilidades también necesitan afinación para sacar lo mejor de uno mismo. De hecho, si pones pasión en lo que haces, alcanzarás el cielo más allá del amanecer y verás las oportunidades que te darán la victoria hacia una exitosa jubilación.

Capítulo 22. El órgano

La huella de ser exclusiva

El adiós no es para siempre

Estoy aquí por ti
estoy aquí para ti
sonriendo a la palabra cerca,
para que seas feliz.

Dios siembra, no calcula,
quita dureza al terreno
creciendo lo nuevo y lo bello
a la pedagogía del tiempo.

XXII

Cuando Angélica volvió de su viaje, Clarisa ya estaba muy enferma y quiso permanecer abrazada a su cuerpo durante el tiempo que duró su visita. Piel con piel, reflexionó un buen rato sobre lo que había compartido con su suegra. Reconoció sus huellas en todos los caminos que había seguido, con las sandalias de niña, rebeldía de joven, zapatos de madre y zapatillas de yaya, y sintió admiración por lo que dejó en cada una de esas etapas. Clarisa había sido buena hija, excelente madre y una abuela ejemplar. Por ello, su paso por la residencia no podía haber sido una excepción.

Clarisa encontró en aquella residencia una orquesta desafinada y con la calma que da el paso de los años, hizo un bien muy especial, terminar con su silencio. La yaya Clarisa enseñó a los residentes lo que se había aplicado a sí misma y era callar el ruido de la multitud, para oír su propia voz y escuchar el sonido de sus silencios. Respetaba los tiempos de cada uno y agudizaba el oído, cuando le hablaban con cierta aspereza sabía que en aquella voz había dolor, y ante el sufrimiento hay que hablar no solo alto, sino también claro.

Quería que dejaran de ser ancianos o ancianas solas, y en tal indefensión, se sintieran culpables de haber sido el blanco perfecto del abusador. Clarisa escuchó su sonido orquestándolo con su acompañamiento para que aquella orquesta desafinada de violencia y maltrato aflorara el sufrir que perturbaba su bienestar. Para Clarisa, algunos vibraron su biografía en cuerdas tensadas de violín, violonchelo, guitarra, arpa y mandolina.

Otros cogieron fuerza para impulsar su desahogo sonando a música de trompeta, saxofón, flauta y tuba. Algunos rompieron el silencio fluyendo su golpeteo emocional a la música del xilófono, tambor, timbal y batería. Sin embargo, para todos, hablar con la yaya Clarisa fue un punto de inflexión para reescribir la segunda parte de su vida a salvo de más abusos.

La historia de Clarisa está inspirada en los acordes de un órgano tubular, un instrumento con una maquinaria compleja. Los tubos y sus distintos juegos hacen del órgano el más poderoso, variado y espectacular de todos los instrumentos musicales por su enorme diversidad de sonidos y volumen.

A nivel personal Clarisa tenía una aptitud de apertura hacia el otro, cuidaba de esos pequeños detalles, que la hacían muy humana y solidaria, y siempre llena de singularidades artísticas, como la variedad de sonidos que surgen cuando se toca un órgano. Respecto a su imagen pública, Clarisa fue para los demás una mujer tan emblemática como la respuesta sonora del órgano en orquestas y sobre todo en el salón de actos de la residencia el día del funeral de la yaya.

Allí estaba aquel órgano tubular, tan grandioso, que Charlotte mandó traer en un gran camión, cuyas melodías sonaban contundentes y solemnes al paso de la comitiva, y en aquel punto de encuentro, donde situaron el féretro de Clarisa, todos pasaban a despedirse con mensajes muy afectuosos de condolencia, recordando que el deseo de Clarisa era que en su funeral no solo sonara el órgano con marcha fúnebre, sino que la despidieran también con himnos de alegría para entrar triunfante en el cielo. Escuchando esa música, la mente de cada uno de los asistentes, incluso de los que solo la veían de tarde en tarde, se dejaba acompasar por los latidos del corazón que se fundían en el recuerdo y la gratitud de haber compartido su vida con ellos.

Clarisa reposó su vejez dándolo todo, como el sonido que fluía de aquel magnífico instrumento, cuando el organista deslizaba los dedos de sus manos sobre el teclado y movía la pedalera con sus pies. La integridad de la yaya también fue melodiosa como aquel sonoro, acercando sus manos y calzando con empatía los zapatos de quienes anduvieron los últimos pasos de su ruta; lavando los pies a quienes nunca tuvieron barreño ni toalla, donde secar las ampollas que les había dejado el polvo y las piedras del camino, y que dolerían al morir.

Lo que hizo Clarisa, de dejar de ser el centro del universo para empatizar con sus semejantes, es lo que hace exclusivas y valiosas a las personas, ellas son inconfundibles por cómo ayudan a los demás con tanta generosidad.

Clarisa fue una anciana tan exclusiva que cuando le llegó el momento todos arrullaron su dormir hasta el infinito y más allá. Durante la ceremonia, el sonoro de la compleja maquinaria inspiró música celestial y, con esta plácida sensación, aquella orquesta desafinada tomó conciencia del instrumento que les había sugerido Clarisa que afinaran, cada uno con su historia, y por unos momentos sonó la sintonía para despedirse con un «hasta siempre». Digo hasta siempre y digo bien, pues nadie podía imaginar que la furgoneta de Correos llevara a la residencia la sorpresa póstuma de la yaya Clarisa: un robot inteligente que denominaron *Clarisvella*.

Los brazos robóticos de *Clarisvella* eran capaces de recoger una gran variedad de objetos, desde las cucharas de comer hasta los papeles del suelo. Su rostro fabricado de silicona estaba conectado a una serie de circuitos y actuadores para poder mover la mímica de su cara adoptando expresiones, así como también articular algunas palabras sencillas moduladas para concretar acciones, como recordar los horarios de comidas o de medicación, e incluso avisar a emergencias.

A ninguno de los residentes y cuidadoras les quedó un vago recuerdo de aquella entrega, sino que entusiasmó las ganas de seguir explorando el potencial de una mente anciana. La yaya Clarisa sabía que los ancianos no siempre cumplían las connotaciones negativas que se nos atribuyen, sino que la imaginación y creatividad puesta al servicio de los demás nos hacen ser mejores personas.

En la casa, Isabela seguía acurrucada con la gatita Menta que aquel día estaba inapetente como ella y quería saber si la yaya estaba mejor. Angélica, la besó la carita y explicándole que un ángel había bajado del cielo para llevársela a un sitio muy bonito, normalizó su duelo con serenidad.

Isabela le dio a su abuela unos años llenos de vida y unos momentos inolvidables. Angélica siempre tuvo el recuerdo de la residencia en su mente y agradeció al personal el cariño con el que la había cuidado.

Georgina subrayó la valiosa contribución que la yaya Clarisa había dejado al escribir su libro, del que conservaba una primera edición, sobre la historia de la residencia donde junto a ella pasó momentos muy felices y está fue su despedida:

> *Aprender de Clarisa fue un gran regalo, era como un arcoíris que aparecía para calmar la tormenta, y con qué paz nos dejaba... Ella sabía tranquilizar la ansiedad de la vieja muchachada y nos sacaba a bailar en cuanto sonaba la orquesta. Experimentamos lo que era no tener que rendir cuentas, más que a nosotros mismos, lo importante no es lo que tenemos, la esencia está en lo que somos: personas que sentimos y vivimos. No deseábamos ser un instrumento más, al que nadie presta atención de manera individual, y al saber que éramos únicos, exclusivos e irrepetibles nos desaparecían los miedos y acompañábamos, antes de dormir la muerte, a los residentes que querían sentir y ver brillar el sol.*

El final de un bonito principio

Estimada Sara:

Quisiera que se pudieran leer capítulos de esta obra en tu plataforma de ayuda a las mujeres víctimas de violencia y maltrato, sus historias son motivo de hacernos solidarios con las personas mayores que han sufrido abusos. Verás que es un tema tratado con originalidad y sin sensacionalismo. Al hilo conductor de la música, cada historia me sugiere un instrumento, y en este subliminal, el dolor de las víctimas me conduce al título de orquesta desafinada. Si quieres algún ejemplar más, dejo unos cuantos en la biblioteca.

Me considero afortunada, querida Sara, de haber vivido en esta residencia porque con sus instrumentos desafinados he compuesto una sinfonía perfecta. Una melodía que bien podría llamarse Concierto en R MAYOR (Residencia de Mayores) y la más oportuna para abrir el telón a estos grandes intérpretes, unos artistas que muy pocos se han preocupado de conocer y sobre todo de respetar.

Un beso.
Clarisa S. A.

Los dedos cogen la pluma
que sostienen mis manos temblorosas
para expresar emociones hermosas
tintadas de tristes sucesos olvidados.

No respetar al anciano
es dar pábulo a quien piensa
que los derechos humanos
caducan en ciertas fechas.

Cuando tienes muchos años,
el cuerpo no responde igual,
la cabeza no rige de la misma forma
y cuesta recordar algunos nombres.

Pero toda esta quimera
no excusa la cobardía
de maltratar al anciano
arruinándole la vida.

Mayte Soy

Epílogo

Este libro testimonia historias que pueden parecerse a la tuya y en tal similitud, podrás identificar en ellas tus propios abusos. La obra pone encima de la mesa la realidad, huyendo del escandaloso sensacionalismo y buscando tu responsable compromiso. La persona mayor víctima de violencia demanda tu atención y aun doliéndole las excusas del «no sé de qué me hablas», quiere que escuches. Por eso las historias no se describen perfectas sino significativas y, en tal acento, quiere contar contigo, pues con tu ayuda se aseguran un mejor porvenir.

Las personas mayores son personas vulnerables y algunas de ellas con escasos recursos, pero cuentan con la ayuda de Clarisa, la protagonista de este libro. Una yaya que nos regala muchos mensajes, que rompe el espejo irrompible donde nadie se quiere mirar y, una vez roto, juntos podremos construir un modelo que refleje una sociedad más justa, con mayor benevolencia hacia nuestros mayores. Sin contravenir la denuncia del abuso y negligencia, pues tomando conciencia de ello no solo podremos prevenir el maltrato, sino además fomentar este cambio social donde ya no haya más cabida para la hostilidad e injusticia hacia el más débil tantas veces «porque sí».

Ojalá que el escenario que se presenta en este libro, sea fácilmente reconocido por los lectores, a quienes animo a estar muy atentos, para no seguir perpetuando los mismos errores que se han cometido en materia de maltrato y violencia hacia el adulto mayor. Los ancianos maltratados también son víctimas silen-

ciosas y vulnerables que necesitan ayuda para poder empezar a mirar hacia adelante sin que la edad sea motivo de desinterés hacia su persona.

El fenómeno del abuso, siempre ha sido tabú y en la actualidad no es atractivo porque se haya puesto de moda, sino porque sus efectos son inexpugnables. Por ello es fundamental su prevención y debe evitarse en todas las ocasiones, pues no solo es una alarma social sino un duelo social. Es un fenómeno que se perpetúa en todos los tiempos y afecta a todos los ciclos vitales de la persona en cualquier tipo de contexto violento.

La tolerancia cero respecto a la violencia y maltrato a las personas mayores no es cuestión de tiempo, sino concienciarnos todos de que ha llegado el tiempo de ponernos a ello, para que no sea demasiado tarde. Una reflexión que si bien puede parecer un juego de palabras, da un claro mensaje: El problema es nuestro y debemos tratarlo juntos.

Por ello, esta obra es el culmen de la trilogía que trata la violencia y maltrato en todas las edades del ser humano. La primera obra de esta autora titulada *La mirada de Sara Nosly*, la protagonizan los niños, la segunda obra *El faro de Santa Cruz*, la niña se ha convertido en mujer y en la tercera obra *Historias de una orquesta desafinada*, la mujer envejece.

Esta trilogía ha pintado mis anocheceres de vivos colores y en tal luminosidad, celebrar cada día de mi vida con el entusiasmo de compartir con los demás, pues uno mismo está incompleto con la ausencia del otro. Lo que no contraviene que de vez en cuando nos explayemos hablando con el universo y es más recomendable que forzar la presencia de una compañía que tiene prisa por irse de tu lado. En este sentido, nunca me fue tan mal tantear en mis noches cerradas la luz de las estrellas y cumplir mis sueños sin habérselos contado a nadie.

En todos los casos es muy importante dejar que un acto de bondad hable por sí solo sin esperar una palabra de agradeci-

miento y en este sentir, en la lucha contra la violencia, nadie somos accesorios, sino complementos. Unos con la experiencia de la acogida en directo de las víctimas, otros con la pluma y la literatura, pero todos aportando nuestra colaboración con lo que mejor sabemos, pues en todos los casos, se destila la verdadera sabiduría de la ayuda mutua y no solo es aflorar los sentimientos más profundos, sino también trascribir lo inexplicable a través de la escucha activa, que consiste en oír el sonido de una voz y comprender a la persona que nos está hablando, que estamos observando, con la que estamos sintiendo en toda su dimensión. Pues cuando compartimos una sonrisa, una emoción positiva con la otra persona sincronizamos una conexión armónica, lo que aporta grandes ventajas a nuestra salud y nuestro bienestar.

No hay que obviar el coste emocional y el desgaste físico que experimentan las personas que se dedican al cuidado de una persona dependiente, lo que se conoce como el síndrome del cuidador, cuando presenta un estado de estrés y ansiedad elevados. Uno de los principales riesgos para el bienestar del cuidador es caer en el aislamiento social y desatender su propia salud y bienestar. La persona que necesita cuidados quiere a alguien de confianza, pero no tiene que ser siempre un familiar, a veces hay que pedir ayuda externa. La forma tradicional es que los hijos se hagan cargo del cuidado de sus mayores, pero la sociedad está cambiando y con la migración de las parejas jóvenes, el debilitamiento de los vínculos familiares, la incorporación de la mujer al trabajo... el perfil del cuidador ha cambiado. Por lo general, siempre hay un cuidador principal y otros que ayudan, la mayor responsabilidad la suele asumir un familiar voluntariamente a quien hay que advertir, que la persona que cuida no mejorará y que irá perdiendo la esencia de la vida, él solo tiene que estar a su lado y saber que su bienestar influye en el bienestar del que está siendo cuidado. No tiene que sentirse culpable ni creer que no está atendiendo suficientemente bien a su ser querido.

Tomando como ejemplo al cuidador familiar, veremos como se mantiene el mismo *modus operandi*. El cuidado se inicia como una obligación natural, incluso pensando que va a ser una situación transitoria y que se le va a apoyar cuando necesite ayuda. Sin embargo, de forma progresiva, se va instaurando como una responsabilidad en solitario y agobiante sobre todo si el resto de la familia, que siguen sin implicarse directamente, supervisa el cuidado como «satélites», es decir, manteniéndose en órbita sin aterrizar «por si acaso se les pide colaboración». Esta falta de compromiso agobia aún más al cuidador y máxime cuando critican detalles de su dedicación lo que le conduce a seguir «hasta que el cuerpo aguante». Llegados a este punto, la relación de ayuda no reclama un vínculo saludable, sino la victimización del cuidador y del cuidado. En esta línea las demandas del cuidado retraen la propia vida del cuidador y propician situaciones de abuso.

Es importante detectar cuanto antes las manifestaciones del síndrome del cuidador para actuar y procurar reconducir la situación. Son muchos los casos en los que el cuidador pospone su proyecto de vida personal, tendrá que aprender a planificar sus tiempos de otro modo para poder conciliar el cuidado con el trabajo, no tendrá tiempo de quedar con amigos y pronto no tendrá amigos con los que quedar. Sin embargo, la dureza del cuidado no es la dedicación en cuerpo y alma durante todo el día, los trescientos sesenta cinco días del año, con uno más si es bisiesto, sino la falta de aliciente que puede reportar en la autoestima del cuidador.

Por todo ello, y a la reflexión del General José de San Martín: «La conciencia es el mejor juez que tiene un hombre de bien», escribo este libro *Historias de una orquesta desafinada. Relatos sobre maltrato a los ancianos*, porque es un buen momento para hablar de estos temas, o tal vez tenerte a ti, también en cuenta.

Este libro se terminó de escribir
el 26 de julio de 2020
Día de los abuelos

Su revisión finalizó
el 1 de octubre de 2020
Día Internacional del Anciano